VIAJE Á NUEVA GUINEA

VIAJE Á NUEVA GUINEA

JUAN VIDAL, EDITOR

VIAJE Á NUEVA GUINEA

POR M. AQUILES RAFFRAY

ENCARGADO DE UNA MISION CIENTÍFICA POR EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA

Todos los dibujos de este viaje han sido hechos por M. E. Mesplés, con arreglo á las fotografías inéditas del autor.

ADMINISTRACION

CALLE DE BORDADORES, 3, MADRID

1881

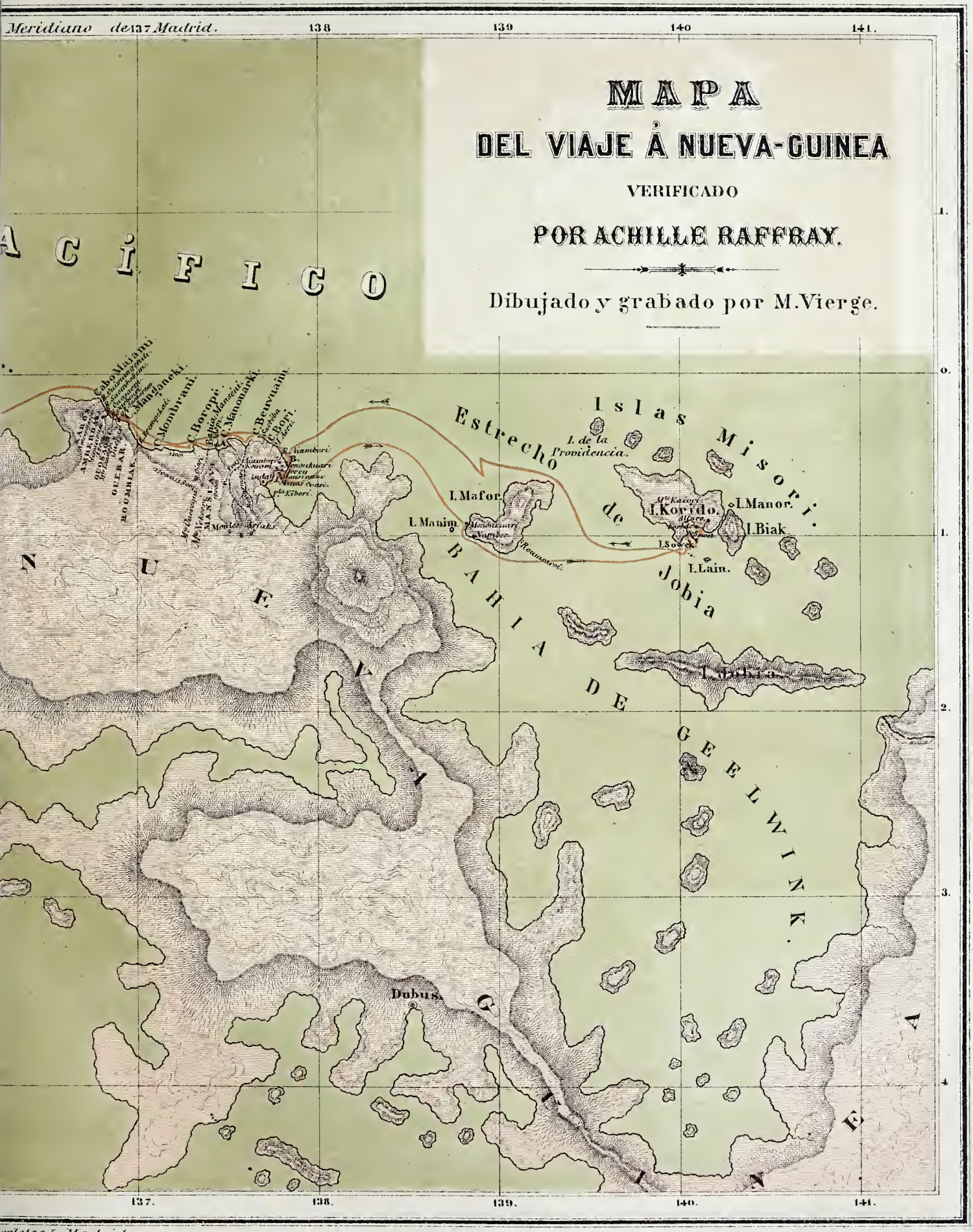
Derechos reservados con arreglo á la ley vigente.

Imprenta de Enriquo Rubiños, plaza de la Paja, núm. 7, bis.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/viajenuevaguinea00aqui

Litº de J. M. Mate


Meridiano de Madrid.
137
138
139
140
141
MAPA
DEL VIAJE Á NUEVA-GUINEA
VERIFICADO
POR ACHILLE RAFFRAY.
Dibujado y grabado por M. Vierge.
A C Í F I C O
Cabo Maiami
C. Manganeki
C. Mombirani
C. Boropé
C. Manowirki
C. Beurvrain
C. Bori
R. Kambori
GUEBAR
BOUMBIAK
MANSWAY
Mt. Mondes Arriaks
N U E V A
Estrecho de Jobia
Islas Misori.
I. de la Providencia.
I. Mafor
I. Manim
I. Korido.
I. Manor.
I. Biak
I. Sowek
I. Lain.
BAHIA DE GELWINK.
Dubus.
G U I N E A
137.
138.
139.
140.
141.
0.
1.
2.
3.
4.

VIAJE Á NUEVA-GUINEA

POR M. AQUILES RAFFRAY

ENCARGADO DE UNA MISION CIENTÍFICA POR EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA

1876-1877

Todos los dibujos de este viaje han sido hechos por M. E. Mesplès, con arreglo á las fotografías inéditas del autor.

TERNATA—LAS MOLUCAS

I

Ternata.—La ciudad.—Las casas.—Los habitantes.—Costumbres.—El ejército holandes.—La isla de Gilolo.—Los Alfuros.—El Orang-Kapal.—Una leccion de esgrima.—Partida de caza.—Preparativos de expedicion.—Un armador malayo.—Su casa.—Su urbanidad.—Partida.

Habiendo obtenido del ministro de Instruccion pública una mision gratuíta para ir á explorar las Molucas y Nueva-Guinea, fuí autorizado para llevar conmigo á Mr. Mauricio Maindron, con objeto de que me ayudara en mis trabajos de Historia Natural.

Salimos de Tolon el 20 de Julio de 1876, á bordo del vapor-trasporte *La Corrèze*, que hacía rumbo para Saigon, y que nos dejó en Singapoore.

De este punto partimos para Batavia, capital de Java y de las Indias neerlandesas.

Un paquebot holandes debía conducirnos de Batavia á las Molucas, última etapa en el camino de Nueva-Guinea; pero ántes de ir más léjos, debo recordar las personas que en Batavia nos prestaron generosamente su apoyo.

Siempre es grato al viajero traer á la memoria los nombres de aquellos que en remotos países le hicieron recordar la madre patria.

El cónsul frances, Mr. Hector Delabarre, me hizo tan agradable la estancia en Batavia, que no olvidaré nunca la gratitud que le debo.

Su excelencia Mr. Van Lansberge, gobernador general de las Indias neerlandesas, consagra á la entomología todos los instantes que le deja libre su elevada posicion, que tiene la categoría de virey. A la proteccion que me dispensó, con una benevolencia que aquilata su mérito, debí el allanar no pocas dificultades.

Pero era preciso partir de Batavia y continuar nuestro viaje.

Con rumbo á Ternata, nos embarcamos el 15 de Noviembre á bordo del paquebot *El Gobernador general Myer*.

Divisamos á lo léjos Soerabaya, Makassar y el nordeste de Célebes, y el 4 de Diciembre el sol que se levantaba disipando las negras sombras de la noche, iluminó el cono de Tidor y el volcan de Ternata. Algunas horas más todavía, y arriba nuestra nave á un promontorio que avanza sobre el mar; un grupo de indígenas se precipita á bordo y desembarcamos en la tierra de las Molucas, centinela perdido de la civilizacion de los países de Occidente.

Un holandes, Mr. Bruijn, naturalista, casi un colega, fiel á las tradiciones hospitalarias de sus compatriotas, puso generosamente á nuestra disposicion una vasta casa, donde nos instalamos con nuestros bagajes.

Uno de nuestros primeros cuidados fué hacer una visita á Mr. Tobías, holandes, el cual venía recomendado por su excelencia el Gobernador general.

Encontramos en él un hombre amable, que hablaba perfectamente el frances, como todos los holandeses bien educados. Un mes hacía solamente que había arribado á Ternata, y no estando instalado todavía, se excusó por ello de ofrecernos hospitalidad, prometiéndonos, en cambio, pres-

tarnos todo su apoyo para facilitar nuestro viaje á Nueva-Guinea.

El nombre de Ternata designa á la vez la ciudad y la isla sobre la cual aquélla está construída.

Como isla, Ternata no es otra cosa que una montaña de quinientos metros próximamente de elevacion, de cima redondeada, y en cuya cúspide se abre un enorme cráter que arroja constantemente una densa columna de humo, monstruoso aliento de un volcan dormido, cuyo despertar es terrible. Un pensador podría decir que la pequeña ciudad tantas veces levantada sobre sus ruínas, siempre en calma aparente sobre su suelo tembloroso, está allí para mostrar un sentimiento humano, que llamaría valor ó negligencia, segun que fuera amigo ó enemigo de la humanidad; pero que yo me atrevería á llamar simplemente amor al oro, avaricia entre los europeos, rutina, inercia, apatía entre los indígenas.

La ciudad, construída cerca de la playa, se compone de dos partes distintas, la ciudad europea y la indígena, separadas y limitadas por un

Una casa holandesa en Ternata.

fuerte, el fuerte de Orange, vestigio de la dominacion portuguesa, sustituída por la de Holanda.

La primera de estas ciudades es el asiento de la residencia holandesa, poder real, pero modesta dominacion.

En la otra reside el sultan, título pomposo y de autoridad ficticia.

¡Extraño contraste! El Oriente y sus vanidades se inclinan al yugo del Occidente prosaico, pero más práctico. Entre los dos, los chinos, raza sobria y laboriosa, que no se asimila á unos ni á otros, se acerca á los segundos por su sed de oro y su espíritu comercial, á los primeros por sus antiguas supersticiones, y tiene amigos en uno y otro campo, que explota á su turno ó simultáneamente en beneficio de sus intereses.

Las casas europeas son vastas y espaciosas, pero no tienen más que un solo piso; prudente medida en un país periódicamente sacudido por espantosos terremotos.

Quien vea una casa holandesa en la Malasia,

las ha visto todas.—El modelo es bueno; ¿por qué cambiarlo?—diría un holandes.

Esto es un poco monotono. El espíritu de un pueblo se encuentra en todos los detalles del centro en que habita.

Describamos la inmensa habitacion que M. Bruijn nos ofreció tan cordialmente. La fachada está cercada por una vasta azotea, á la cual conduce una escalinata de pocas gradas.

Unas puertas vidrieras dan acceso al interior; en medio se encuentra una pieza inmensa, embaldosada en mármol, especie de sala de recepcion, donde cien personas podrían sentarse á la mesa: á cada lado de esta sala se encuentran dos habitaciones; por detras otra azotea, que sirve de comedor, está flanqueada por dos pequeñas piezas y se continúa por una especie de vestíbulo cubierto que conduce á otra casa más reducida y construída de madera miéntras que la casa principal es de mampostería. La ligera construccion de esta última casa de madera, la hace más á propósito para sufrir los temblores de tierra. Aquí se encuentran las alcobas en el lugar más apartado, como el *gineceo* de los griegos.

De este modo, los habitantes de Ternata tienen dos casas, como nosotros tenemos dos trajes; uno para estar á nuestro antojo, otro para engalanarnos. Al rededor de esta gran casa, donde la sombra y las corrientes de aire proporcionan un frescor que no se aprecia sinó en los países tropicales, se extiende un vasto jardin, un bosque en pequeño, donde se entrelazan los bananos, las palmeras, los árboles del pan y los bambúes. Despues vienen los departamentos del servicio doméstico, baños, cocinas y habitaciones de los numerosos criados que tiene siempre el europeo que se respeta y quiere hacerse respetar.

Pasemos al mobiliario. En la azotea unas lámparas de petróleo alumbran una mesa de madera, sillas y poltronas, y las famosas mecedoras que llamamos *placer de las Indias*. Sus piés están sujetos á dos maderos arqueados que permiten balancearse muellemente de delante á atras, ocupacion inofensiva que, á lo léjos, da á un grupo el aspecto de muñecos movidos por una mano invisible.

Una finísima estera cubre el piso de la sala principal, y el mobiliario es el mismo que en la azotea.

En la alcoba se ve una inmensa cama de hierro con columnas y mosquitero y un colchon delgado como una galleta, pero tambien con un verdadero lujo de travesaños y muelles que lo sostienen, como que está destinado á proporcionar el sueño y el descanso. Los muebles no son más que una pálida copia de los de Europa. Las paredes están blanqueadas con cal.

En estas casas, inteligentemente distribuídas y preparadas para soportar en ellas lo mejor posible este calor constante, la vida es perfectamente uniforme. La mañana se dedica á los negocios, el mediodía al descanso, la tarde al trato y conveniencias sociales, y la noche al sueño. Cada una de estas funciones se separa de las otras por una comida.

Aquí se madruga. Las primeras horas de la mañana constituyen el mejor rato del día. Despues un baño y un ligero desayuno os dejan listos para vuestros negocios.

Cerca del mediodía se toma el *pait*, esto es de rigor, para despertar el apetito, y en los hoteles de Java, como á bordo de los paquebots holandeses, no se considera como gasto extraordinario unos cuantos vasos de esta bebida. El *pait*, que constituye parte de la alimentacion holandesa, es un vaso de ginebra, adicionada con algunas gotas de *bitter*, mezcla extraña de alcohol y de amargor, que para ser apreciada exige una larga iniciacion.

Entre doce y una se sirve el arroz: ésta es la comida principal. Si la abundancia y la variedad pudiera suplir la calidad, esta cocina mixta que ofrece á los malayos arroz y especias mezclándolas con patatas y con la carne en conserva importada de Frisa y de Brabante, sería seguramente el *non plus ultra* del arte culinario.

Es preciso ser un Boileau para describir esta comida. Sobre una verdadera montaña de arroz se amontonan atropelladamente los huevos, el pescado, la carne, los pimientos, los entremeses, todo servido á un tiempo, alimentos de todos colores y sabores distintos, mezclado todo en extraña confusion y comido sin órden.

Por mi parte renuncio á la descripcion.

Se toma una taza de suculento café, y se duerme la siesta.

A las cuatro, nuevo baño; despues se toma una taza de te con bizcochos.

El sol desciende poco á poco en el horizonte. Es la hora del paseo. Se puede salir con la cabeza descubierta. En las Indias Orientales el sombrero es un lujo inútil. Hombres y mujeres pasan sin él perfectamente.

A las seis comienzan las visitas. Se recibe siempre en la azotea, que es en suma la pieza más agradable de la casa.

Que la persona que os visita es caballero ó es señora, la regla es invariable: se ofrece á los pri-

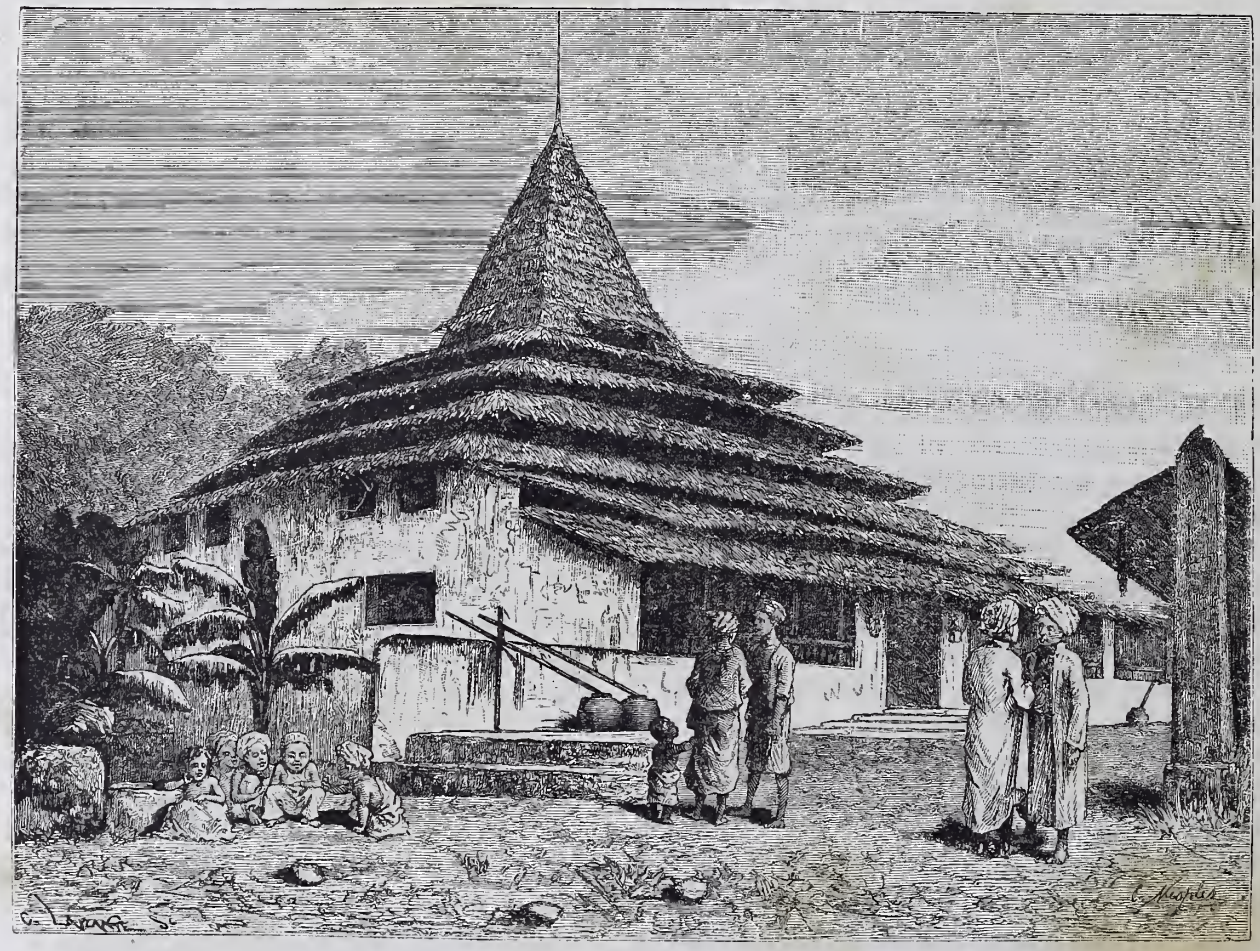
meros cigarros y *pait*, á las segundas un refresco.

Os balanceáis durante una hora en las sillas mecedoras; entráis en la casa para comer, y os sirven una comida sustanciosa, pero no tan abundante como la del mediodía y en la que no encontráis la mezcla de la cocina malaya.

Despues de comer os balanceáis aún otro rato en la azotea, se toma el té, y despues se retira cada cual á su alcoba para entregarse al sueño.

No se deduce de esta vida muelle y regalada que los holandeses sean perezosos. Léjos de eso, para convencerse de su actividad no hay más que observar el admirable resultado que han obtenido y obtienen en sus colonias.

No, no están ociosos; bajo su aparente calma se encuentra esa actividad, no vivaracha, sinó tranquila, que es más duradera, porque ha comprendido que para vivir en los trópicos es preciso acomodar la existencia á las condiciones del clima, y economizar las fuerzas. Y así no es raro encontrar personas llenas de salud que habitan hace cuarenta años en las Indias neerlandesas.



Mezquita de Ternata.

Algunas casas particulares, las oficinas de la Administracion, la casa del *residente*, ó primera autoridad, el club, lugar de reunion en extremo agradable, que se encuentra en todas las Indias neerlandesas, todos estos edificios están alineados á lo largo de la playa. Otras casas, ménos fastuosas, se levantan á su espalda.

A un extremo de esta pequeña ciudad europea se encuentra el barrio chino, compuesto de algunas calles estrechas, llenas de tiendas, donde se amontonan en un cáos pintoresco y extraño los productos de Europa y del Celeste Imperio.

Al otro lado está el fuerte que anteriormente mencioné, y por último, la ciudad indígena, construída por mitad de piedra y de bambúes.

El monumento más curioso de esta ciudad malaya es la mezquita. A lo largo de una calle se encuentra una especie de claustro, con columnatas, y en medio de un patio se levanta un edificio cuadrado y tosco, que no ofrece de notable más que su coronamiento, formado por cinco techos sobrepuestos y cubiertos por hojas de cocoteros.

Detras de estas ciudades, europea é indígena, se extienden las plantaciones de café que llegan hasta la montaña. La pendiente es á cada paso más rápida y se llega á ella por el bosque, que se continúa, disminuyendo gradualmente hasta la misma cima, donde desaparece para dar lugar al cúmulo de piedras que rodean el cráter.

Antes de emprender nuestro viaje á Nueva-Guinea, deseábamos visitar á Gilolo. Pero esta isla se halla en plena insurreccion. Un cierto Hassan, descendiente de alguna familia desheredada de rajahs ó de sultanes, queriendo recobrar el perdido imperio de sus padres, levantó el estandarte de la revolucion contra los dos sultanes de Ternata y de Vidor, protegidos de los holandeses. Nobleza obliga, y cuando se tienen sultanes en tutela, se los debe proteger. Este es, por otra parte, el interes de los holandeses, y no vacilaron un instante. Pero la isla de Gilolo es inmensa, su terreno es accidentado y montañoso, y está cubierta de bosques impenetrables. Hassan es un hombre inteligente y determinado, y los holandeses tenían que hacerse fuertes á despecho de la habilidad del *residente*, Mr. Tobías, tan bravo soldado como diplomático y hábil administrador.

Fiel á la promesa que nos había hecho, Mr. Tobías nos ofreció agregarnos á la expedicion del interventor Mr. Van Oldenborgh, que conocemos ya desde que hicimos con él nuestro viaje de Batavia á Ternata, y que con algunos soldados iba á ocupar el antiguo fuerte portugues de Dodinga.

Se había fijado la partida para las cinco de la mañana. Atendiendo sólo á las órdenes de la administracion holandesa, hubiéramos partido seguramente á la hora indicada; pero el sultan de Tidor debía proveernos de canoas... Era lo ménos que podía hacer por los soldados que se encargaban de proteger su autoridad. Y sin embargo, hasta entónces nada tenía preparado. Esto era lo natural en él. Lo contrario hubiera sido asombroso. Tenía allí, para trasportar, treinta soldados, con sus mujeres, sus bagajes y pertrechos y municiones. Se necesitaban tres canoas, y no tenía más que dos. Era preciso procurarse la tercera.

Mujer malaya de Dodinga y su hija.

Mr. Van Oldenborgh tuvo que desplegar toda su actividad; ir, venir, bajo una lluvia que arreciaba con fuerza, enviar recado sobre recado... En fin, eran las once cuando levamos anclas. Una canoa iba cargada de bagajes, la tropa ocupaba la segunda, y en la tercera el Mayor, un oficial, sus asistentes, nosotros y algunos soldados.

Necesito abrir un paréntesis para ocuparme de los soldados del ejército holandes en las Indias. Las cinco sextas partes de este ejército se componen de indígenas alistados voluntariamente, y el resto de mercenarios suízos, alemanes, y sobre todo belgas y franceses. Indígenas y europeos vienen tentados por la codicia de una prima considerable. Todos los oficiales y la mayor parte de los cabos y sargentos son holandeses.

Esta organizacion explica cómo la Holanda, pequeña nacion de cuatro millones de habitantes, puede mantener en Malasia un ejército de más de treinta mil hombres.

En todos los países de Oriente, el indígena se aviene mal al celibato, Los holandeses, con el espíritu práctico que los caracteriza, lo han comprendido así, y sin faltar á las consideraciones morales, que son leyes en los países civilizados, piensan que pueden decir:—Otras leyes, otras costumbres.—¿Tienen ó no razon? No queremos por nosotros mismos constituírnos en jueces: pero sin dar por entero la aprobacion á los holandeses, consideramos cuántas personas se escandalizarían si hubieran de vivir algunos años en medio de aquellas razas de color. Cualquiera que sea, todo individuo está autorizado para tener una mujer indígena, y nada hay tan curioso como un cuartel en Malasia, donde cada soldado, con su pequeña familia, ocupa un buen espacio en sus vastísimas salas. Es todo un mundo en pequeño.

Aquí una jóven prepara el frasco de pólvora, vigilando á un muchacho que, engullendo su pan de especias, rueda por el polvo, miéntras disfruta su padre del más delicioso *far niente*. Allí una malaya, entre aquel burdel, deseosa de acumular algunas economías para el día de una desgracia, ha establecido una pequeña tienda de pastelería, de aceite de coco ó de bebidas de toda especie y de todas las fábricas.

La buena armonía parece reinar por todas partes, y al sonar la hora en que deben llegar los oficiales, mujeres y niños desaparecen como por encanto, sin dejar en pos de sí huella alguna de su presencia.

La autoridad militar quiere, sin duda, mostrar de este modo que la presencia de la mujer en los cuarteles es una tolerancia más bien que un derecho. El bello sexo no es, sin embargo, extraño á este estado de cosas, porque la mujer del soldado recibe su racion, es trasportada con él por cuenta del Estado en los cambios de guarnicion, y se la autoriza con frecuencia para seguirle á campaña, circunstancia en que presta al soldado verdaderos servicios, en países donde la intendencia militar no puede funcionar tan regularmente como en la capital. Pero cuando las exigencias de la guerra no permiten á tan singulares cantineras seguir á las tropas, permanecen en el cuartel, regimentadas por el número de órden de sus respectivos dueños y esposos, digámoslo así, y el Estado provee á su alimentacion. Los hijos de estos maridajes temporales (para servirme de la expresion de un viajero ilustre) no son abandonados por el Estado, que tácitamente apadrina su nacimiento. Las niñas heredan las funciones de la madre, y los muchachos son enviados á las escuelas, donde se les enseña á manejar el fusil de su padre.

Pero volvamos á nuestro viaje. Hénos aquí con rumbo á Almaheira, la mayor de las islas Molucas.

Nuestros buques no son, seguramente, fragatas acorazadas de primera clase; pero su construccion no carece de originalidad. Sobre las bordas de un barco esbelto y largo, en forma de piragua, en la que la proa y la popa se levantan en forma de cuello de cisne, extiéndese una plataforma tres veces más larga que el barco mismo. El equilibrio se mantiene merced á unos ligeros balancines de madera, que ocupan toda la longitud de la plataforma, construída de bambúes.

En medio de esta plataforma, y tambien en toda su longitud, el arquitecto ó ingeniero naval ha construído un sotechado con hojas de cocotero para proteger contra el sol y la lluvia á los pasajeros que, en apretado grupo, se amontonan con las mercancías. No queda más espacio libre que una galería circular, donde se instalan veinte remeros alfuros.

Un remo inmenso sirve de timon ó gobernalle. En cuanto al mástil, es una invencion suprema de navegacion ingeniosa. El problema estaba en poderlo montar y desmontar fácilmente, á fin de utilizar el viento y no fatigar, por la resistencia que ofrece al aire, el esfuerzo de los remeros. Los obenques y la jarcia son pesados para la maniobra deseada; esto es un inconveniente, y son ademas productos costosos. Era preciso suprimirlos. Los malayos imaginaron entónces un mástil en forma de trípode, que se sostiene por sí mismo sobre el suelo, y en el que el viento no hace mella, y, por el contrario, asegura su solidez. Las cañas de bambú se adaptan maravillosamente á este uso.

La vela es un vasto cuadrilátero de una tela hecha con fibras de palmera, que se arrolla y desarrolla (*se carga ó se larga*), sobre un bambú, y que maniobra con tres ó cuatro cuerdas.

El ancla, de uno ó dos garfios, es de madera. Se toma una rama, en la que la curvatura del ángulo agudo se refuerza con unas ligaduras de cañas. Una piedra sirve de lastre para que no sobrenade en la superficie, y la cadena sale de los inmensos talleres de la Naturaleza: un malayo la ha cortado en el vecino bosque, y no es otra cosa que una caña flexible de qnince ó veinte metros de longitud.

Los refuerzos de caña reemplazan á los clavos y clavijas.

A mediodía se levanta el viento y damos la vela, con lo que nuestros remeros se muestran satisfechos, y hacia las cuatro de la tarde,

Mezquita de Dodinga.

pasando por entre dos islotes cubiertos de verdura, entramos en una bahía, en la cual se encuentra la playa de Dodinga. El poco fondo nos impide aproximarnos á la playa, y á cierta distancia echamos el ancla, se plantan los remos en forma de horquilla para amarrar las canoas, y por tandas de tres ó cuatro somos conducidos á tierra en pequeñas piraguas.

Al llegar á la playa nos encontramos sobre una verdadera alfombra de verdura, y despues de recorrer muchos cables, llegamos al pié de una eminencia, donde algunas casas en ruínas, y montones de bambúes talados é incendiados por el paso reciente de las hordas de Hassan, indicaban el sitio donde estuvo el pueblo de Dodinga. Mr. Van Oldenborgh, que desembarcó el primero, nos recibió solemnemente, dándonos la bienvenida á la tierra de Almaheira, á cuya isla llegaba como gobernador.

Atravesamos la playa sobre un pequeño puente rústico hecho con troncos de árboles; seguimos un resbaladizo sendero, y llegamos á la cima de

Cocina y taller del autor en Dodinga.

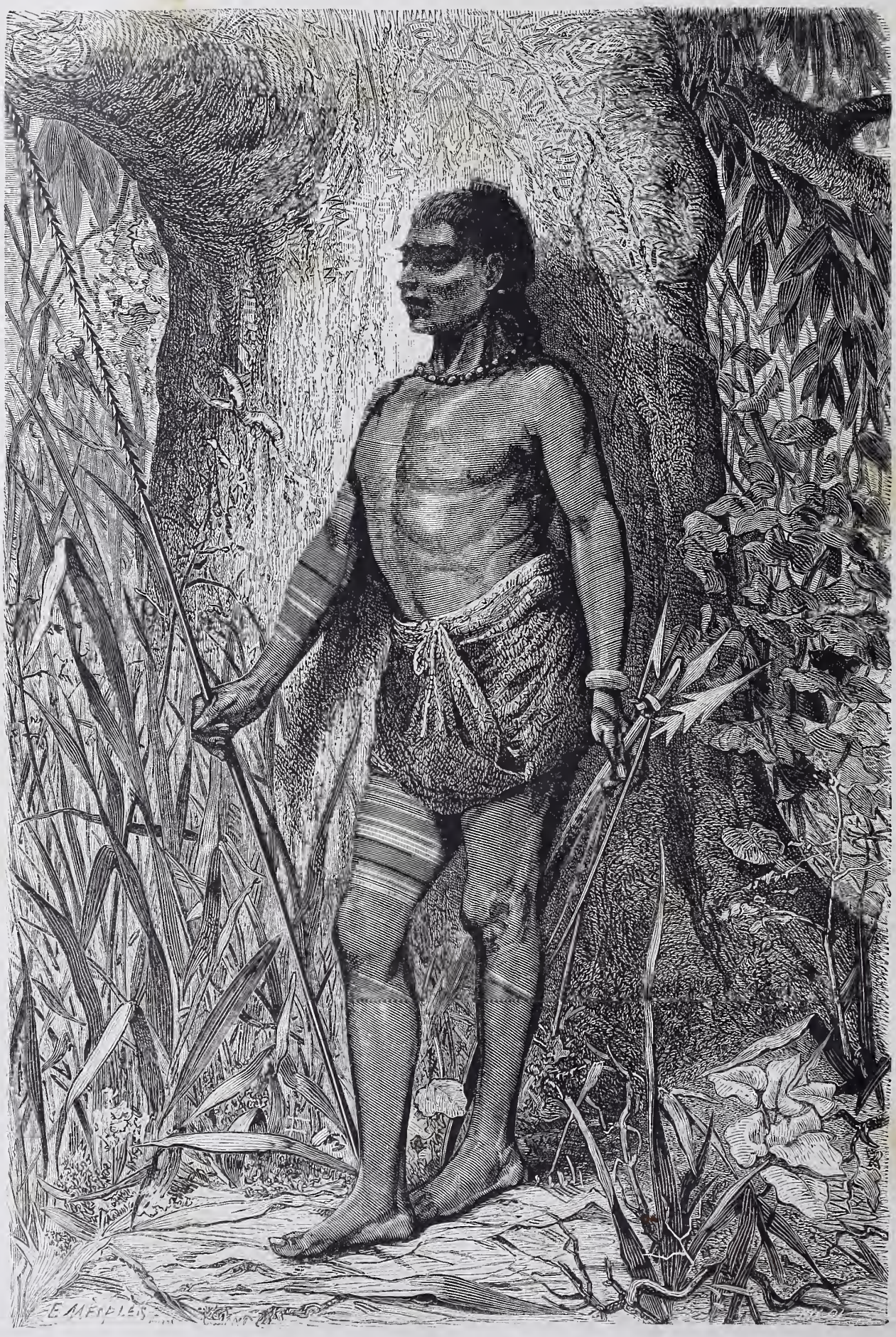
la eminencia, donde se levantan, con los vestigios de algunas modernas fortificaciones, los muros desmantelados y hendidos de un antiguo fuerte portugues, que defienden dos ó tres cañones tan viejos, que yacen olvidados en medio de las plantas parásitas, y sobre los pedazos de piedra que les sirven de lecho.

Mediante la módica cantidad de una piastra, un malayo nos cedió la posesion de un vasto cobertizo, que debía servirnos, á la vez, de alcoba, comedor, cocina, despacho y taller.

Quedamos en absoluta calma y aislamiento, casi enterrados en la verdura, y no teníamos más que comenzar nuestros trabajos.

La gran isla de Gilolo, situada sobre el Ecuador, parece formada por cuatro islas en apretado grupo. En realidad es una sola, pues unas á otras están unidas. La mayor, situada al Norte, en la cual nos encontramos, está separada de las otras tres por un estrecho istmo, llamado Istmo de Dodinga.

De Norte á Sur corre una cadena de montañas



Nirou, alfuro de Dodinga.

La ría de Dolinga.

cubiertas en todas sus ramificaciones de bosques seculares.

Algunas casas ruinosas, una mezquita de techos sobrepuestos, humilde copia de la de Ternata, todo oculto entre pintorescos bosquecillos, forman el pueblo de Dodinga, al rededor del cual se ven los antiguos desmontes trasformados en hermosas praderas, cortadas á cada paso por espesos árboles.

Este país fué en otro tiempo rico y populoso; pero hoy se encuentra devastado por la guerra, y sus habitantes se han refugiado en los bosques para librarse de un enemigo que no respeta sexo ni edad.

La llegada de la escasa tropa holandesa fué bien pronto conocida, y ofreciendo alguna seguridad, á la mañana siguiente vimos reaparecer los habitantes de Dodinga. Estos son de dos clases, los unos malayos, los otros alfuros; los últimos aborígenes, los primeros conquistadores. Todos viven en buena inteligencia. Así es que en el pueblo, no léjos de la mezquita de los malayos musulmanes, se encuentran los ídolos ó *fetiches* de los alfuros, bustos en madera de tamaño natural, ornados con cabelleras humanas. Unos toldos de hojas de palmeras protegen estas imágenes contra la intemperie de las estaciones, y algunas rotas vasijas de barro, y algunos jirones de tela multicolores, groseros emblemas de credulidad, muestran el culto que á estos ídolos se rinde.

No tardamos en ver algunos ingenuos y sencillos adoradores; eran hombres tan poco parecidos como nosotros á los malayos. Su estatura es más elevada, y sobre todo más elegante que la de éstos. Su cara oval, coronada por una frente alta y descubierta, su nariz aguileña, sus ojos colocados horizontalmente, los distingue de los malayos, de salientes pómulos y nariz roma.

Los alfuros van generalmente afeitados, son robustos, sus miembros están bien proporcionados, su cuerpo es garboso; pero los muslos y piernas están abundantemente cubiertos de un pelo negro y rizoso. Su piel es de color amarillo canela. Sus largos cabellos, negros y ligeramente rizados, se sujetan en lo alto de la cabeza, en una especie de moño, por un peine de madera. Su traje consiste en un cinto de cuerda, á la cual se ata por detras un pedazo de tela roja, azul ó multicolor, que llega hasta las piernas, viene á fijarse de nuevo al cinto, y cae por delante en forma de delantal. Unos brazaletes en espiral de hilo de laton, de anchos anillos, sujetos á una gran concha blanca, y un collar de abalorios, completan su atavío.

Sus armas son unas lanzas dentadas hechas con palo de hierro, un pequeño arco y unas flechas de bambú envenenadas.

El alfuro que ha servido de tipo para esta descripcion, y que gracias á la intervencion holandesa consintió de buena ó de mala gana en ponerse delante de un aparato fotográfico (1), era un hermoso jóven llamado Nirou, cuya mirada inquieta y cuyos ojos en constante movimiento caracterizaban al salvaje que, al contacto de la civilizacion, se admira de todo aquello que no comprende. En comparacion de Nirou y de otros alfuros que he visto, los malayos mismos, aunque en estado bien primitivo, parecen relativamente civilizados.

Los verdaderos alfuros (porque los hay tambien en otros pueblos malayos, y muy diferentes unos de otros, confundidos con el mismo nombre), se encuentran sobre todo en la parte meridional de la isla de Gilolo. Habitan, segun parece, en unos pueblecillos construídos sobre estacas en medio de los bosques. Se les cree feroces y grandes cortadores de cabezas humanas, con las que hacen horrorosas colecciones.

El difícil trabajo de clasificar todas las razas humanas que habitan el vasto archipiélago malayo, ha sido más de una vez intentado por etnógrafos de todos los países; trabajo árduo, sobre todo por la intervencion de numerosos mestizos de portugueses, chinos, árabes, alfuros, papúes, etc., etc.

Los salvajes de que nos ocupamos en este momento se encuentran, no obstante, sin mezcla en Gilolo, en Célebes, en Borneo, bajo el nombre de Dyak, y en Sumatra bajo el de Batthas.

Comparando las descripciones aisladas de diferentes viajeros, los etnógrafos han llegado á reunir todos estos salvajes insulares en una sola familia éthnica, y el doctor Mr. Hamy, con ocasion de algunas reseñas que le envié en el curso de mi viaje sobre los alfuros de Gilolo, coleccionó estos documentos diversos en una nota que comunicó á la Sociedad Geográfica, proponiendo designar en adelante á los alfuros con el nombre de indonesios, asemejándolos por la misma terminología á los polinesios, con los cuales parece que tienen algun parentesco, que consta cada día de manera más cierta.

No fueron los alfuros los únicos visitadores que

(1) Gracias á un aparato fotográfico, poco voluminoso y fácil de manejar, el *escenógrafo* de mi amigo E. Deyrolle, pude en las Molucas y Nueva-Guinea hacer las fotografías que han servido para la ilustracion de este viaje, y que le dan un carácter absoluto de verdad.

vinieron á amenizar nuestra soledad. Todos los habitantes de Dodinga estaban curiosos por vernos, y sobre todo por espiar nuestras ocupaciones, y yo me consideraba feliz con estas visitas, que me proporcionaban ocasion de enriquecer mi coleccion de fotografías, pues de otro modo encontraba con harta frecuencia insuperables obstáculos en las preocupaciones de estas pobres gentes.

Uno de estos visitadores, que se titula *Orang-Kapal* (jefe de tribu), ó en traduccion literal *hombre-cabeza*, merece especial mencion. Kimalaha, tal era el nombre de este funcionario, era un hombre entre dos edades, más bien viejo que jóven, feo, un verdadero malayo de chato rostro, pero que tenía dos cosas *sui generis*: su sombrero y sus pantomimas. ¡El sombrero de Kimalaha! ¡Qué de promesas, qué de hermosas monedas de plata mostré á sus ojos por que me cediera la posesion de aquel extraño *cubre-jefe*, objeto de mi codicia! Todo fué en vano.

Este sombrero multicolor, de hojas de palmera, de rebordes aplastados, se prolonga en forma de canuto estrecho, casi dos veces más largo que la cabeza, y está coronado por un penacho de plumas. Es un verdadero edificio.

Adquirí para mis colecciones etnográficas dos escudos alfuro-malayos muy curiosos. Están hechos de un pedazo de madera de más de sesenta centímetros de largo y diez de ancho en su centro, donde se estrecha en graciosa curva, ligeramente convexa en el sentido de su longitud. Están pintados de negro, con incrustaciones de conchas blancas, formando caprichosos dibujos. He visto algunos de estos escudos incrustados de nácar y otros ornatos con cabelleras humanas.

Un día en que Kimalaha vino á hacernos una visita, con la esperanza, sin duda, de obtener un poco de tabaco, se apercibió de estos escudos que yo había comprado, y que le recordaron, tal vez, algun hecho de armas de su juventud.

Como un viejo caballo de batalla se inquieta al ruído del cañon, así este jefe, de ordinario tan tranquilo, se anima, descuelga un escudo, lo examina y nos pregunta si conocemos el manejo de esta arma. Evidentemente sólo espera que le animemos un poco para mostrarnos sus habilidades. Me guardaría bien de rehusar á este valiente una satisfaccion tan sencilla, y previniendo sus deseos, le suplico que nos dé una leccion de esgrima y de paradas con el escudo. Bien pronto empuña su caña á guisa de sable, y cubriéndose con su broquel se pone en actitud defensiva contra un enemigo imaginario; despues comienza una serie de cabriolas, se lanza hacia adelante, retrocede bruscamente, se planta, se encorva, se endereza; el brazo izquierdo, armado con el escudo, se mueve como un telégrafo de señales, protegiendo ora la cabeza, ora las piernas, ora el tronco; es, en fin, una sucesion de posturas académicas capaz de entretener toda una escuela de bellas artes. Esta esgrima, que parece tener reglas fijas, no carece de ciencia ni de gracia.

Pasando de la teoría á la práctica, el Orang-Kapal nos mostró ciertas paradas en extremo diestras, y nos hizo comprender que este escudo largo y estrecho no es útil sinó para el combate á sable; pero que manejado por manos ejercitadas, constituye una impenetrable muralla.

La tarde misma de nuestra llegada, el revoltoso Hassan, que, segun se dice, está en los bosques, á corta distancia de nosotros, pudo, con un engaño ó con un golpe atrevido, apoderarse de nosotros y destrozarnos. Yo admiro con cierto temor el poco caso que aquí se hace de un enemigo reputado por temible. ¿Es valor ó descuido? Creo que lo uno y lo otro. Los malayos son generalmente bravos, bien que haya excepciones en la regla.

La mayor parte son musulmanes, y sabido es que esta religion fatalista, que excluye el temor de la muerte, hace de sus soldados fieros y terribles adversarios. La última guerra de Oriente lo ha probado una vez más. En cuanto á los holandeses, les infunde confianza el prestigio de su superior organizacion. La mayor parte de ellos, venidos jóvenes á las Indias neerlandesas, se han habituado á considerar á los malayos como inferiores, y no les inspiran temor alguno; abrigan, ademas, un gran patriotismo, y saben que sus colonias son la imágen viva de la madre patria. La mezcla de todos estos sentimientos, en los que domina seguramente el afan del lucro, les infunde un valor que si no es tal vez de los más animosos, no es por ello ménos sólido. Es este un valor práctico que no nace de un entusiasmo caballeresco, pero que consulta sus intereses y hace que el soldado sepa morir en su puesto.

Cualquiera que sea la causa, todo el mundo vive tranquilo. El enemigo y las batallas no preocupan los ánimos.

Todo se prepara para la instalacion permanente de la pequeña guarnicion. El fuerte era sólo un monton de pedruscos hendidos, y en su plataforma se ostentaban aún algunos vestigios de cabañas en ruína.

He tenido ocasion de comprender los servicios que prestan en campaña, al ejército holandes, los soldados indígenas. Hubiera sido preciso, en Europa, todo un estado mayor y un regimiento de inge-

nieros, para construir un cuartel, que necesita largo tiempo para su edificacion. En Dodinga, los soldados malayos, que todos, más ó ménos, han vivido en los bosques y se han construído sus cabañas, se ponen manos á la obra. En poco tiempo el terreno quedó limpio. El machete que usan en vez de sable, se adapta perfectamente á este uso más pacífico. Se les ve partir en escuadras para el bosque y volver cargados de bambués. En ménos de tres ó cuatro días se edifica sobre la plataforma un cuartel capaz de contener entera la pequeña guarnicion. Los hombres no estaban solos en el trabajo. Las mujeres disponían las cocinas, trenzaban las esteras, conducían el agua y velaban por que el arroz estuviera á su punto.

Dodinga renació así de sus ruínas; á la soledad sucedió la animacion. El país, sin embargo, estaba empobrecido; los víveres eran escasos; las conservas se estropeaban, y bien pronto quedamos reducidos á un curso de ornitología gastronómica, en la que dominaban los papagayos y otras aves, duros y coriáceos aquéllos, las otras más ó ménos suculentas.

Pero afortunadamente, nuestras colecciones aumentaban visiblemente, siendo la más bella de nuestras capturas, un pájaro llamado *tohokko* por los malayos, *pitta-gigas* por los naturalistas, y tambien *bréve*, porque carece de cola.

Las *bréves* se encuentran en Asia, en las islas Malayas y en Cochinchina, y hasta en Nueva-Guinea. Pero estos pájaros son siempre raros y difíciles de procurar.

Cada uno de estos países, cada una de estas pequeñas islas, parece poseer una especie particular. El negro de terciopelo, el azul, la púrpura y el blanco, se disputan el derecho de enriquecer las plumas de estos graciosos pájaros, cuyas actitudes, prescindiendo de la cola, recuerdan la de nuestras urracas. Pero la reina de las *bréves* es precisamente la que vimos en Dodinga, y que vinimos aquí á buscar. Es un pájaro dos veces más grande que un mirlo; el dorso, la cabeza, el cuello, las grandes plumas del ala, son negras como el terciopelo, el pecho de un blanco brillante, el vientre rojo de fuego, y los hombros de un azul nacarado incomparable.

Queriendo cazar un día, híceme acompañar por un indígena hábil. Penetramos en lo más sombrío del bosque, evitando el menor ruído.

Mi guía, casi arrastrándose, se deslizaba sobre las hojas muertas, como una serpiente, el cuello tendido y el oído alerta. No tardamos en oir un grito lejano, solitario y modulado: *¡tohokko!* en que el pájaro repite su nombre. Mi guía respondió con tan perfecto arte de imitacion, que era imposible no equivocarse.

Despues de un minuto de silencio, oímos de nuevo el *tohokko*; pero la voz se aproximaba. Este diálogo entre el ave y el hombre, entre la víctima y el verdugo, duró casi un cuarto de hora el pájaro se aproximaba cada vez más, estaba cerca de nosotros, mi guía le vió, pero yo no veía nada.

Las *bréves* no vuelan casi nunca; corren ó más bien saltan en medio de las malezas, tan pronto delante, al lado ó detras de los cazadores. Os tocan con sus alas, y no las véis, á ménos de tener ojos de salvaje.

Yo hubiera deseado tener la satisfaccion de esta bella caza, placer cruel para el que no me sentía con valor; el naturalista se sobreponíá á los instintos del cazador; prefería deber mi presa á la destreza de otro, y pasé el fusil á manos de mi guía... y aquel *tohokko* adorna hoy uno de nuestros museos nacionales.

Nuestras cazas de Dodinga no eran más que un preludio, un entretenimiento; la época fijada para nuestra partida á Nueva-Guinea se aproximaba; era preciso regresar á Ternata.

Ternata, capital de un sultan, hoy en tutela, pero poderoso en otro tiempo, ha sido siempre el centro de un comercio importante; su clima, en extremo saludable, su posicion geográfica cerca de Gilolo, en la Nueva-Guinea, de las islas Célebes, á la vista de Filipinas, su puerto natural, excelente y vasto. son condiciones que atraen á los que sienten la sed de aventuras comerciales. Hoy, sin embargo, que los vapores de marcha regular y rápida han trasformado la navegacion, Ternata no conserva más que un reflejo de su antiguo esplendor. No se ve en su puerto más que una flotilla de cinco ó seis cañoneros para sostener sus relaciones comerciales con Nueva-Guinea. Casi todos estos cañoneros pertenecen á ricos malayos, marinos y armadores de padres á hijos, entre los cuales la ciencia náutica es una tradicion.

Cuando hacia el mes de Enero los vientos son favorables, estos cañoneros parten para un viaje de seis á ocho meses. Su rumbo es generalmente hacia la gran bahía de Geelwink, al Nordeste de Nueva-Guinea, donde van á buscar tortugas, nácar, holoturias, comestibles muy estimados de los chinos, el masoi, corteza medicinal de la que se consume en la Malasia más de ochocientos *pikuls* por año (cerca de cincuenta toneladas), y por último, plumas de *aves del paraíso*, para ornar el tocador de nuestras señoras de Europa ó de los mandarines de la China.

Se obtiene todo esto de los papúes á cambio de telas, abalorios, hierro, cuchillos, etc.

Estos pequeños barcos, de unos veinte metros de longitud, se construyen en el país. Yo tenía la intencion de fletar uno para nosotros solamente, á fin de tener libertad de accion y poder visitar á nuestro antojo tal ó cuál punto de la costa papúe que me pareciera interesante. En hallando un sitio seguro y relativamente confortable, esta combinacion nos ofrecía la ventaja de evitarnos fatigas y peligros. Pero debo renunciar á este proyecto que me arrastra á dispendios poco en armonía con mis recursos pecuniarios. Tenía que contentarme con la idea de tomar pasaje en uno de estos cañoneros para ir á Nueva-Guinea y volver del mismo modo.

Era una buena fortuna para los armadores que iban á obtener un beneficio neto: no tenía más que elegir. Pero era el caso embarazoso, porque yo quería escoger un buen cañonero y un buen capitan, disminuyendo en lo posible los peligros de naufragio que presenta esta navegacion arriesgada. Atendiendo á los armadores, cada uno de ellos tenía el mejor barco y era el hombre más honrado y el mejor marino.

Mr. Bruijn, que llevaba largo tiempo establecido en el país, me aconsejaba lo más conveniente. Despues de muchos días de parlamentos, laboriosamente empleados en discutir las condiciones y precio del pasaje, vine á quedar de acuerdo con un malayo, llamado Hassan, poseedor del más hermoso cañonero de Ternata, el *Makassar*, y mandado por su hijo Idriss, que había verificado ya doce ó catorce veces el viaje á Nueva-Guinea.

Hassan y su familia pertenecían á la aristocracia comercial del país, á lo que llamaríamos la burguesía, y gozaban de la consideracion general.

Kimalaha, profesor de esgrima.

Hassan era un hombre de aventajada estatura, proporcionado y de aire digno, cortés y modesto, aunque conservando siempre su dignidad. Su hijo Idriss le parecía en un todo, pero sin poseer en tan alto grado las cualidades de su padre.

Tenían en las venas un poco de sangre china, como supuse á primera vista.

Ninguno de los dos tenía barba. En los días de fiesta usan medias y zapatos charolados, una especie de blusa negra y ropa interior muy blanca. El moño que forma su cabello en la nuca, se prolonga sobre un lado de la cabeza, lo cual da á sus fisonomías un carácter particular.

El día en que cerramos trato definitivo para nuestro pasaje de Ternata á Dorey, Hassan con mil cortesías desplegó en nuestra instalacion á bordo toda la complacencia posible.

Una tarde me invitó á tomar el te en su casa,

en el campo de Makasar, barrio musulman del que ya he hecho mencion.

Hassan y su hijo Idriss habitaban dos casas contiguas, ménos lujosas que las casas europeas, pero construídas por el mismo sistema. Estaban separadas del sendero que sirve de calle, por una empalizada cubierta de plantas silvestres. Un pequeño patio forma jardin y da acceso á la azotea. Aquí fué donde me recibió Hassan. Tomamos asiento en unos sillones al rededor de una mesa redonda, cubierta con un tapiz europeo. Nos iluminaba una lámpara de petróleo suspendida. Se sirvió el te en vajilla de porcelana fina con filetes dorados, tal como las que se ven de muestra en nuestras ferias. Era esto en Ternata un lujo dispendioso, al cual hubiera preferido la más grosera de las porcelanas chinas, siempre pintorescas, con sus arabescos fantásticos y que cuestan muy poco; pero nadie es profeta en su patria; y lo que cuesta más y viene de léjos es siempre más apreciado. Esta es la moda en todo.

El te era chino, es decir, excelente. Entre los

Alfuros de Galila que van á hacerse fotografiar.

muchos platillos de golosinas, figuraban inevitablemente los bizcochos ingleses Huntley-Palmers. Hé aquí hombres universalmente conocidos. Ningun príncipe, ningun genio guerrero ó político, ningun sabio ha podido jamas en su sed de gloria alcanzar un renombre mayor que estos panaderos. Alejandro, César, Napoleon, son desconocidos en lejanas riberas, pero ¡los Huntley-Palmers! Se encuentra su marca hasta en los brazaletes de hierro con que se adornan los bellos papúes.

Al lado de estos bizcochos se ofrecen humildemente á nuestra eleccion los dulces malayos, á los cuales, por curiosidad sobre todo, concedo la preferencia.

En la familia Hassan, como sucede entre los buenos musulmanes, el sexo bello permanece invisible. Hassan tiene, segun se dice, hijas extremadamente hermosas, pero se hubiera ofendido á la menor pregunta.

Había en Ternata numerosos alfuros de Galila, pueblecillo situado al Norte de la isla Almaheira. Mr. Tobías quiso emplear su autoridad, enviándo-

los oficialmente á ponerse delante de mi aparato fotográfico. Esto fué un acontecimiento en la ciudad, y una hermosa mañana llegaron los alfuros con sus armas engalanadas con hojas de palmera, y seguidos por una turba de curiosos, hombres, mujeres y niños. De estos alfuros no tengo nada que decir, despues de la descripcion que hemos hecho de los de Dodinga, á los cuales se parecen, con la sola diferencia de haber adoptado el traje de los malayos, lo que les da un aspecto ménos salvaje.

No me quedaba ya otra ocupacion que poner mano á los últimos preparativos de viaje.

La Nueva-Guinea no produce más que arroz. Era preciso importar víveres para seis personas y para siete ú ocho meses, y ademas una pacotilla para nuestros cambios con los indígenas y nuestro material de naturalistas. Teníamos cerca de ciento cincuenta litros de alcohol, municiones para ocho mil disparos de fusil, algodon para disecar más de dos mil pájaros y todo lo demas arreglado.

Tenía que pensar en todo. Un olvido sería irreparable, y podía comprometer el resultado de la expedicion. Entre cajas, sacos de arroz y otros efectos, llevábamos más de ciento cincuenta fardos.

Hassan y su hijo Idriss.

Mr. Maindron entre tanto procuraba curarse una desolladura que se había causado en una pierna. Esto sería en Europa un arañazo sin consecuencias, pero en los países cálidos y húmedos es muy grave, como lo tiene demostrado una triste experiencia.

Ya estábamos listos y aún no se había fijado definitivamente el día de la partida. Había para esto una razon poderosa.

El revoltoso ó revolucionario de Gilolo, Hassan, tenía una flotilla, y se ignoraba hasta qué punto pudiera ser temible. Era preciso tocar en la isla de Salwatty, y en ella se encuentra un renombrado rajah que se cree aliado de Hassan. Se había, pues, acordado en principio, que todos los cañoneros de Ternata navegaran de conserva para oponer al enemigo, caso necesario, una flota imponente.

Mr. Bruijn enviaba tambien á Nueva-Guinea un pequeño cañonero, montado por cazadores malayos, que debían hacer colecciones, y había confiado el mando de esta expedicion á un jóven naturalista frances, Mr. Leon Laglaize. Compatriotas y colegas, no hacía falta más para que nos consideráramos amigos, y aunque nuestro objeto en Nueva-Guinea no fuera el mismo, decidimos cruzar

juntos los parajes peligrosos. El capitan del cañonero de Mr. Bruijn era el segundo hijo de Hassan, padre de nuestro capitan, nueva razon de esta alianza ofensiva y defensiva. Sin embargo, los intereses de unos y otros no eran exactamente los mismos, y de aquí dificultades para ponernos de acuerdo sobre el día de la marcha. Despues de largas discusiones, se fijó para el 16 de Enero de 1877.

Estos pequeños cañoneros no están precisamente organizados como nuestros barcos de recreo. Toda la cala se reserva para las mercancías. Sobre el puente, á popa, se encuentra una cámara que forma el departamento del capitan. Una mampara divide el compartimiento en dos; Idriss nos cedió el más grande, en el que dos banquetas de madera nos servian de camas.

A proa, una pequeña construccion, muy parecida á un nicho, hacía el oficio de cocina descubierta al viento.

El 16 por la tarde nos hallábamos á bordo. El capitan no parecía. En su ausencia los marineros pasaron la noche entera de diversion y tumulto, y no nos permitieron cerrar los ojos.

A la mañana siguiente bajamos á tierra para dar el último *adios* á los amigos, y Mr. Bruijn tuvo la delicada idea de hacerme entrega de una bandera francesa que había confeccionado para mí. Volvimos á bordo. Idriss pareció al fin con su padre. Restablecióse el órden y se inspeccionó todo el barco.

Despues que mi bandera francesa fué izada en el palo mayor, junto al pabellon holandes, se levó el ancla, y el *Makassar* comenzó á virar sobre sí mismo; pero impulsado por la corriente, ántes que hubiera habido tiempo de largar velas, vino á dar con el *baupres* sobre otro cañonero. Se oyó el crujido de los palos y cordajes, que se enredaron, nuestros marineros se lanzaron á los obenques como una bandada de monos negros; todo el mundo gritaba y daba órdenes á la vez; en poco estuvo que no tuviéramos que lamentar serias averías; pero, por fortuna, dos ó tres hachazos oportunos nos desenredaron.

Por fin las velas se desplegaron á la brisa. Hassan nos saludó con la mano por última vez, invocando para nosotros y su nave las bendiciones de Alá... Y partimos.

¡Momento siempre lleno de emociones, cuando se sabe que nos esperan largos meses léjos del mundo civilizado, sin noticia de la patria, donde hemos dejado las más dulces afecciones, las personas queridas que esperan con ansiedad la vuelta del viajero!

TERNATA — LAS MOLUCAS

II

La isla de Salwatty.—El rajah Abon-Kassin y el príncipe de Tidor.—Dorey.—Las habitaciones.—Los Papúes Maforos.—Vestidos.—Ornamentos.—Armas.—El mayor y el capitan.—Aritmética papúe.—Deslealtad.—Gobierno.—Individualidad.—Solidaridad.—Matrimonios.—Escrúpulos.—Pasiones.—Religion.—Casa sagrada.—Ídolos y leyendas budhistas ó cristianas.—El arte papúe.—Idiomas.—El pueblo de Aiamboro.—Habitaciones.—Papúes Arfaks.—Peinados.—Costumbres sanguinarias.—Robo de una esclava, y singular venganza.

Despues de muchos días de navegacion, nuestro primer arribo á tierra papúe, fué en el puerto de Salwatty, situado en la punta nordeste de la isla, á la entrada del Estrecho de Galévo. Las tierras muy bajas en este Estrecho avanzan sobre la mar en bancos de arena ó de coral, que sumergiéndose á trechos forman islotes cubiertos de vegetacion, y que obligan á fondear léjos de la playa.

Idriss y yo bajamos á tierra para hacer una visita al rajah. Mr. Maindron, que sufria aún de la herida de su pierna y se encontraba en la imposibilidad de andar, tuvo que permanecer á bordo.

Había muchas razones para suponer que Abou-Kassin, rajah de la isla de Salwatty, era el aliado del revoltoso Hassan. Por esto, para mayor seguridad, Idriss me recomendó que guardara mi rewolver en el bolsillo y que hiciera llevar mi fusil por uno de mis hombres. Él tomó las mismas precauciones, y así, armados hasta los dientes, abordamos á la primera tierra papúe.

El rajah estaba prevenido para recibir nuestra visita, y tan pronto como llegamos delante de su habitacion, algunos servidores nos ofrecieron apresuradamente sillones rústicos para que tomáramos asiento delante de la azotea.

El señor no se hizo esperar. Era un hombre vestido con toda propiedad al gusto malayo: una especie de enaguas á guisa de pantalones, blusa de algodon y un gorro multicolor, mitad de tela y mitad de esparto. De pequeña estatura, grueso, muy moreno y de mezquina apariencia, el rajah Abou-Kassin no se parecía en nada á un malayo; se le hubiera creído más bien de orígen árabe, lo que no tendría nada de extraño, porque es probable que los árabes vinieran á Ternata hacia el siglo décimocuarto.

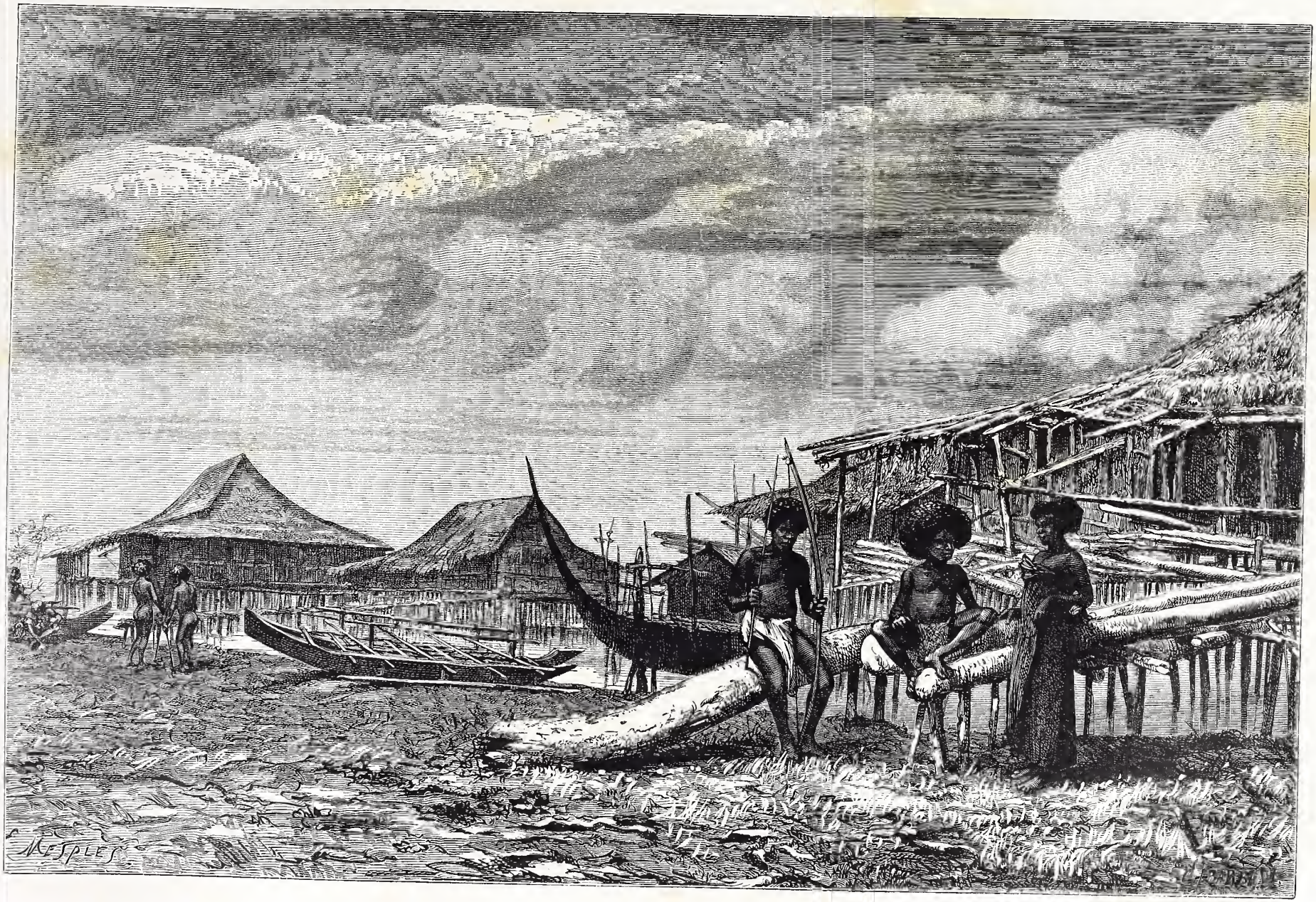
Abou-Kassin (no dudo que ya no existe) tenía un porte modesto y reservado, dulce y cortes. Hablaba poco, pero la inspeccion más superficial de su persona, era bastante para convencerse que bajo aquella apariencia ocultaba un fondo de hipocresía y engaño. Pocas veces he encontrado una fisonomía tan manifiestamente falsa, una expresion de rostro tan bajamente cruel.

Un sirviente nos ofreció cigarros. Los acepté, pero no me apresuré á encender ni á llevarlos á mi boca, hasta que ví al rajah fumar uno, porque si bien no creía que estuviera dispuesto por su parte á emplear procederes violentos, no me inspiraba confianza, y aunque se le juzga valiente, yo le creía más dispuesto á servirse del veneno que del cuchillo.

Otro personaje importante acompañaba al rajah: era un príncipe de Tidor, hijo ó sobrino del sultan. En Ternata se creía que había sido asesinado en la isla de Guebé; pero había tenido cuidado de no comprometer su vida, y en vez de cruzar el mar segun la órden que había recibido de su real señor y pariente, vino á pavonearse en una dulce ociosidad á Salwatty. Estaba de huésped de Abou-Kassin.

Mirando al uno y al otro, pensaba que era difícil encontrar dos hombres más diferentes.

El príncipe es alto y fuerte, tiene el color claro, figura bondadosa, hasta ordinaria, bastante inteligencia, la voz alta y gangosa y habla mucho.



Aldea y habitantes de Salwatty.

El rajah estaba sentado en el borde de su silla bastante incómodo, como si tuviera por asiento un manojo de espinas. El príncipe, por el contrario, se puso con toda comodidad en el suyo, cruzando las piernas familiarmente. El uno estaba cauteloso por cálculo; el otro franco por rudeza.

Adivinando nuestras sospechas, el rajah nos enseñó una carta que había recibido del revoltoso Hassan. Este último le indujo á hacer causa comun con él; pero el pérfido Abou-Kassin era bastante astuto para caer en el lazo; nada podía ganar en una alianza tan comprometida y conocía bastante á los holandeses para dudar que tarde ó temprano alcanzarían la victoria. Tenía bastantes delitos de los que buscar indulto, y no quería aumentar con otro su proceso judicial, en el que había motivo suficiente para concedérsele el honor de ser colgado de un árbol.

Yo mismo supuse que al alojar en su casa al príncipe de Tidor, quería servirse de él como de

Habitacion del autor en Dorey.

un pararayos y tener una prueba irrecusable de su fidelidad á los holandeses, de la cual protestó ante nosotros en algunas palabras discretas pero sentidas.

Habiendo tomado la conversacion un giro bastante amistoso, participé al rajah mi deseo de cazar en su isla; no tanto por el gusto de matar como por el interes de mis colecciones, y me contestó en términos muy sencillos, que miéntras permaneciera en los alrededores del pueblo, bajo su proteccion nada tenía que temer; pero que si trataba de penetrar en el interior, no podría responder de mi seguridad y que corría el peligro casi cierto de ser asesinado.

«El país hoy está tranquilo, me dijo; pero no sé lo que sucederá mañana.»

Las poblaciones del interior de Salwatty, son bastante peligrosas; pero creo que si el rajah hubiera querido, no habría motivos tan serios de temor: pero el rajah no lo quiere; un interes pecuniario le induce.

La isla de Salwatty es la patria de uno de las más hermosas aves del Paraiso, del *multifil* (*Seleucides alba*). Su espalda refleja violetas, su pecho

de terciopelo negro adornado con una bordadura verde metálica, y su penacho de plumas de un color amarillo alimonado, forman un conjunto admirable y hacen á esta ave digna de ser muy buscada. El rajah desea guardar para él su tesoro, y todos los multifilos deben pasar por sus manos; esta es la verdadera causa de sus caritativas advertencias; pero aunque puede creerse esto, es muy prudente seguirlas, porque Abou-Kassin no tendría escrúpulos de hacer desaparecer á cualquier temerario viajero, achacando este crímen á los salvajes insulares que lo cometieran por su indicacion.

Salimos de Salwatty el 26 de Enero, y bordeamos penosamente con viento débil, pero con grueso oleaje, la costa norte de Nueva-Guinea, que llamaré en adelante por su nombre indígena, la *Papuasia*.

El 30 por la tarde, pasamos cerca de la pequeña isla desierta de Aori, adonde vendré más tarde, y el 31 por la mañana llegamos á la entrada de la bahía de Dorey, término de nuestra navegacion.

Era preciso construir sin tardanza una casa, trabajo que, afortunadamente, no es ni largo ni difícil en Papuasia, tanto más, cuanto que Idriss tenía un cargamento de hojas de cocotero preparadas para la techumbre, y que, mediante el pago de unas enagüillas (1) ó de una navaja, una veintena de papúes consentirían en ponerse á la obra.

Pero ántes de continuar, supongo que le agradaría al lector visitar el pueblo de Dorey y conocer un poco sus habitantes, así como sus trajes y costumbres.

Al norte de la gran bahía de Geelwink se encuentra una rada que forma la bahía de Dorey, sobre cuya playa septentrional se encuentran alineados tres pueblecillos: Konavi al Este, donde nosotros nos hemos establecido, Raoudi al centro y Monoukouary al Oeste.

La bahía está protegida de los vientos del Este por la isla de Manasouari, más conocida con el nombre de Mansinam, que es el de su único pueblo.

Otra isla más pequeña y completamente inhabitada, la isla de Mousmapi, opone afortunadamente, gracias á algunos arrecifes, una barrera á las ráfagas de los vientos del Sur.

Todas las casas de los pueblos de Dorey y de Mansinam, están construídas sobre estacas, á cincuenta ó sesenta metros de la orilla del mar, y en algunas se encuentra un puente construído con troncos de árboles, apoyados sobre sí mismos.

Estas casas forman un cuadrilátero más ó ménos vasto, en los que la inmensa techumbre de hojas de cocotero simula con cierta exactitud la forma de un medio huevo.

Cada una de estas casas está dividida en cuatro partes: al centro en el sentido de su longitud una especie de corredor da acceso, á ambos lados, por una puerta única á pequeñas habitaciones casi enteramente á oscuras. Hay así á cada lado cinco, seis ó siete habitaciones. Sobre la fachada de la casa, siempre del lado del mar, el corredor termina en especie de explanada, abierta á todos los vientos, pero cubierta por el techo; los procedimientos de construccion entre los papúes me eran ya conocidos en cuanto á las fachadas de sus edificios, pero lo que no podía imaginar era en el interior el espectáculo extraño de un desórden más pintoresco que confortable, de troncos, de ramas, de pedazos de cortezas de bambúes, de esteras, todo movible, vacilante, rodando, resbaladizos, capaz de marear á cualquiera, y formando entre todo un resbaladero que exige una gran ciencia de equilibrio.

No se puede creer que cada una de estas habitaciones que se encuentran á los lados del corredor, tenga un destino especial al servicio de una sola familia; no, los menesteres de un papúe no son tan múltiples. Cada casa es por sí sola un pequeño pueblo, una pequeña colonia, y cada habitacion está ocupada por una familia distinta, comprendiendo el padre, la madre y los niños. La casa pertenece sin embargo á un individuo que se podría llamar jefe de familias, *Pater familias*, y todos los que la habitan, diez, veinte, treinta y á veces cincuenta, son sus parientes, sus amigos y sus esclavos. Estos últimos han contribuído todos á la construccion del edificio, viviendo en comun y unidos los unos á los otros por los mismos intereses y la misma necesidad, la lucha de la vida. Sólo los jóvenes que se encuentran en la edad nubil son excluídos de la casa, y pronto

(1) Sirve todavía para los cambios con los papúes el *kain* (tela azul), vasta pieza de algodon indio, cuyo valor no pasa de cinco francos y treinta céntimos. Es esta una mercancía muy estimada de los papúes, que no tiene en otra parte ningun uso, pero que es aquí indispensable en las negociaciones importantes. Sirve tambien el *manimani*, abalorio de Venecia, azul claro y opaco, que se da con medida para hacer collares; vienen despues los machetes, los cuchillos de formas y valores diversos, y pequeños espejos poco apreciados.

El *sarong* es una especie de servilleta grande y multicolor, que los hombres y las mujeres en Malasia se atan al rededor de los riñones á guisa de enaguas. Los papúes lo reciben como moneda y lo utilizan, aunque poco, en sus vestidos.

Estos *sarong* valen próximamente tres francos.

veremos por qué y cómo, cuando hablemos de las costumbres y de la religion de los papúes.

El moviliario es más primitivo todavía; los asientos y las mesas son desconocidos; los papúes se sientan siempre sobre sus talones, hasta cuando tienen una silla á su disposicion, dos ó tres tablas cortadas con el machete del tronco de un árbol y recubiertas de hojas de cocotero, forman la cama; un agujero abierto en una especie de lecho de tierra sirve de hogar; los alimentos cuando no se toman crudos son casi siempre cocidos sobre las cenizas ó las brasas; los pucheros de barro son un lujo muy raro, bien que sólo se fabrican algunos en Dorey. De largos y gruesos bambúes de que están construídos los tabiques interiores, se sacan los vasos para el agua; si añadís algunos sacos de esparto, arpones, arcos, flechas y lanzas, tendreis la lista completa de un moviliario de papúe.

¡Qué abismo entre el hombre que vive como una bestia en este estado de barbarie y el hombre civilizado que en todas las funciones de la vida animal busca un refinamiento del espíritu! Aparte de la palabra y de una perfectibilidad relativa, el hombre salvaje se aproxima más á la bestia que al hombre civilizado.

Los papúes son más esbeltos y más altos que los malayos. Tienen los brazos y las piernas un poco largas y delgadas, la cara oval, los pómulos salientes, la frente baja, los ojos sin ninguna oblicuidad, la nariz aguileña (diferenciándose esencialmente en esto de los malayos, que la tienen aplastada y chata).

El tabique nasal se prolonga inferiormente tanto, que las narices presentan de lado una gran extension y se levanta un poco, conformacion característica entre todos los papúes, y que sobre todo cuando es muy pronunciada da á su nariz un aspecto disforme.

Salvo raras excepciones, los labios son ménos gruesos; el conjunto de su cara no ofrece ningun signo de prognatismo; el color de la piel varía entre los números 27, 28, 29 y 30 de la escala cromática de la Sociedad de Antropología, es decir, moreno, moreno pronunciado al amarillo canela, pasando por tonos ligeramente rojizos. Los tintes claros son escasos y no se encuentran más que entre las mujeres. Los cabellos son tambien variables entre las diferentes tribus, pero siempre de un negro muy pronunciado y más ó ménos crespos. La barba es poco abundante, bien que parece que no asoma sinó en una edad relatimente avanzada.

Entre las mujeres, una boca gruesa, repugnante, llena de escoriaciones, y horribles huellas de enfermedades cutáneas que son el resultado de una alimentacion mal sana é insuficiente, constituyen, por cierto, un conjunto nada seductor.

Poco agradables en la adolescencia y bien pronto deformes por una precoz maternidad y por trabajos penosos, no tardan en llegar á una fealdad repugnante. Su traje es tambien todo lo primitivo posible. La tela que usan no es de tejido, no es tampoco una piel de animal; es cualquier cosa entre uno y otra, una corteza de cierta clase de higuera, curtida y preparada, despues de haber estado en remojo y batida largo tiempo con un mazo de madera. Es amarilla, y tiene, al ménos en apariencia, una flexibilidad y una consistencia entre el papel y el tejido. Cortada en larga banda, sirve de cinturon, pasa despues entre las piernas y vuelve por delante para formar un delantal más ó ménos largo.

Este es el único vestido de los papúes. Alguna vez, entre las mujeres, esta tela un poco más larga, atada al rededor de los riñones, cae en forma de enagüillas hasta las rodillas. Es decir, que en Dorey usan tambien el *sarong* (porque lo bueno debe imitarse y conservarse).

En cuanto á los adornos, son groseros, pero numerosos, y algunas veces no carecen de gracia.

El peinado varía entre las diferentes tribus papúes. Entre los mafors, habitantes de Dorey, donde estamos, tiene bastante originalidad. Los cabellos, naturalmente crespos, son ademas enmarañados con un largo peine de bambú, que más parece un tenedor, hasta que forman al fin una masa erizada, una maleza por decirlo así, que tiene un volúmen dos ó tres veces mayor que la cabeza. Para igualarlos y darles una apariencia más negra y rizada, emplean un tizon que pasan ligeramente al rededor de este edificio de cabellos; se pone horizontalmente en esta mata lanosa el peine de bambú, con el mango deshilachado, esculpido, forrado y algunas veces guarnecido con plumas, que avanza veinticinco ó treinta centímetros por delante de la cara, y hé aquí realizado el sueño de todo papúe mafor, que tenga alguna pretension de coquetería. No podíamos cansarnos de ver y de admirar estos erizos ó plumeros que semejan á los que se usan en Europa al extremo de un palo ó perca larga para sacudir el polvo en las bóvedas de las iglesias y palacios.

Se adornan las orejas con pendientes de cobre, de vidrio ó de concha. Se rodean el cuello con un collar de abalorios, del cual penden objetos diversos: una gruesa concha blanca, un amuleto re-

presentando una figurita humana con el cuerpo solo, hecho de un pequeño trozo de madera, envuelta con otras reliquias en trapos, que en fuerza del uso presentan un color indefinible, ó por último, una de esas grandes espinas que tienen en las plumas de las alas los *casoars*.

Los brazos, en los puños y hasta cerca del codo, van ornados de anillos, algunas veces de plata, que es la suprema opulencia, pero más comunmente de cobre, de dientes de animales salvajes, de espinas, de conchillas, de conchas de ostras ó de esparto, en el que sobre fondo negro re-

Un paisaje en Dorey.—Papúes empujando sus piraguas.

saltan algunos dibujos amarillos ó rojos. Y aún hay más que eso. En las ligas, con sus hebillas, llevan tambien anillos hechos de conchas entrelazadas.

En las grandes solemnidades se cuelgan una ostra-perla, toscamente trabajada y adornada con abalorios. Si á esto se añade algunos pintarrajeos azules, restos de cicatrices hechas con un carbon encendido, tendremos la enumeracion casi completa de todos los detalles de los ornamentos papúes, ornamentos exclusivos del hombre, como sucede entre casi todos los salvajes, lo

mismo entre los repugnantes negros del Africa, que entre los feroces habitantes de la parte vírgen del Nuevo-Mundo, y entre los pérfidos insulares de la Oceanía.

Afortunadamente para los viajeros, los papúes no hacen uso todavía de las armas de fuego. Más sagaces en esto que los tratantes árabes del Africa, los malayos, á pesar del atractivo del lucro, no quieren importar los fusiles entre sus pacotillas de cambio, para armar las manos de sus asesinos. Están reducidos aún, voluntariamente, á sus arcos y sus flechas, armas peligrosas, sin duda, en sus manos ejercitadas, pero que hacen un triste papel enfrente de nuestros fusiles de tiro rápido. Los arcos de bambú ó de madera flexible son muy grandes; la cuerda es de hilo de caña. Las flechas de combate son casi tan altas como un hombre, y están hechas de bambú, muy rectas y ligeras, con una punta de hueso ó de espina de pescado, y adornadas con arabescos y con pequeñas figuras humanas. Estas flechas producirían sin duda terribles heridas; pero aunque lanzadas por una mano fuerte, llegan muy léjos, á ciento ó ciento cincuenta metros, no deben ser muy pe-

Mujeres maforas.

ligrosas, porque parece que los papúes no son muy hábiles en su manejo. Yo los he visto muchas veces ejercitarse en el tiro del pichon sin que jamas acertaran, y durante nuestra estancia en Nueva-Guinea no hemos recogido más que una ó dos veces pájaros muertos con estas flechas.

Sus lanzas son largas, con un asta más ó ménos pulida y adornada tambien con plumas de casoar. La punta es algunas veces de hierro, lo que constituye un objeto de gran valor; pero la mayor parte están hechas con un trozo de bambú, perfectamente afilado. Las remplazan así, caso necesario, por un simple venablo de bambú con la punta tallada á bisel.

Su armamento, en fin, se completa por el *peda*, especie de sable-machete que los malayos importan generalmente como objeto de cambio. Un papúe no abandona jamas su *peda*, instrumento propio para todos los usos, que abate cabezas humanas ó troncos de árboles, y sirve para cortarse las uñas lo mismo que para afeitarse.

Tales son los papúes, en medio de los cuales vivimos y que hemos tenido la curiosidad de ver y estudiar, porque de la mañana á la tarde entraban libremente en nuestra cabaña, en la que la puerta, más molesta que útil, ha sido suprimida. Hemos tenido tambien algunos á nuestro servicio para guiarnos en las cacerías por el bosque y acompañarnos en nuestras excursiones. Comían con nuestros hombres y pasaban muchas veces las noches en nuestra casa. Por no estar constantemente entre ellos, trazamos á la puerta de nuestro cuarto una línea de limitacion más bien moral en verdad que material, que dos papúes solamente tenían el derecho de franquear; dos especies de jefes que gozan entre sus compatriotas cierta autori-

dad, y de los cuales uno, el mayor Sakoi, hablaba bastante bien el malayo, por lo que era para nosotros precioso en nuestras relaciones con los indígenas. Era un hombre viejo, de rostro taciturno y dulce, horriblemente feo, que llevaba arrollado sobre su calva cabeza á guisa de tocado un pañuelo todavía más sucio que él; el otro, el capitan de los mares Founaouo, ni viejo ni jóven, tenía una cabellera enorme, una nariz ligeramente remangada, y finalmente el aire de una bestia. Estos dos hombres, de los que recibimos diariamente la visita más bien dos veces que una, y que no dejaban jamas de saludarnos con un *tabe touan* (buenos dias, señor,) de darnos la mano y de mendigar un poco de tabaco, no venían jamas el uno sin el otro; bajo las apariencias engañosas de sus amigables relaciones, eran evidentemente dos rivales que se espiaban á fin de obtener al ménos una parte igual en la explotacion de los extranjeros; los dos nos prodigaban á cual más la seguridad de su aprecio. El mayor era cómicamente patético, cuando me invitaba á ser generoso con un viejo amigo de los franceses á fin de que quedara en su corazon un grato recuerdo de nuestras acciones. No me inspiraba confianza alguna, no creía una palabra de sus protestas, pero tenía necesidad de él y, pagándole con la misma franqueza, le decía, dándole familiarmente palmadas sobre su arrugada piel, que era mi mejor amigo.

Uno de los guías de nuestras excursiones, que se llamaba como su país, Dorey, era un hombre de unos veinte años, un perfecto papúe, tanto moral como físico; una inmensa cabellera, una profusion de conchillas, de anillos, de abalorios, de pequeños amuletos, daban la apariencia de un muchacho á este indígena, siempre riente, familiar, enredador, hipócrita, pero ladron como un mono. Yo tenía de mi parte al mayor y al capitan, y por su mediacion contraté á Dorey á nuestro servicio por un mes, al cabo del cual debía darle cierta paga en telas, cuchillos y abalorios. Él sabía perfectamente que el mes tenía treinta dias y las condiciones fueron aceptadas por una y otra parte. Todo fué bien al principio, pero hé aquí que á los diez días Dorey descuidó su servicio; al entender mis reprensiones, púsose grave, majestuoso y nada respondió; pero á la mañana siguiente me reclamó el pago de tres meses cuando no hacía más que doce días que estaba á mi servicio: yo me negué terminantemente. Al siguiente día no quiso acompañar á mis cazadores, persistiendo en su extravagante demanda. Mandé buscar entónces al mayor para que me sirviera de intérprete, porque Markus sabía un poco el papúe, pero no lo bastante para dilucidar el debate de más importancia que habíamos tenido desde nuestra llegada y para resistir vigorosamente contra esta explotacion indigna, que podía suscitarnos dificultades sin número.

Vino el mayor; Dorey le acompañaba seguido de sus parientes y amigos y la sesion comenzó. Yo traté de establecer de una manera perentoria y por un cálculo primitivo hecho por los dedos ante los asistentes, que un mes tenía treinta días, que Dorey no nos había servido más que doce y que por consiguiente le restaban diez y ocho días de trabajo para ganar el salario de un mes; que él se fundaba mal para reclamar tres meses. Mi aritmética se encontró justa en sus procedimientos, pero falsa en sus conclusiones. Dorey con sus partidarios reclamaba siempre el pago de tres meses, pretendiendo que los meses papúes tienen sólo cuatro días.

Despues de haber discutido largamente, no llegamos á ponernos de acuerdo. Esto me contrariaba un poco, porque temía romper nuestras amistosas relaciones con aquella gente. Pero Markus, que había hecho ya muchos viajes á Nueva-Guinea, me ayudó á esclarecer el debate, ofreciendo el pago de doce días ni más ni ménos. Los papúes se alejaron sin querer aceptar.

A la mañana siguiente, Dorey vino á rondar al rededor de la casa, pero hicimos como si nadie fijara la atencion en él. Esto duró muchos días hasta que se decidió por fin á reclamar de nuevo su paga. Yo le ofrecí aún el salario de doce días que se obstinaba en rehusar; pero le mostré ostensiblemente el precio, que consistía en telas y abalorios, en el cuarto de nuestros criados, diciéndole que cuando quisiera podía venir á buscarlo, y que yo tenía otras cosas que hacer que discutir con él.

Algunos días despues, las telas y abalorios habían desaparecido; Dorey estaba pagado.

Por lodemas, es difícil hacer cuentas con los papúes, porque no saben contar más que hasta diez; pero el viejo mayor me indicó el procedimiento que había de seguir para evitar en lo sucesivo estos enfados: cuando quisiera contratar un hombre á mi servicio debía cortar tantos pedacitos de madera como días había de tenerlo, poniendo delante del papúe á un lado los pequeños trozos de madera y al otro los objetos que en pago le ofrecía. Yo me guardé muy bien de ofrecer al primer golpe todo lo que quería pagar; era preciso ser mercader. Cuando al fin un papúe despues de haber reflexionado largamente, consultaba á sus amigos, miraba los objetos, desdobla-

ba las piezas de tela, contaba y recontaba los pequeños pedazos de madera, dividiéndolos en montones de cinco y de diez, los reunía despues, los revisaba todavía, se decidía á aceptar, tomaba todos los pedazos de madera; despues me daba uno cada mañana, y cuando ya no tenía más, las telas y abalorios, que estaban siempre guardados en un sitio donde podía verlos y tocarlos, le pertenecían; era raro entónces que quisiera renovar el contrato. Había estado durante un mes sujeto á un buen régimen alimenticio; tenía lo que en su país remplaza al dinero, era rico. Nada podía ya tentarle, la pereza que había sacudido un instante le volvía encima, y llevado por la inconstancia y la versatilidad propia de su carácter, se alejaba y no volvía más.

Las cosas no pasaban siempre, sin embargo, de una manera tan sencilla; había veces que querian revocar el contrato; y romperlo á los tres ó cuatro días, devolviéndome todos los pedazos de madera, y entablándose grandes discusiones para el pago.

Era ya timpo de dedicarnos á buscar insectos, que adquiríamos con abalorios; yo daba uno, dos, tres, y hasta siete ú ocho abalorios azules, por insectos, conchillas, peces, una serpiente ó un animal cualquiera, terrestre, fluvial ó marino. Tomamos, de primera intencion, todo lo que podíamos llevar para contentar á los cazadores, sin perjuício de hacer luégo una eleccion más detenida. Pusimos todo esto en una caja, que instalamos en la ventana, y no tardaron en acudir los muchachos y tambien los hombres, y aunque con ménos frecuencia, algunas mujeres. Bien pronto, para evitar el escalamiento y que se llevaran esta moneda, nos vimos obligados á hacer más difícil su acceso; pero era preciso luchar contra la astucia sin igual que usan los papúes, que querian hacernos aceptar y pagar un insecto mutilado ó una conchilla rota é incompleta. La primera negativa no les hacía desistir, y á los pocos días nos volvían á ofrecer la misma deteriorada mercancía por cualquier otro vendedor; constantemente resonaban en nuestros oidos estas palabras: *Touan*, *binatang*, *binatang* (caballero, los bichos, los bichos).

Hacía falta la doble paciencia de un viajero y de un naturalista, pero esto no era nada al compararlo con los enfados que nos suscitaba la mala fe de los papúes. Un día, Markus y Wiliam regresaban de caza trayendo un paquete de pequeños tallos de bambú, aguzados y acerados, que habían encontrado, fijos en tierra, en las proximidades del bosque, y sobre todo en el sendero que á él conduce; la intencion era evidentemente malvada; para nuestros cazadores de insectos, que marchaban á pié desnudo, el peligro era grande; yo mismo salía, frecuentemente, al rededor de la casa sin calzado, y encontré gran cantidad de estos pequeños bambúes fijos en tierra, de cuya superficie rebasaba la punta cuatro, cinco ó seis centímetros.

Los papúes pretendían, que ellos habían sembrado así el bosque y los alrededores de nuestra casa de pequeñas estacas, para preservarnos de una incursion de las tribus de los *arfaks*, esos terribles cortadores de cabezas, cuyo sólo nombre espanta á los malayos. Tuve á bien decirles, que no temía nada á los arfaks, y que los bambúes eran más bien peligrosos para nosotros, y que no quería que los clavaran. A pesar de esto, nuestros hombres arrancaban, todos los días, un gran número, que una mano invisible clavaba siempre, hasta que un día dos papúes cayeron en su propio lazo, quedando con los piés casi traspasados. Uno de ellos vino á pedirme remedio. Yo tuve ganas de no complacerle, pero ¿cómo negárselo? Me decidí á emplear uno que doblaría el castigo: fué una aplicacion profunda y prolongada de colodion. Se sabe que este medicamento, aunque excelente, produce sobre la llaga la impresion del hierro candente; nuestro hombre curó, y desde el mismo día los bambúes desaparecieron, con gran satisfaccion nuestra.

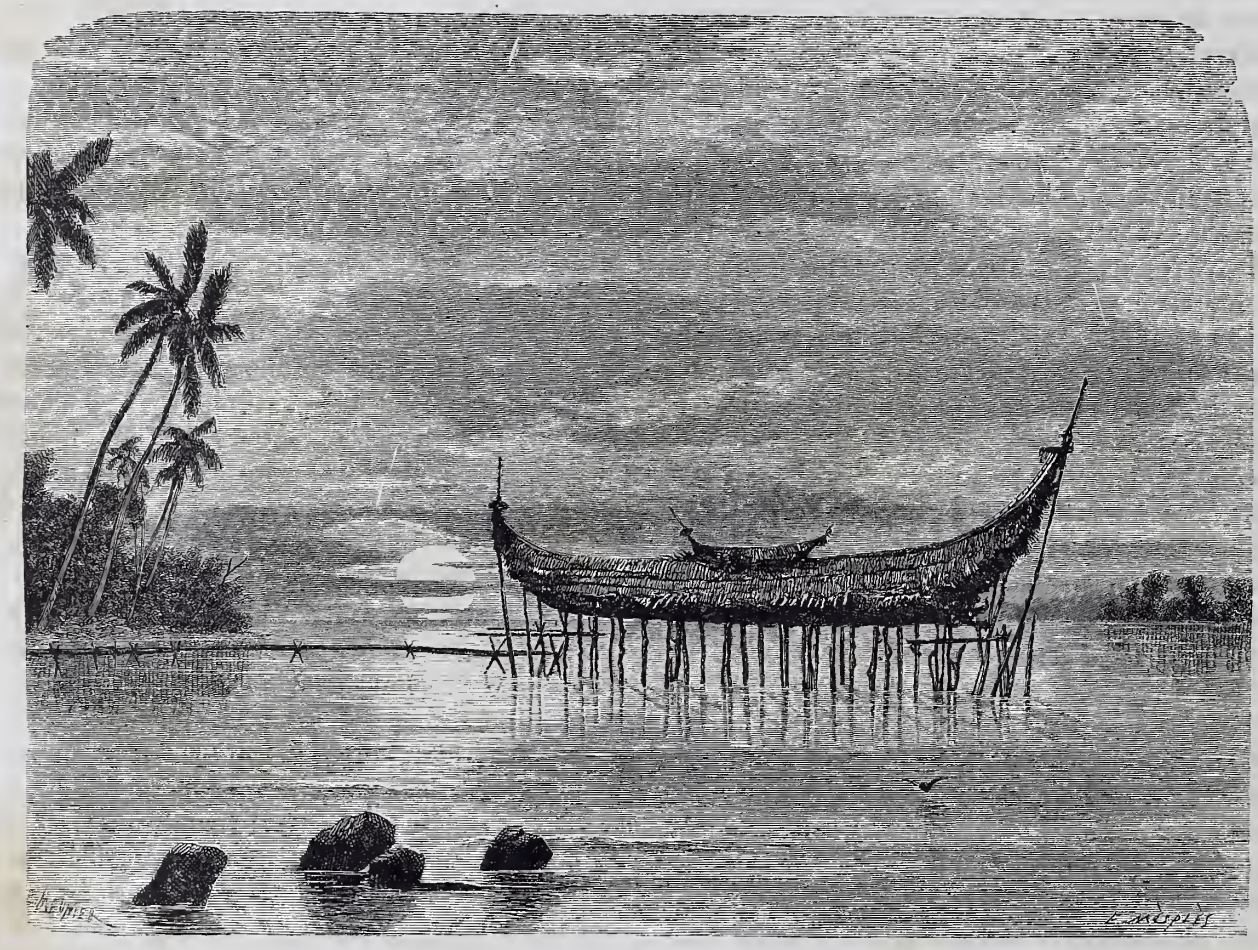
Como se puede comprender, entre pueblos tan primitivos, la organizacion social se encuentra en un período embrionario; nada de gobierno, nada de leyes, ni de costumbres sociales, ni de sacerdotes, ni de autoridad obedecida y respetada: esto no es más que una reunion de individualidades absolutamente libres é independientes, que no están ligadas entre sí, sinó por lo que exigen sus intereses, y que, sin embargo, cosa curiosa, son todos solidarios unos de otros.

Algunos jefes se trasmiten, de padres á hijos, un poder nominal é ilusorio, que ni es querido ni puede imponerse.

Cada uno se instala donde le place; pero llega un peligro comun, y todos estos naturales vagabundos se agrupan y se estrechan en apretadas haces. Un papúe tiene una hoja de tabaco, un tallo de caña de azúcar; debe repartirlo entre los que le rodean, y muchas veces, si yo tenía necesidad de guías, de criados, de remeros, aunque me era más cómodo tratar con uno de ellos, se encontraba con las manos atadas por sus compatriotas que querían ser investidos cada uno de una funcion cualquiera para participar de la paga.

Los papúes son, generalmente, monógamos: alguna vez tienen muchas mujeres, pero sucesivamente; cuando la primera se encuentra marchita ó inútil por la edad, se la pone á un lado como un mueble inútil, para tomar otra que tendrá la misma suerte que la primera, y así se sigue miéntras el marido es bastante rico para renovar este moviliario dispendioso, porque la mujer es siempre objeto de una transaccion comercial, en la que el esposo paga al padre una suma largamente debatida, y proporcionada á sus recursos. Es preciso hacer constar que entre estos pueblos tan groseros, se observan ciertos respetos á las leyes de la moral, aunque lo cierto es que degenera, con frecuencia, en especulacion. Así, la buena conducta de las jóvenes se considera como un capital que permite esperar una transaccion financiera ventajosa.

Si un hombre anuncia la intencion de tomar por mujer á una jóven, no debe buscar ocasion de



Un templo en Dorey.

verla ni mirarla más que cuando esta ocasion se presente fortuitamente. Si la encuentra en un camino debe agacharse, volviendo el dorso y ocultando el rostro entre las manos; si procede de otro modo, se expone al pago de una fuerte multa en *sarongs* ú otros objetos de cambio.

Los misioneros holandeses me han referido anécdotas singulares sobre hechos que han tenido lugar en el pueblo de Mansinam, y que si la avaricia no era el móvil evidente de la solicitud paternal, podrían dejar suponer una delicadeza de costumbres, bien léjos de la que se podría esperar del estado tan inferior de civilizacion de este pueblo.

Los matrimonios dan lugar á un júbilo que no puedo describir, no habiendo jamas asistido á sus ceremonias.

Debo hablar ahora de la religion, cuestion muy interesante, pero sobre la cual nadie ha sabido darme noticias bastante precisas. Los papúes guardan en este punto una reserva extraordinaria. Interrogué á mis dos amigos, el mayor y el capi-

tan, busqué indicios cerca de nuestros malayos que han venido muchas veces á Nueva-Guinea, pregunté á los misioneros holandeses, que habian perfectamente la lengua mafor, y ni los unos ni los otros estaban mejor enterados que yo. Y cosa extraña, han encontrado entre los indígenas algunos neófitos que les son devotos, los han probado en circunstancias difíciles, pero los mismos papúes cristianizados y á medio civilizar, se niegan á revelar nada de la religion de su país.

Los indígenas llevan objetos que ya he descrito y que son evidentemente amuletos, así como pequeñas figurillas á las cuales dan un gran valor.

Los templos de Dorey y de Mansinam son célebres. Estas casas sagradas, como se las llama en Dorey, están lo mismo que las habitaciones construídas sobre estacas, pero mucho más altas y alargadas. En los dos extremos, el techo, en vez de bajarse, se levanta y se prolonga, para terminar en unos adornos de madera que resguardan en cada extremidad una pared agujereada por una pequeña puerta y una plataforma donde se encuentran dos estatuas de hombre y de mujer de tamaño natural con los miembros articulados y las cabelleras simuladas. Las estacas simulan tambien la forma humana de uno ó de otro sexo; algunas representan cocodrilos. Una descripcion de estas estacas y de sus abominables actitudes,

Divinidades y estatuas papúes.

es cosa imposible: no podría inspirar más que fastidio; todo viajero puede visitar estas casas sagradas, pero en cuanto á saber el culto á que se las destina, y cuáles sean las ceremonias y los ritos, es empresa por todo extremo difícil; todo lo que he podido saber de cierto es que el templo sirve de morada á los jóvenes solteros que, como ya dije anteriormente, no pasan la noche con sus familias y se cree que se reunen allí bajo la presidencia de una mujer vieja y deforme.

Las pequeñas estatuas, altas de quince á veinte centímetros, representan un individuo sin sexo, en pié, con los dos brazos apoyados sobre una balaustrada de madera, tallada con más ó ménos arte. Generalmente no existe ninguna proporcion entre el cuerpo y la cabeza de estas imágenes, siendo la cabeza dos ó tres veces más gruesa que el cuerpo. Los papúes dicen, que cuando un hombre pierde á su padre, esculpe una de estas figurillas, la deposita en su casa, donde ocupa la plaza del muerto, y la invoca en toda circunstancia difícil, sea para obtener un bien, sea para evitar una desgracia. Pero si el escultor llega ó morir, sus hijos esculpen una nueva imágen que remplaza á la del abuelo, declarada inútil y sin virtud, y de la cual se deshacen sin sentimiento.

Al lado de esta mezcla de paganismo y de culto por sus antecesores, se encuentra en Dorey y en Mansinam una tradicion por demas curiosa, muy acreditada entre los mafors; yo la doy tex-

tualmente, tal como me ha sido referida por el viejo mayor, y confirmada por otro papúe y por los misioneros.

Un tal Mongoundi, hombre superior, sin duda algun genio ó dios, estando montado sobre un árbol, vió venir hacia él una hermosa jóven, y le arrojó un fruto de este árbol. La jóven vírgen concibió entónces un hijo, que echó al mundo y que se llamó Konoro.

Mongoundi y Konoro quedaron algun tiempo sobre la tierra, que estaba por aquel tiempo en un estado de felicidad y de inocencia; pero cuando los hombres se dejaron arrastrar por sus pasiones y trajeron la maldad, las dos divinidades desaparecieron, prometiendo que volverían un día, cuando no tuvieran temor de encontrar el espectáculo del mal entre los suyos, y que entónces los hombres no morirían ya, gozando una eterna juventud, que las guerras y las enfermedades desaparecerían, y que la tierra produciría por sí misma todo lo necesario.

Cualquiera que sea la opinion que se profese, en punto á estas encarnaciones divinas, es incontestable, que la tradicion papúe es idéntica á la antigua tradicion budhista.

Aquí se presenta una controversia, que por mi parte dejo *disputationibus eorum*, y que quiero solamente señalar. Se agita la cuestion de saber de dónde han tomado los papúes esta tradicion. Esta cuestion se complica con la antropología. Los viajeros italianos que han visitado ántes que yo la Nueva-Guinea creen encontrar sangre india entre los salvajes de esta tierra de Oceanía, y la tradicion que acabo de contar, es uno de los principales argumentos en favor de una hipótesis que parece rechazan los más sabios antropologistas franceses. Creen ver sólo una variacion de la leyenda búdhica; pero es preciso convenir en que difiere singularmente (1).

Si yo osara exponer mi opinion sobre asunto tan oscuro, diría que no veo que haya relacion alguna entre los papúes y los indios. En cuanto á la tradicion religiosa, puedo, en mi juicio, dar una explicacion muy plausible, haciéndola derivar del cristianismo. Nadie ignora que los portugueses fueron los primeros navegantes que descubrieron Nueva-Guinea; pero las naves del rey de Portugal no se aventuraban jamas tan léjos sin llevar á bordo un capellan, y es probable que alguna predicacion haya dejado entre los salvajes una nocion vaga, de la que ellos, olvidando el original, hayan alterado al mismo tiempo el texto; los tiempos y los nombres son abstracciones que su espíritu no puede percibir.

Antes de conducir conmigo al lector á los diversos puntos que he visitado en Nueva-Guinea y para acabar con este estudio rápido de los papúes del Norte, no me resta más que decir algunas palabras sobre lo que podría llamar sin gran impropiedad de expresion el arte en Papuasia, porque las colecciones etnográficas que he recogido, prueban que los papúes tienen realmente un arte, rudimentario, es verdad, pero que se manifiesta en todos los objetos de su uso y siempre por los mismos procedimientos: primero, la copia exagerada del tipo papúe que se encuentra en las figurillas, en los amuletos, sobre todo en la proa de las piraguas y hasta en las astas de las lanzas y las flechas: segundo, un enmarañamiento de arabescos, en los que la espiral parece ser la idea predominante. Se encuentra sobre todo este último género de ornamentacion en las tablas talladas que adornan la borda de las piraguas y sobre los bambúes cincelados que sirven de cajas para guardar plantas. Se notan tambien particularmente en los trabajos de esterería, las grecas y sus complicaciones de un gusto muy puro; algunas veces combinándose todo para hacer una mezcla armoniosa. En estos dibujos los viajeros italianos han encontrado tambien un argumento en favor de su hipótesis sobre el orígen indio de los papúes. Frecuentemente con la base de un dibujo espiral, se representa una figura humana en la que la nariz que debe formar la espiral primera se prolonga y se encorva hacia la boca. Alguna vez artistas más audaces ó innovadores han esculpido una cabeza aislada con una nariz que toma la forma de una trompa y se ha querido ver en esto un recuerdo de la trompa del elefante. Pero yo creo que el artista había sido arrastrado necesariamente á esta prolongacion de la nariz para llegar á una combinacion posible de una figura humana y de sus espirales, tema habitual de la ornamentacion.

En cuanto á la lengua papúe, difiere en cada uno de los pueblos; no he tenido tiempo de apren-

(1) «En el momento en que Cakya-Mouni debió encarnar en el seno de su madre, Maha-Mayá, esposa del rey Souddhodana, montó sobre un elefante blanco de seis colmillos, y entró en el seno de su madre bajo la forma de un rayo de luz de cinco colores.» *(Viajeros antiguos y modernos*, tomo I pág. 374.)

Se puede ver en la misma recopilacion, pág. 376, la reproduccion de un grabado chino, que representa en otra forma el nacimiento de Budha. Se ve en él, en medio de nubes, un dragon que lanza de su boca horrenda cinco rayos, y por debajo, cerca de un árbol, un recien nacido que un genio sostiene por una corva ante una mujer que debe ser Maha-Mayá.

Segun otro grabado, Budha desciende del cielo en medio de rayos, y montado sobre un elefante blanco.

Aldea y habitantes de Aiambori.

der ninguno de sus innumerables dialectos; he podido solamente recoger con ayuda del malayo un vocabulario de unas trescientas palabras en dos distintos dialectos, el mafor que se habla en Dorey y el amberbaki usado en una costa papúe adonde conduciré bien pronto al lector. He creído apercibirme que los verbos se conjugan. Pero estos idiomas deben considerarse como inferiores al malayo bajo el punto de vista de la gramática. La pronunciacion es generalmente sonora y llena de diptongos.

He pasado así mis quince primeros dias en Dorey empleándolos activamente en instalarme, y al mismo tiempo sin desperdiciar ningun medio de aumentar mis colecciones. Sin embargo, segun mi programa, Dorey no debía ser para mí más que una base de operaciones y como un centro del cual había de partir hacia los lugares más favorables para mis propósitos.

Desde el primer instante, mi intencion había sido confiar la guarda de nuestro establecimiento de Dorey á M. Maindron, aunque su concurso me hubiera sido útil en mis excursiones. Pero de todos modos, era imposible que viniera conmigo, porque no se hallaba aún en estado de soportar las fatigas de una marcha, pues su herida resistía á todos los tratamientos. Era de aquellas muy comunes y muy peligrosas en las regiones ecuatoriales.

Sin alejarme de Dorey tenía á la vista estudios interesantes. Por ejemplo, había oido hablar, con frecuencia, de los arfaks, renombrados cortadores de cabezas; deseaba, tanto más, visitarlos, cuanto que había apercibido, de tiempo en tiempo, algunos de ellos que descendían del pueblo de Aiambori, y se mezclaban con los mafors, de los que parecían momentáneamente amigos.

Me preocupaba de los medios de entrar en relaciones con ellos, y conseguí, al fin, que el *Sanadí* de Aiambori consintiera, en nombre de sus habitantes, en recibir mi visita bajo los auspicios del mayor y del capitan.

Partimos al ser de día á traves del bosque que principiaba á conocer, y trepamos, por un sendero resbaladizo, á una colina abrupta de cien metros de elevacion. El bosque, sobre el terreno elevado, estaba lleno de trozos que indicaban evidentemente antiguos desmontes. Quedé admirado al encontrar aquí un suelo absolutamente madrepórico.

Ví algunos insectos y algunos pájaros, que no parecían nunca por la playa.

Pasamos un pequeño arroyo muy pintoresco. Luégo, despues de una hora de marcha, llegamos frente á una ligera depresion del suelo groseramente desmontado en parte, y donde se levantaban tres casas; este era Aiambori, pueblo arfak.

Mis papúes me precedieron para anunciar mi llegada, y me recibió primero el Sanadí, que habitaba una pequeña casa, construída á unos diez piés sobre el nivel del suelo. Al entrar apercibí tres mujeres de muy diferente edad. Mi súbita aparicion las sorprendió sin duda, porque trataron de refugiarse en un rincon cerca del fuego, donde hacían hervir los frutos de una especie de *árbol del pan* salvaje, y racimos de *beté*.

El mayor de Dorey desplegó, al presentarme, una gran elocuencia, hablando papúe unas veces y malayo otras. Por lo que comprendí en este último idioma, el orador, despues de hacer un elogio de sí mismo, lo hizo de mí, que era, segun decía, el gran poseedor de telas y abalorios. El Sanadí escuchó con una gran atencion, casi como un favor, y terminada la arenga se procedió á los apretones de mano y á la distribucion de tabaco.

Se me condujo en seguida á la más grande de las otras dos casas, que, como las de Dorey, podía contener cincuenta ó sesenta personas. Estaba, como todas, levantada sobre estacas, pero á unos veinte pies en el aire, y no se podía llegar á ella sinó por el tronco de un árbol inclinado, y algunas cortaduras hechas en el mismo permitían á los pies desnudos de los indígenas sostenerse sin resbalar. Ascender con calzado por este puente inseguro, era una imprudencia. Juzgué necesario descalzarme, y avancé prudentemente, pero sin manifestar temor alguno; en algunos segundos llegué sano y salvo á lo alto, pero lo más difícil no estaba hecho todavía. Cuando franqueé la puerta, me encontré delante un suelo, formado por unas ramas trasversales gruesas poco más que el brazo y separadas las unas de las otras por cincuenta ó sesenta centímetros. No era posible la marcha sinó por una serie de saltos, cayendo de una en otra sin perder el equilibrio. Tuve que hacer un desesperado llamamiento á todos mis recuerdos gimnásticos; mi excitacion y mis titubeos no me hacían gran honor; y fuí vencido, en este curso de nuevo género, por un muchacho de tres ó cuatro años, que saltaba de rama en rama con la seguridad y la rapidez de un mono. Llegué, por fin, á instalarme en una explanada que tenía ménos claros, y en donde se me ofreció una estera. Fuí, bien pronto, rodeado por todo el pueblo; ningun miembro de la comunidad faltaba; los lechoncillos, que saltaban de rama en rama con una agilidad que yo no conocía todavía en estos paquidermos, venían, lanzando un pequeño gruñido de satisfaccion, á refugiarse en-

tre los brazos de alguna jóven, de las cuales son favoritos, tal como en Francia un sedoso perrito americano se acurruca entre los pliegues del vestido de su ama. Debo advertir, que estos cochinillos, ménos afortunados, no encuentran, en vez de pliegues de seda, otra cosa que una piel negra, salada, escoriada, y senos extendidos cayendo hasta la cintura.

Todo el mundo hablaba á mi al rededor, y me miraba con ojos de curiosidad, sobre todo las mujeres; los hombres me conocían en su mayoría.

A cuatro kilómetros escasos del pueblo de Dorey habitado por los papúes mafors, me encontraba en Aiambori, en medio de otra raza papúe, los arfaks, como era fácil conocer á primera vista.

La talla de estos hombres era más elevada, sus miembros más musculosos, su cara más oval, la nariz más aguileña y la piel más bronceada. Casi todos se agujerean el tabique nasal para introducir en él un hueso, algunas veces tan largo como el eje de la cara, y que llega, por consiguiente, de oreja á oreja.

En vez de la inmensa cabellera de los mafors, de

Papúes arfaks.

la que ya dí la descripcion, veía en torno mío una gran variedad de peinados; los cabellos estaban divididos en rizos y sujetos por la raíz con una cuerda; el número de estos rizos variaba de uno á veinte y tal vez más. Un rizo formaba un voluminoso moño sobre la coronilla, y un poco hacia atras de la cabeza; otros dos se levantaban á cada lado, un cuarto se plantaba detras, el quinto sobre la coronilla misma y el sexto sobre la frente. Por el resto de la cabeza se distribuían los cabellos en círculos concéntricos de pequeños rizos en forma de pera más ó ménos rígidos, segun que estuvieran más ó ménos sujetos á la raíz.

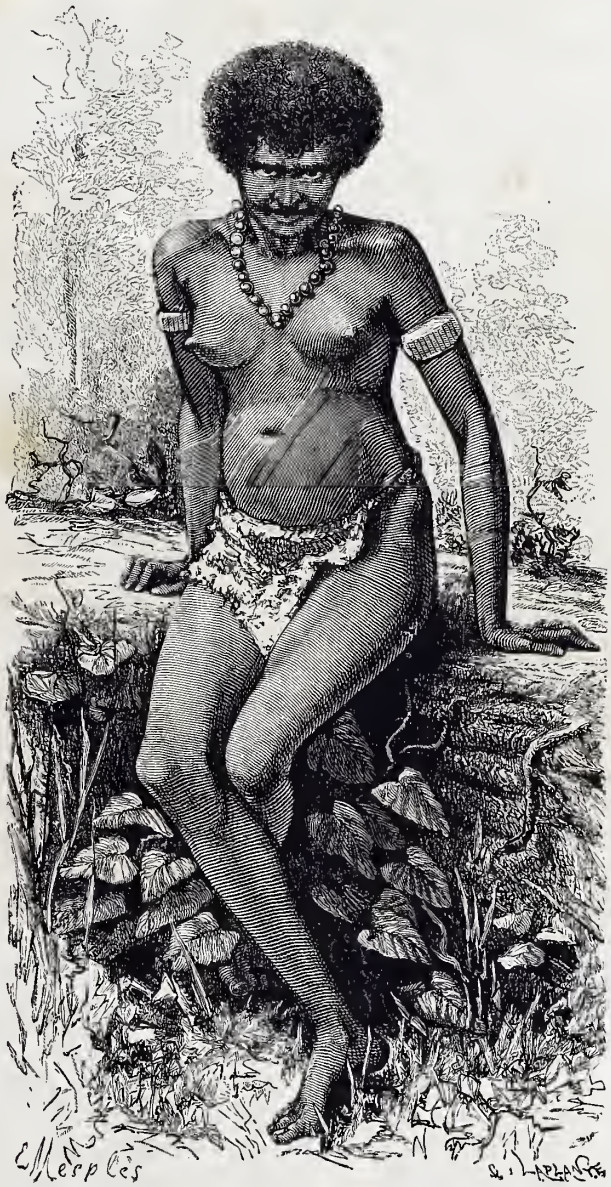
Aparte de esto, el vestido es el mismo que entre los mafors con ménos adornos de conchillas y abalorios, lo cual se explica por su alejamiento relativo del mar, de donde los traficantes malayos no se separan nunca.

Se convino, por mediacion del mayor, que mis cazadores y yo vendríamos siempre que quisiéramos á cazar en los bosques vecinos y que yo especialmente tenía permiso para buscar insectos en medio de sus desmontes, donde los abatidos troncos habían llegado á todos los estados posibles de descomposicion y me prometían ricos hallazgos. Hice algunos regalos á los arfaks para entablar

con ellos amistosas relaciones, y despues, como el día empezaba á caer, emprendí mi regreso á Dorey.

Cerca de un mes permanecí en Dorey todavía, yendo casi diariamente á Aiambori, donde hice preciosas colecciones de insectos. Durante todo este tiempo no encontré nunca la menor dificultad con los arfaks de esta isla. Tan pronto como llegaba, niños y mujeres venían á sentarse á mi lado, derribando con ardor troncos de árboles podridos y persiguiendo con una agilidad fenomenal en medio de los talados bosques una mariposa ó un escarabajo, imposible de ser alcanzados por otros que no fueran ellos. Naturalmente, cada una de estas visitas terminaba con un reparto de abalorios.

Al principio llevaba siempre mis armas, pero al fin, encontrándolas pesadas y molestas sobre este suelo de plomo, las confiaba descargadas á un jóven mafor que llevaba tambien mi repuesto de botellas y tubos de ensayo.



Jóven arfaka.

Los arfaks podían asesinarme á su placer; pero creo que nunca pensaron en tal cosa, por más que no abandonen las costumbres sanguinarias de su raza. Los mafors me aseguraron que los arfaks ocultan en lo más sombrío del bosque, en el tronco de un árbol hueco, osamentas humanas, trofeos de guerra, y que en ciertos días festivos en que no reciben á ningun extranjero, las sacan de su escondite para adornar con ellas sus casas. Aunque sean sus amigos, los mafors los temen, y no les falta razon. Durante nuestra permanencia en Dorey, los habitantes de Aiambori dieron una prueba de la confianza que en ellos se puede tener.

Uno de los misioneros holandeses había adoptado, despues de cierto tiempo, á un desgraciado niño papúe un poco deforme, y que gustaba de pasar los días solo en el bosque. Un día no volvió. Si había sido víctima de un homicidio, sólo los arfaks podrían haberlo sacrificado, porque en Nueva-Guinea no hay leones.

Se hicieron pesquisas en su busca, y se encontró, en efecto, su cadáver decapitado. Probablemente los arfaks no habían podido resistir al deseo de aumentar su coleccion de trofeos. Algunas veces han violado tambien, en Dorey, las sepulturas, burlando las precauciones que toman los mafors de rodear las tumbas con algunas empalizadas de bambú, reforzándolas con una construccion de piedra, cuyo modelo es evidentemente importado por los malayos, dado que no sean ellos mismos los arquitectos.

En Dorey, en medio de una de esas noches ecuatoriales, más luminosas que nuestros fríos y tristes días de invierno, fuí desvelado por voces amenazadoras de hombres, y desgarradores gri-

tos de mujer. Me levanté, porque si es indispensable mostrar á los papúes una gran confianza, no es ménos prudente estar siempre sobre sí. Mirando fuera distinguí solamente á dos papúes que parecían á punto de venir á las manos. Juzgando que nada tenía que hacer en esta contienda, me recogí tranquilamente. Por la mañana supe que eran dos mafors, uno de Mansinam y otro de Monoukouari, que se disputaban la propiedad de una esclava, que el último habia robado al primero. El habitante de Mansinam estaba perplejo, porque no se sentía con fuerzas bastantes, ni él ni sus amigos, para obligar al vecino de Monoukouari á devolver la esclava robada; de aquí una rabia sorda, que durante algunos días no se manifestó por ningun otro incidente. Pero habíamos visto que los de Aiambori bajan frecuentemente á Dorey, y se alejan en las piraguas hasta Mansinam, donde son siempre bien recibidos. Algunos días despues de la discusion nocturna de que fuí testigo, se supo que tres arfaks habían sido atacados en Mansinam, siendo heridos y hechos prisioneros por el papúe, á quien se había robado la esclava. Esto era incomprensible, porque los arfaks eran perfectamente inocentes en la cuestion del rapto, y son ademas bastante numerosos y belicosos para derrotar á todos los mafors de Monoukouari, Kouavi, Mansinam y otros pueblos.

Este incidente me pareció que vendría seguido de fatales consecuencias, y me dispuse á asistir al espectáculo de una conflagracion general; pero, con gran sorpresa mía, nadie parecía inquieto.

Dos ó tres días se pasaron así, en espera, hasta que una mañana, en el momento en que me disponía á emprender mis excursiones cotidianas, todos mis amigos de Aiambori desembocaron en el estrecho sendero que conducía á mi habitacion, apretáronme la mano, pero gravemente, y sin detenerse, segun costumbre, para traerme toda clase de insectos.

No los había visto nunca tan hermosos. Sus cabellos estaban recientemente engalanados, y su armamento era completo. No dudé que trataban de reclamar sus tres prisioneros, y juzgué prudente diferir mi expedicion.

Avanzaron hasta la orilla del mar é hicieron una llamada. Llegaron despues el mayor y otros mafors, segun creo, porque me contenté con mirarlos á gran distancia.

Agrupáronse, formaron círculo, peroró el mayor, y despues los arfaks comenzaron á danzar y brincar, lanzando gritos, verdaderos aullidos, y blandiendo sus armas dirigiéronse todos hacia el pueblo de Monoukouari.

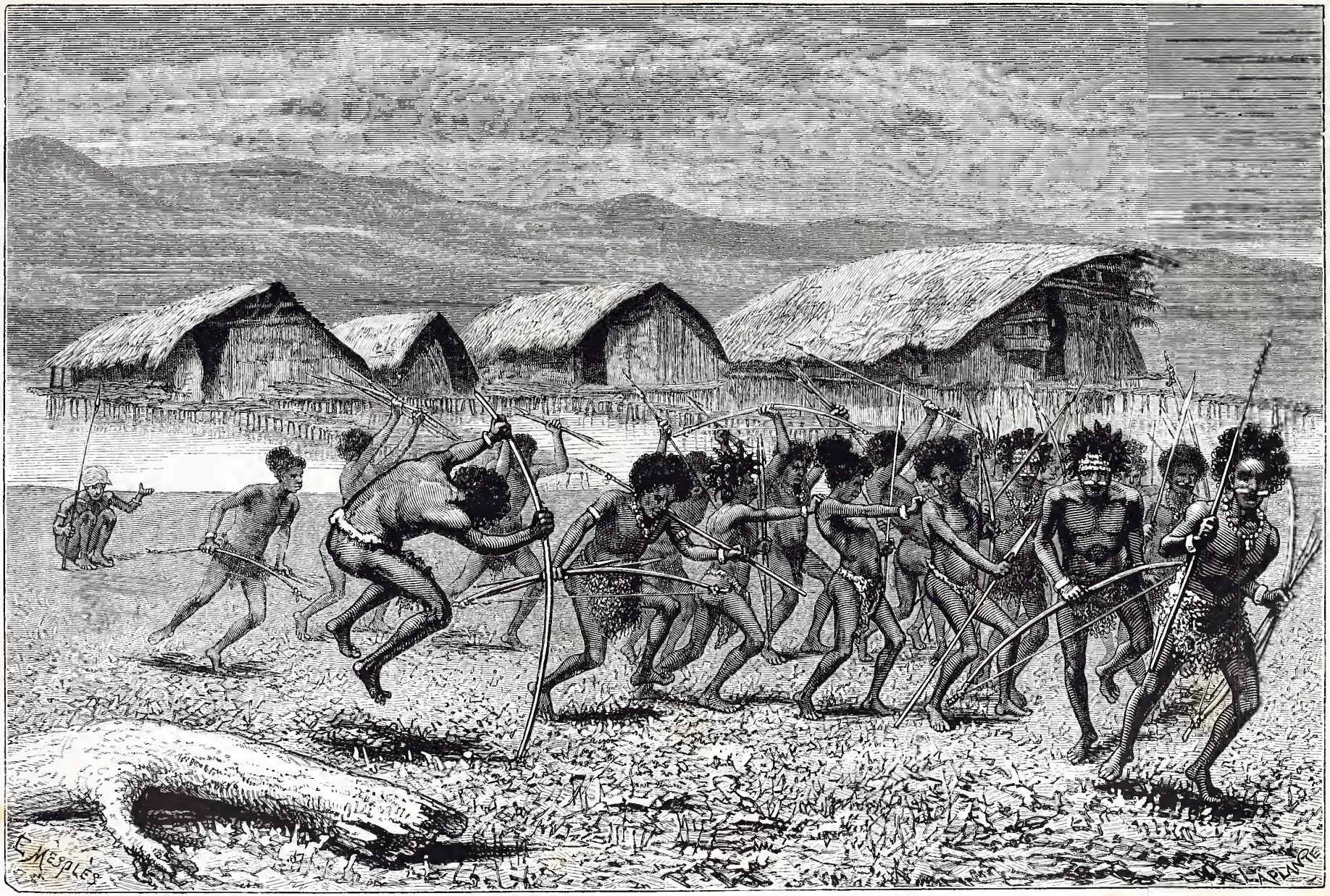
Envié á buscar al mayor, y le ofrecí un poco de tabaco para inducirle á que me explicara el término de aquella expedicion. Me dijo, con mucha calma y sencillez, que en todo eso no había nada de peligroso, y que se trataba de una simple combinacion, para obligar á Monoukouari á devolver la esclava robada.

Sobre poco más ó ménos vino á decirme las siguientes palabras:

«Esto es bien sencillo, Mansinam, el robado, no es bastante fuerte para luchar contra Monoukouari por la devolucion de la esclava. Por esto buscaron una ocasion favorable para detener tres arfaks é interesar á éstos en su causa. Los arfaks atacarían á Monoukouari, rescatarían la esclava, y la entregarían en Mansinam á cambio de los tres arfaks, y estos últimos, lo mismo que su tribu, quedarían indemnizados de su obligada intervencion con el saqueo de Monoukouari. Esto es todo lo que se puede temer; pero no habrá batalla: eso no está en nuestros hábitos; se hacen, alguna vez, sorpresas en el bosque; pero no se ataca de frente. Comprenderéis que Monoukouari, siendo ménos fuerte, cederá á las amenazas de los arfaks, devolverá la esclava y pagará los gastos de la guerra.»

Lo que el mayor predijo se realizó punto por punto, y todo volvió á quedar en calma.

Esta aventura me parece que no necesita comentario alguno para hacer resaltar el sentimiento de solidaridad que, modificando un poco lo que pueda haber de excesivo en la libertad indivual, forma la base de la sociedad papúe.



Llegada á Dorey de los guerreros arfaks.

TERNATA — LAS MOLUCAS

III

El pueblo de Andai. -Las piraguas papúes.—Salida para Amberbaki.—Enemistad entre los prafis y los mafors.—Caza do aves del paraíso y de canguros.—Un poco de geografía.—Falsa alarma.—La playa de Amberbaki.—Nuevo género de impuesto.—El pueblo de Memiaoua.—Casas aéreas.—Instalacion entre los papúes.—Un hermoso prisionero.—Riqueza del suelo y miseria de los habitantes.—Los papúes ouosaonis.—Los karons antropófagos y erpetófagos.—Piratas biaks.—Triste regreso á Dorey.

Lista y aparejada mi piragua desde los primeros días de Marzo, cargué en ella algunos bagajes y partí con objeto de visitar Andai, donde un misionero holandes, Mr. Woelders, me ofrecía hospitalidad. Es Andai un pequeño pueblo situado algunas leguas al sur de Dorey, cerca de la embocadura de una pequeña ría que le da nombre, construído sobre estacas lo mismo que Aiambori, aunque algo mejor cultivado y en un sitio pintoresco que alegran la ría y algunos riachuelos.

Sus habitantes son tambien de orígen arfak y muy poco tendría que decir de ellos despues de la descripcion que llevo hecha de los papúes de Aiambori. Once años hace ya que un misionero calvinista holandes habita en Andai con su esposa, y aparte de la instalacion de la mision y la casa que Mr. Woelders está construyendo él mismo con ayuda de una familia de náufragos malayos, no he notado que la presencia prolongada de este misionero haya ocasionado entre los salvajes que le rodean modificacion alguna apreciable en sus costumbres, que pueda compensar la falta de fuerzas civilizadas en estos lugares.

El principal objeto de mi visita á Andai, era penetrar en el interior de los montes Arfaks, pero una guerra surgida entre las tribus costeras y las tribus de las montañas, me obligó á renunciar á mi proyecto.

De regreso en Dorey, entablé negociaciones con el mayor y el capitan para emprender un viaje á Amberbaki, negociaciones que duraron quince días, mucho más de lo que necesita un congreso de diplomáticos para enmendar el mapa de Europa.

Agitábase en mí el pensamiento de rectificar el mapa incompleto aún de Nueva-Guinea, porque tenía la intencion de recorrer en piragua más de cien kilómetros de una costa que no había sido nunca reconocida sinó de léjos en el mar, desembarcar despues en Amberbaki y penetrar en la montaña, tan léjos como me lo permitiera el trasporte de los objetos más indispensables para mis trabajos de Historia Natural. Necesitaba por lo ménos dos grandes piraguas, que pudieran soportar el choque de las olas, y una veintena de remeros papúes. Pensaba llevar conmigo mis dos cazadores y nuestro pequeño criado Maksout, confiando á Mr. Maindron, todavía enfermo, y á Saabar la custodia de nuestra casa de Dorey.

Juzgo interesante describir nuestras embarcaciones á fin de que se tenga de ellas exacta idea; pero no hablaré más que de las grandes piraguas de viaje.

Tienen estas embarcaciones de cinco á seis metros de longitud por sesenta ó setenta centímetros de anchura, y el casco es de un solo pedazo ahuecado de un tronco de árbol perfectamente sano y sin ninguna hendidura. Este casco no tiene más de dos centímetros de espesor, lo que si bien aumenta su ligereza, obliga á guarnecerle interiormente de unos botareles para impedir los balances. Las dos extremidades están levantadas, y se consolidan con una especie de espolon ó tajamar de madera; despues para evitar la inmersion de la piragua más allá de la línea de flotacion, se sirven de unos nervios de hojas de palmera, muy fuertes, más gruesos que el brazo, cóncavos de un lado, convexos del otro que, sólidamente unidos

á los botareles, forman una superficie acanalada y resistente.

Este es el cuerpo de la piragua. Sobre sus bordas se emplazan trasversalmente unas maderas ligeras que de cada lado repasan la piragua lo ménos un metro cincuenta centímetros. Estas maderas van sólidamente atadas por unas cuerdas á las bordas de la piragua, y á su extremidad se sujeta otro pedazo doblado en ángulo recto, que viene á tocar la superficie del agua donde termina por una gruesa rama de árbol de una madera casi tan ligera como el corcho y que sirve de balancin ó flotador (1).

Se comprende que la piragua así provista á cada lado de un flotador casi tan largo como ella sea en todo caso insumergible. En el centro de la piragua, apoyada en sus travesaños ó bancadas, se encuentra una especie de caja cuadrada de bambú; y en toda su longitud algunos palos sostienen un ligero toldo de hojas de cocotero, precaucion

El pueblo de Andai.

muy conveniente en un país en donde la lluvia y el sol se disputan el honor de incomodar á las gentes.

El espolon de proa se prolonga y se levanta para sostener unas planchas verticales talladas con arabescos y ornadas de figurillas, plumas, conchas y algunas pinturas en blanco, rojo ó negro, pinturas que llegan hasta los flancos de la piragua.

Todo esto se completa con un mástil y una vela que ya he descrito á propósito de una canoa de Ternata.

Por mi parte, introduje alguna mejora hasta donde me fué posible, instalando mi lecho en medio de la piragua en sentido diagonal, lo que me permitía estirarme casi completamente. En el momento de partir, surgieron dificultades que había previsto de antemano; mis remeros papúes, pagados con anticipacion, declararon su salario insuficiente, y aunque discutí por mera fórmula, porque co-

(1) En el país dan á estos aparatos el nombre de *batangas*. (N. del T).

menzaba á conocer á los papúes, decidí por último añadir algunos abalorios y cuchillos como propina. Dos hombres solamente no debían percibir nada hasta el regreso. Eran el mayor y el capitan, á quienes quería obligar á ser responsables de la conducta del resto del equipaje.

Partimos el 30 de Abril á mediodía y bordeando la costa, que se inclina un poco al nor-noroeste, llegamos el 7 á la isla Aori, muy próxima á la costa y que no es más que una gran madrépora cubierta de vegetacion.

Pasamos luégo entre la punta norte de la isla

Arbol de la madera de hierro en Andai.

Aori, y un promontorio del continente, el cabo Bori, pasaje muy estrecho, sólo practicable para canoas, tanto más, cuanto que al oeste del cabo se encuentra una serie de arrecifes donde la mar rompe con extraordinaria furia.

No protegiéndonos nada contra la mar y el viento del nor-noroeste, nos refugiamos en una pequeña bahía llamada Saobeba. El sitio era todo lo que se puede esperar en Nueva-Guinea: algunas rocas madrepóricas cubiertas de vegetacion, despues el bosque y por fortuna nuestra un pequeño banco de arena sobre el cual varamos.

Bien pronto envié mis cazadores al bosque y me anunciaron haber encontrado algunos papúes de la tribu de los prafis, enemigos eternos de los mafors, lo que inquietó singularmente á mis hombres.

Llegó la noche y encendimos una hoguera; cada uno de nuestros papúes se armó de su arco y de sus flechas y creyendo muchas veces ver sombras, disparaban al acaso sobre el bosque para encontrar á la mañana siguiente sus flechas clavadas en los árboles. Por fortuna subió la marea y permitió volver nuestras embarcaciones al agua. Entramos todos en ellas dejando los bagajes en tierra, no léjos del fuego, á fin de que nadie pudiera aproximarse sin ser visto, y pude así dormir tranquilo, porque hasta entónces los papúes no quisieron dejarme descansar, teniendo segun presumo gran confianza en nuestros fusiles para defenderlos en caso de ataque. Nada vino á turbar nuestro sueño sinó una lluvia espesa que golpeaba el toldo de hojas de cocotero que bien ó mal me preservaba de ella.

Por la mañana llegó, en efecto, una banda de prafis, hombres, mujeres y niños, en número de trece, que parecian llevar todo su equipaje, y operar una emigracion en busca, sin duda, de un sitio más ventajoso que su anterior campamento. Paráronse un instante, cambiaron apénas algunas palabras con nuestros papúes, y continuaron su camino á traves del bosque. Parecíanse en todo á los arfaks de Aiambori.

El viejo mayor me explicó por qué los prafis les inspiran tal pavor. La pequeña bahía, en la cual estábamos refugiados y que se designa por los indígenas con el nombre de Saobeba, fué en otro tiempo habitada por los mafors, asercion que parece confirmada por los vestigios de estacas que se encuentran entre el limo en la baja marea. El mayor aseguró que por su parte se acuerda de haber habitado él mismo en este estrecho; pero sobrevino una guerra entre los prafis y los mafors, y estos últimos constantemente derrotados y diezmados, se refugiaron en Dorey para ponerse al abrigo de las incursiones de los terribles prafis, que son siempre sus enemigos.

El viento no quería cambiar, y como era probable que tuviéramos que estar largo tiempo fondeados en esta bahía que no había pensado abordar, me hice construir una pequeña cabaña, mitad de esteras, de las que tenía una gran provision, mitad de hojas de árboles.

Con esto me dispuse á emplear útilmente mis días; y como era preciso renunciar á la caza de insectos, imposibles de buscar en estos bosques donde no hay absolutamente ningun desmonte, ningun claro, dejé mis lazos á un lado para tomar mi fusil. Halagábame en extremo poderme dedicar un poco en Nueva-Guinea á mis aficiones cinejéticas, de las que había estado privado por el interes de mis colecciones, y me complacía en extremo oir asegurar á mis cazadores que encontraría en el bosque pequeños canguros, que en mis colecciones faltaban, porque estos animales salvajes no dejan que nadie se les aproxime, y por otra parte los malayos no disparan jamas sinó con mucha calma, condicion sin la cual no muestran destreza alguna.

Percibía tambien el grito sonoro de una clase de aves del paraíso que han desertado de los alrededores de Dorey. La especie en cuestion es la que Buffon llama *pequeña esmeralda*, á causa de las plumas verdes que rodean su pico y su garganta, y que conocen hoy los naturalistas con el nombre de Paradisea papúe (*Paradiscea papua*). La hembra no tiene nada de notable; sus plumas pasan del gris al marron por gradaciones suaves. Los machos en la primera edad son parecidos á las hembras; pero en cada muda las plumas que se caen son sustituídas por otras más largas, hasta que al fin, al cabo de algunos años, sin duda cuatro ó cinco, como parece demostrarlo la serie de paradiseas de diferentes edades que he podido examinar, el macho adulto llega á toda su belleza con su visera y su gorguera de terciopelo verde, los dos anchos filamentos que parten de su cola, y sobre todo, sus dos plumas amarillas en su base, grises en su extremidad, plumas largas, delicadas, sutiles, vaporosas que constituyen su más bello ornamento. Estas aves, aunque no tuvieran tan gran atractivo, y aunque haya visto algunas vivas en cautividad, me inspiraban el deseo de perseguirlas en sus natales bosques.

Por la mañana, cuando los rayos del sol naciente penetran indecisos todavía entre el espeso follaje, es la hora más oportuna para encontrar las paradiseas. Es preciso llevar un vestido grisáceo, andar ligeramente, y ántes de distinguirlas, quitarse el calzado, porque la caza del paradisea es en extremo difícil; cualquier cosa le asusta. Cuando se llega al bosque, bajo una cúpula impenetrable de verdura, que sostienen á más de sesenta piés de altura los troncos gigantescos de árboles seculares, cuya corteza y cuyas raíces no han podido desgarrar ni quebrantar la accion del tiempo ni la cólera de los hombres; cuando resbalando á traves de ramajes que se entrelazan, se enredan, se desenredan, se tuercen y se encorvan, dejando caer erguidos y amenazantes sus tallos flexibles de corteza luciente, viscosa y

Un bosque en Saobeba.

áspera, dando lugar á una ilusion que hace creer por un instante que se encuentra uno trasportado á un mundo fabuloso de serpientes fantásticas; cuando en medio de estas soledades, donde reina el silencio, resuena de repente un ruído ronco, sonoro, una nota vibrante que respira á la vez alegría y audacia, es preciso detenerse, agacharse, empequeñecerse, porque el paradisea no está léjos. Lo veréis bien pronto, sobre todo si la hembra responde al reclamo: entónces no tardan en dejarse oir y repetirse otros gritos, porque es raro que un solo macho responda á la hembra.

Con una habilidad maravillosa comenzó á imitar el reclamo mi papúe; los gritos se entrecruzaron por todas partes, y en las últimas ramas de un árbol colosal, pude apercibir como una nube amarilla; despues me pareció ver cruzar una cometa. Aunque no alcanzaba mi vista sinó á unos ochenta piés por encima de mi cabeza, pude distinguir tres ó cuatro machos que formaban un indescriptible conjunto de belleza, de gracia, de seduccion, tan pronto balanceando muellemente su largo plumaje, como tendiendo sus alas vibrantes, con el cuerpo arqueado y agitando sus plumas erguidas y temblorosas como un vapor de oro.

Todas mis facultades se concentraban en mis ojos y no me cansaba de admirar, olvidando hasta el arma que tenía cargada en mi mano febril. Cuando avisado por una palabra de mi papúe me disponía á tirar, ya no era tiempo; los pájaros habían huído, y por mi parte no lo sentí, porque no quería ser en este bosque un mensajero de muerte; yo deseaba ver, sorprender á la naturaleza viva para guardar el recuerdo de sus hechizos y al mismo tiempo quería llevar embalsamados y encerrados en científico ataud sus preciados despojos; pero que mis compañeros en San Huberto se tranquilicen: no siempre fuí presa de tan platónica admiracion y dos veces en este mismo bosque de Saobeba tuve la satisfaccion cruel, pero necesaria, de ver caer á mis piés estos graciosos volátiles.

En los sitios del bosque donde el suelo no era muy áspero oí alguna vez un ruído sordo como el galope muy pronunciado de un caballo, y alcancé á ver como un reflejo gris cruzar por las malezas; era el salto del canguro.

El primero de estos animales que encontré era una madre que llevaba en su saco un hijo ya crecido que hubiera podido salvarse perfectamente, porque no tenía el más pequeño rasguño; pero ántes que salir del seno de su madre prefirió dejarse prender. Impremeditaciones juveniles que no pueden evitarse (1).

El 10 de Abril, hacia las seis de la tarde, cambió el viento al oeste, podíamos sin peligro salir de la bahía; y aunque zafamos bien pronto la piedra que nos servía de ancla, hasta las tres de la madrugada no pudimos realmente ponernos á rumbo.

Despues de doblar el cabo Manouarki, nos encontramos en una vasta y hermosa bahía, la bahía de Manseni, rodeada de tierras bajas cubiertas de bosques, que contrastan con la costa que recorrimos desde Dorey al cabo Manouarki, costa que se eleva siempre en colinas de cien metros de altura. Estas tierras bajas están limitadas al sur por una cadena de montañas de mil doscientos á mil quinientos metros próximamente de elevacion, que corren de O. NO. á E. SE. hasta unirse con las de los Arfaks. Las dos cimas que alcanzo á ver frente á mí, y que estimo en unos dos mil metros, son los montes Nekoori y Ouereki.

Esta bahía de Manseni corresponde perfectamente, salvo su forma, á la que señala el mapa como sirviendo de entrada á la ría de Prafi, y llamada golfo de Gelwinck, en el cual desembocan tambien tres rios: el Aroui, el Adopi y el Oiori. Este último, segun dicen los indígenas, es muy considerable, lo cual creo de buen grado, viendo á gran distancia en la mar, frente á su embocadura, una banda limosa.

No tardé, sin embargo, en convencerme que se ha confundido hasta hoy la embocadura real de Prafi con la de Oiori, que he llegado á reconocer. Confirmé esta opinion cuando á mi regreso fondeé en la verdadera embocadura de Prafi, que se encuentra un poco más léjos al este. Unas colinas bastante pronunciadas que dividen los cauces del Prafi y del Oiori me hacen suponer que estos dos ríos no proceden del mismo bosque.

Hubiera querido penetrar un poco en la ría de Oiori, pero mis mafors se opusieron terminantemente á aproximarse á la costa, asegurando que sus bosques son recorridos por tribus de papúes mansuavis que segun dicen son en extremo feroces. Por fin el viento se puso del sur y largamos la vela.

Hacia la extremidad oeste de la bahía de Manseni, aislada en medio de una planicie y próxima

(1) La hembra del canguro tiene en el vientre un repliegue membranoso, en forma de saco, donde recoge á sus hijos. Estos animales pueden verse en la Casa de fieras de Madrid (Jardin del Buen Retiro), con el equivocado nombre de *Gerbos*. No sabemos si recientemente habrán cambiado el rótulo. (N. del T.)

á la costa, se encuentra una pequeña montaña de figura cilíndrica, de una altura de doscientos metros, que se continúa sin interrupcion por una colina prolongada, una mitad más baja. La primera es el monte Smounfoni y la segunda el monte Mambekaoui.

Navegamos lentamente casi toda la singladura, y por la tarde refrescando el viento y agitándose la mar más de lo que convenía á nuestra cáscara de nuez, nos vimos precisados á guarecernos detras de un cabo y en medio de unos arrecifes donde estábamos poco abrigados seguramente. Pasamos una mala noche mecidos ó más bien batidos y agitados por la mar.

Al ser de día continuaba el tiempo despues de treinta y seis horas, y ya nuestra provision de agua dulce estaba apurada hasta la última gota. Pero era imposible abordar, porque no se veía por todas partes sinó rompientes cubiertas de espuma. Por fortuna, mis papúes son verdaderos séres anfibios y echándose al agua, quién con una botella, quién con un largo bambú, consiguieron traernos todos los vasos llenos de un agua límpida y excelente, haciendo para ello verdaderos prodigios de natacion. Pasado el cabo Mombrani, la costa se eleva hacia el norte, cambiando completamente de aspecto. Las montañas se encuentran tan próximas al mar que las olas bañan sus flancos escarpados.

No tardé en apercibir sobre las alturas manchas grisáceas de algunos desmontes, lo que nos anunciaba la presencia del hombre que nada nos había revelado desde nuestra salida de Dorey. Aquí vive la tribu de los roumbiaks, aliada de los mafors y de la misma raza sin duda.

El mismo día 12 de Abril llegamos frente á un promontorio formado de tierras bajas, y salvando con gran trabajo una barra formada por las arenas que arrastra en su corriente un río próximo, abordamos la playa de Saokorem, segundo y último alto, ántes de arribar á Amberbaki, del cual no estamos ya muy léjos.

Laphorina atra (1).

Hay aquí un pequeño pueblo llamado Ouepai, donde Mr. Laglaize, del cual ya he hablado, tenía su centro de operaciones. Hubiera tenido una satisfaccion en verle, pero con gran sentimiento mio no pude conseguirlo, porque había partido á las montañas vecinas y su excursion duraría algunas semanas.

El 16 de Abril salimos de Saokorem al rayar el día. Un papúe nos llamó la atencion desde la costa y mis hombres me suplicaron que interrogara al horizonte con mis gemelos para saber si se descubrían algunas piraguas. Ví, en efecto, y todo el mundo lo vió como yo, una embarcacion que parecía muy grande y navegaba á la vela.

Creyeron mis papúes que se trataba de piratas; suposicion que confirmó una piragua montada por gentes de Ouepai, que pasó muy cerca de nosotros, rápida como una flecha, huyendo á todo remo para refugiarse en su puerto. Mis hombres

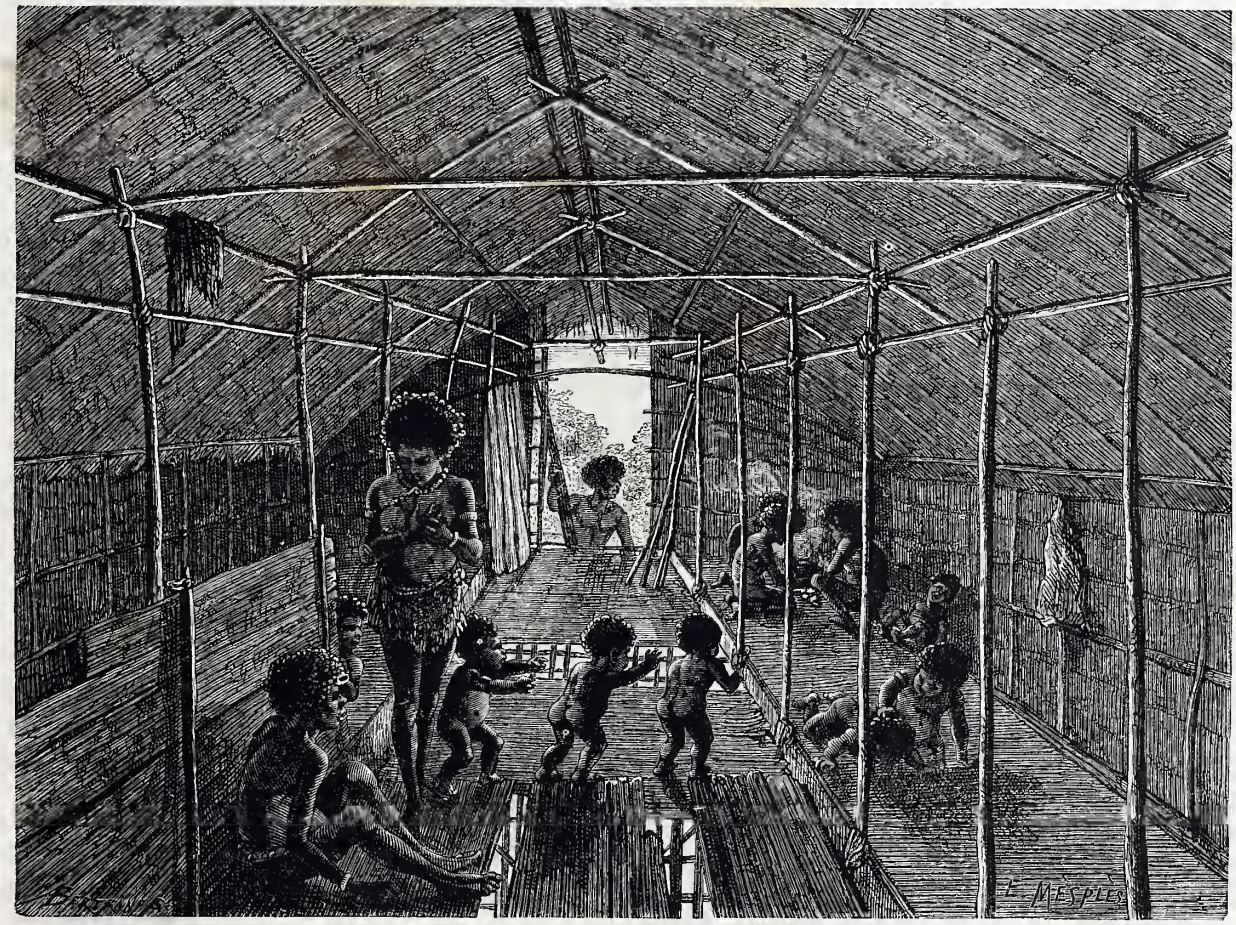
(1) El tamaño de este pájaro es próximamente el de un mirlo. Tiene penachos negros implantados sobre el borde superior de las fosas nasales. Las plumas de la garganta y de la parte anterior del pecho, forman una especie de mancha de un hermoso color verde bronceado, con cambiantes y reflejos violados. Las plumas de los hombros tienden por encima del cuerpo un manto de color negro violáceo, presentando el brillo, la suavidad y la blandura del terciopelo. El dorso, las alas y la cola son tambien de color negro, y ofrecen al sol reflejos de violeta.

quisieron hacer otro tanto, pero les hice observar que en nuestra playa de Saokorem no estaríamos al abrigo de los piratas, y que ademas teníamos muy buenos fusiles para defendernos contra una embarcacion, aunque estuviera montada por treinta ó cuarenta hombres.

Se siguió la marcha, y bien pronto se reconoció, con grata sorpresa, que era la piragua de un amigo, el Sanadi Brouss de Mansinam, con el cual el lector y yo entablaremos más tarde amistades estrechas.

En fin, hacia mediodía mis papúes se arriesgaron en una entrada, en medio de peligrosos arrecifes, y me desembarcaron entre la mar y el bosque, sobre una lengua de arena de cinco á seis metros de anchura, diciéndome: «Hé aquí Amberbaki.»

¡Cruel decepcion despues de diez y siete días de



Interior de una casa en Amberbaki.

viaje! Estaba como un náufrago sobre una playa desierta, cuando el viejo mayor me dió algunas explicaciones, que me consolaron, asegurándome que á una jornada de marcha, en la montaña, se encontraba un pueblo habitado por papúes aliados de los mafors.

Se convino, que á la mañana siguiente se enviaría un mensajero que hiciera venir á los principales habitantes, para entenderse conmigo á fin de trasportár mis bagajes.

Con gran asombro mío, esta promesa fué puntualmente cumplida. Dos hombres bajaron de la montaña con el mensajero del mayor, y como esta costa no es jamas visitada por traficantes malayos, las telas y abalorios tienen aquí un valor más alto que en Dorey, lo que facilitó singularmente nuestras negociaciones. Mediante cierto número de piezas de tela, de cuchillos, de abalorios y de brazaletes de cobre, estos papúes consintieron en llevarme, y permitir que me quedara en su pueblo y hasta habitar una de sus casas. Esto era todo lo que yo deseaba. Hacían falta próximamente veinte portadores, y, ¡cuál no sería mi admiracion, dos días despues, cuando al despertarme ví llegar el

pueblo entero, hombres, mujeres y niños, sin olvidar los marranillos, que siempre siguen á esta gente! Había tambien una jóven que tenía en sus brazos dos pequeños jabatos, á los cuales dirigía una mirada maternal.

En vez de veinte portadores tenía más de cincuenta, y cada uno quería un bulto para tener derecho al pago; era un nuevo género de imposicion al cual debía someterme; uno llevaba una pequeña caja, otro un baston, otros, en fin, no llevaban nada, pero era forzoso pagarles lo mismo.

Se partió, siguiendo á traves del bosque un sendero mal determinado. La montaña comenzó casi inmediatamente, abrupta y resbaladiza. Encontramos un pequeño torrente que saltaba de roca en roca, y despues de haberlo atravesado, fué preciso escalar, enganchándose en las ramas y en las raices, una montaña casi cortada á pico. Muchas veces nos vimos precisados á abrir, á golpes de hacha, el camino para nuestros bagajes, llegando, por fin, á un terreno llano, que se encuentra á una altura de quinientos cincuenta metros.

Atravesamos otro pequeño valle para subir todavía; y, en fin, despues de cerca de siete horas de marcha, durante las cuales no recorrimos más de ocho kilómetros y medio, un claro del bosque me indicó que estábamos próximos á llegar. Algunos pasos aún, y saliendo del flanco abrupto de la montaña, profundamente abarrancada y cruzada por torrentes, vimos, sobre cuatro alturas aisladas, cuatro casas que constituyen todo el pueblo de Memiaoua.

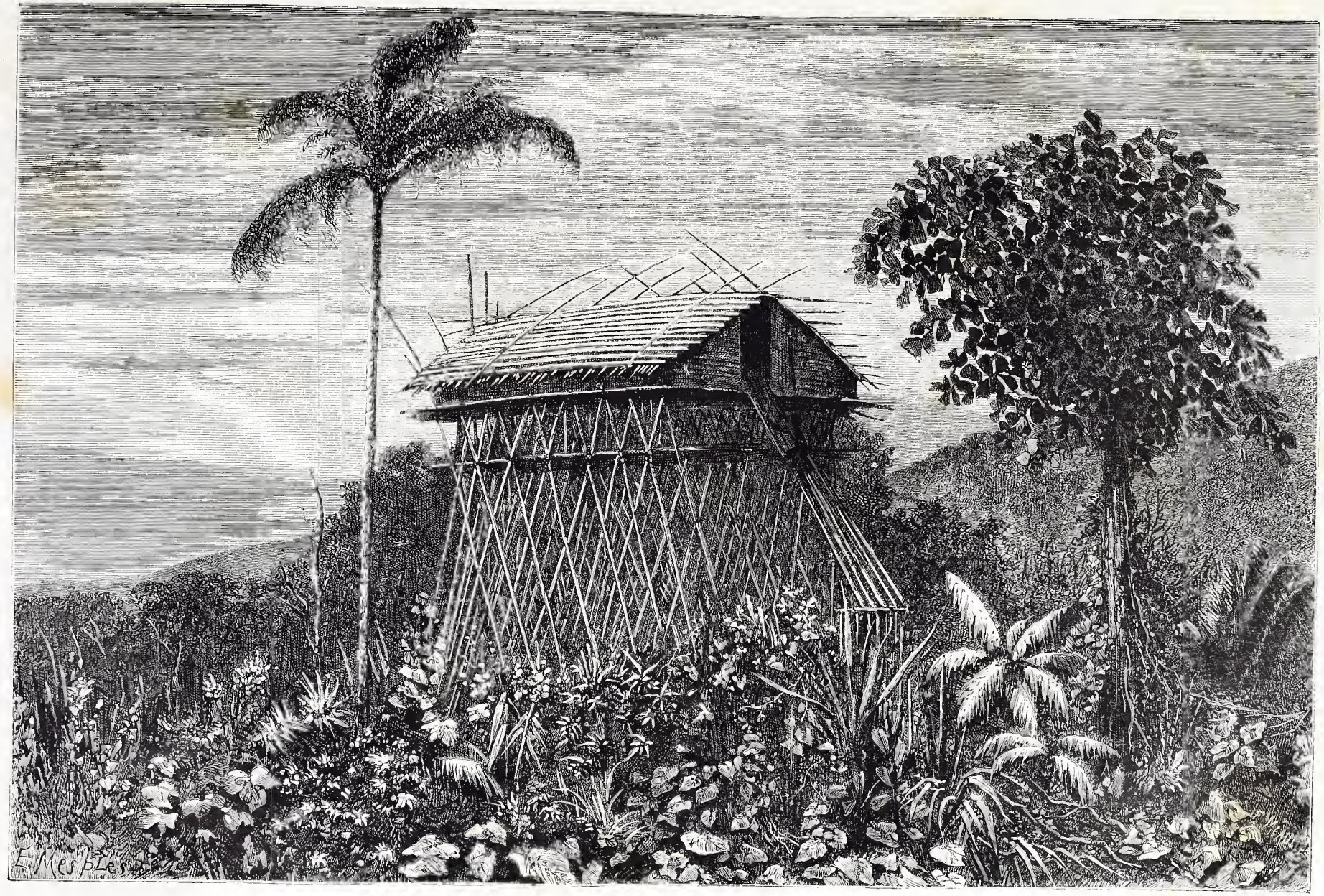
Por un momento gocé con la contemplacion de un espléndido panorama. Al este teníamos por horizonte la inmensidad del Océano Pacífico, y no léjos un ancho y profundo valle por donde corre de sur á norte el rio Ousaoni que desciende del pico del mismo nombre que se encuentra detras de nosotros.

Estaba en el país de Amberbaki. Ya he hablado de las casas construídas sobre estacas que hemos visitado en Aiambori; sin embargo, aquellas no eran mas que un ensayo tímido de la arquitectura aérea de los papúes y ahora tengo delante de los ojos en Memiaoua los modelos más perfectos. No acierto á comprender cómo un soplo de viento no se lleva estas habitaciones que parecen levantadas como nidos de águilas á más de quince metros en el aire sobre delgadas y frágiles pértigas donde toda la solidez consiste en un entrecruzamiento que las sostiene fijas unas á otras. Su posicion, generalmente escogida sobre el último risco de una colina, y sus paredes casi verticales, dan á estas construcciones atrevidas un aspecto vertiginoso. El tronco de un árbol inclinado y labrado sirve de escalera, dividida en dos partes desiguales por una pequeña plataforma, á manera de descanso, igualmente construída sobre estacas.

Trepé á una de estas casas, cuyo propietario me ofreció hospitalidad, y en vez de hallar el corredor central y los pequeños cuartos laterales que vi en Dorey y en Aiambori, no encontré más que un vasto cobertizo terminado en cada una de sus extremidades por una pequeña abertura, sirviendo de ventana y de puerta, que daba acceso á un estrecho balcon. El suelo estaba dividido longitudinalmente en tres partes; en medio queda el corredor terminado por las claraboyas que dejo descritas y á cada lado, donde debían encontrarse las habitaciones, una especie de cercado bastante confortable y cubierto hasta la mitad por cortezas de árboles muy delgadas formando una especie de estera rústica. Mi primer cuidado fué introducir en esta habitacion dos mejoras notables. Hice tapizar el suelo del corredor con nuevas cortezas y ajustar otro tronco de árbol inclinado con pequeñas ramas trasversales de modo que resultara confeccionada una escalera en la que la subida y el descenso, sin ser del todo agradables, no fueran para mí un ejercicio gimnástico. Se me concedió en el fondo de la casa un rincon cerca de la puerta-ventana. Allí instalé mi cama de campaña y mi mosquitero, y una pieza de tela sirvió de cortina para protegerme contra la curiosidad inconveniente de los papúes. Pude considerarme satisfecho, porque era evidente que había cierta buena voluntad para recibirme y esto me daba derecho á ser exigente.

Nunca hasta ahora había llegado á vivir en aquella promiscuidad con salvajes, hombres, mujeres y niños. A pesar de todo, sin el humo y las emanaciones, con las cuales olfatos ménos delicados que el mío se hubieran sentido molestados, salvo todavía el ruído nocturno, los gritos de los niños, los gruñidos de los cerdos, el ronquido de algunos adolescentes fatigados por el trabajo de una jornada laboriosa, puedo decir que no me encontraba mal instalado en Memiaoua; bien es verdad que la satisfaccion moral ayuda notablemente á soportar las fatigas y las privaciones físicas. Me sentía en buena disposicion de espíritu, porque mi excursion á Amberbaki prometía ser en extremo fructuosa.

Mis huéspedes, los papúes de Amberbaki, no diferían de los mafors que me acompañaban, más que por los cabellos generalmente cortados á rape y por su dialecto, que parece ser diferente, aun-



Casa aérea en Memiaoua.

que casi todos comprenden el mafor. Dicen ellos mismos, y el viejo mayor de Dorey me lo afirmó tambien, que son de orígen mafor lo mismo que los roumbiaks y que los habitantes del pueblo de Ouepai, con la sola diferencia de que se han vuelto exclusivamente cultivadores. Yo creo todavía que esta raza mafor venida del este ha emigrado hacia el oeste, más allá de Amberbaki y que es la misma que habita el pueblo de Salwatty.

Los mafors son ciertamente de todos los papúes que he conocido los que tienen el carácter más dulce y más sociable, y los amberbakis, puros todavía de todo contacto malayo, se caracterizan ademas por una gran timidez que con facilidad aproveché mediante algunos regalos.

Había creído notar, y me persuadí de ello en Amberbaki, la poca necesidad de sueño que tiene esta gente. Léjos de recogerse y de dormir al caer la tarde, se agrupan en círculo al rededor del fuego y se entretienen en interminables conversaciones que duran hasta las tres ó las cuatro de la mañana. Algunas veces cantan y baten una especie de tambor de un modo discordante y desagradable para oídos europeos que quisieran cerrarse momentáneamente á todos los ruídos de la tierra para refugiarse en la region de los sueños.

El país es pintoresco, pero fatiga su exploracion porque no es más que una sucesion de barrancos cortados á pico, que corren paralelamente hacia el mar estriando el flanco de la montaña.

Sobre estos precipicios se encuentran á veces, á manera de puentes, troncos de árboles pulidos por los piés desnudos de los indígenas, y que en vez de facilitar el camino lo vuelven más peligroso. Fácilmente se comprenderá que yo tenía prisa de comenzar mis partidas de caza para recoger por mí mismo las riquezas zoológicas que me prometía esta rica comarca.

Renuncio una vez más á describir esta maravillosa naturaleza entremezclada de graciosas y delicadas sombras de helechos arborescentes y de cúpulas impenetrables de verdura, sobre las cuales se precipitan los torrentes. Aquí, en pleno mediodía, volando sobre estas hojas húmedas y rosadas, se encuentran las bellas mariposas *Ulyses*, cuyas alas parecen talladas en un zafiro de nacaradas tintas, y las ornithópteras, cuyo nombre, que significa «alas de ave», indica su magnitud majestuosa. Cuando más bellas parecen, es cuando agitan sus grandes alas de terciopelo negro, manchadas de oro ó de esmeralda, volando por encima de una cascada ó de un abismo, por lo que es imposible apresarlas.

Bien quisiera describir estos y otros habitantes del aire; pero temo trasformar este sencillo relato de viajes en un tratado de Historia Natural. No puedo, sin embargo, por ménos de mencionar un maravilloso pájaro, un ave del paraíso, que Buffon apellida magnífica (Diphillodes magníficus), y que un papúe me entregó vivo. Esta ave es un poco más gruesa que un mirlo, su color es oscuro, las plumas de la cabeza son cortas y aterciopeladas; sobre su cuello y su dorso se recortan dos coletas movibles, la superior amarilla pálida, la inferior roja oscura; su pecho está enteramente cubierto de una mancha verde de plumas sedosas; sus alas son amarillas, y de su cola, muy corta, salen dos plumas delgadas como un hilo, de un verde metálico, que se prolongan y se retuercen en espirales. Sus ojos son de un negro profundo, su pico y sus patas azules, y el interior del pico verde.

Pero no hay descripcion que pueda dar aproximada idea de estos pájaros y del adorno de sus plumas. Uno de los hechos más curiosos de estas *aves del paraíso*, es la facultad que tienen de ostentar, de hacer gala voluntariamente de sus adornos, de sus pintadas manchas, de su plumaje, especie de abanico de que están ornadas.

Nuestra gentil prisionera doblaba el cuello sobre el cuerpo, hasta el punto de hacerse una bola su coleta, y sus manchas formaban un solo collar de colores deslumbrantes, en el centro del cual se ocultaba la cabeza. Al contrario que otras aves del paraíso, que viven en la cima de los grandes árboles, la *Diphillodes* acostumbra á bajar á tierra, en medio de las hojas secas, donde busca su alimento, y los papúes la cogen con lazo.

Este animal delicado es de los que mueren al contacto profano, de los que sólo viven en los bosques vírgenes dignos de servirles de asilo, y rehusando todo alimento, sucumbió entre mis manos, sin darme apénas tiempo de saciar mis ojos en su hermosura.

El suelo de estas montañas parece ser mucho más fértil que el de Dorey, aunque no está cultivado con más esmero. Aquí se siembra el arroz, que produce buenas cosechas, así como el tabaco, que no requiere más que un poco de cuidado para ser hermoso y bueno. Al rededor de las casas he visto desmontes, donde el *betè* adquiere dimensiones desconocidas en Dorey. He notado tambien algunas batatas y algunas cañas dulces, cuyos tallos vigorosos atestiguan la riqueza del suelo. En cuanto á los habitantes, no tienen por esto una alimentacion muy suculenta, porque es esencialmente vegetal, sin más que alguna mezcla de peces y mariscos, que recuerdan la cocina

primitiva de los habitantes de la costa. Como condimento, con las raíces del beté, los amberbakis comen algunas hojas de plantas salvajes, previamente cocidas en un bambú verde, cerrado por sus dos extremidades, y puesto al fuego. Cuando el bambú comienza á carbonizarse, las legumbres están cocidas. Este procedimiento no está exento de inconvenientes por los peligros que ofrece para los cocineros, asistentes y vecinos. A lo mejor estalla el bambú bajo la presion del vapor, y la comida se desparrama sobre los invitados, con gran descontento de los hambrientos; pero con grandes risas de los que á lo léjos contemplan la curiosa escena.

Bien es verdad que, cuando los pequeños jabatos llegan á ser grandes, se los comen; pero este es un festin raro, porque los cerdos son poco numerosos. Todo lo más se puede contar uno por cincuenta ó sesenta habitantes.

A propósito de estos paquidermos, hicimos un negocio cierto día, que pudo ser desagradable. Markus, cazando en el bosque, encontró fortuitamente, segun dijo, dos hermosos jabatos, que él tomó desde luégo por animales salvajes, y no dudó en disparar sobre ellos, consiguiendo quedarse con los dos, el uno muerto, y el otro gravemente herido. Despues, ayudado por Wiliam, volvió triunfalmente de su cacería; pero apénas había llegado, cuando una vieja rabiosa, una de esas decrepitudes humanas que no se ven más

Papúes ouosaonis.

que entre los salvajes, reconoció en las dos víctimas los muy queridos marranillos que tantas veces había mecido en sus brazos descarnados y secos. No era posible engañarse; el que vivía aún se arrastraba hacia su madre adoptiva, que conoció en el acto. Aquí comenzaron los lloros y lamentaciones, en los cuales supuse que el deseo del lucro debia tener una gran parte.

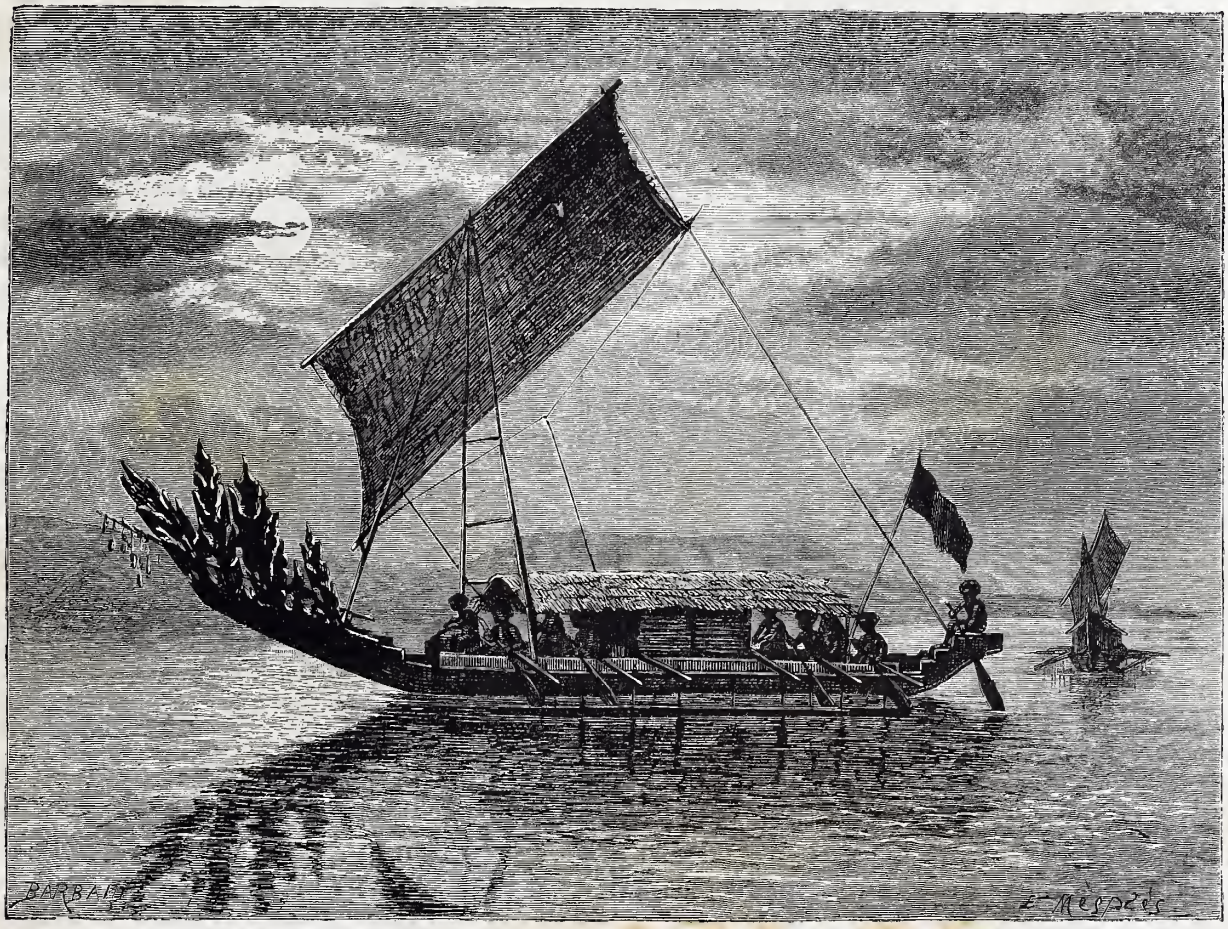
El mal estaba hecho y era ya irreparable. No podía hacer otra cosa que la proposicion de abonar el precio de la sangre vertida. Pero el razonamiento de los papúes fué más hábil de lo que pude suponer. Yo no quería pagar más que dos jabatos, pero se me reclamaba el precio de dos cerdos adultos, con el pretexto de que estos dos se hubieran hecho grandes, y hubieran tenido, al cabo de algunos meses, el valor que se me exigía. Gracias al mayor, al cual le prometí una poca de manteca, la diferencia fué allanada, y no pagué más que el precio de dos jabatos, de los cuales tuve que abandonar las cuatro patas delanteras á la vieja y sus amigos. Esto me costó dos piezas de tela, cuya pérdida fué largamente compensada con esta provision de carne fresca, con la que pudimos regalarnos mi gente y yo. De cualquier modo que fuera, no podía reprender á Markus, cuya aficion y cuya habilidad contribuyeron mucho á enriquecer mis colecciones con las más raras y hermosas aves.

El ruído de mi presencia en Memiaoua se extendió por las montañas vecinas, é impulsados por

la curiosidad, llegaron los papúes de muy léjos para ver al hombre blanco.

Los primeros visitantes fueron dos ouosaonis, padre é hijo. Tenían los cabellos cortos, y el padre, sobre todo, era un verdadero tipo arfak. Habitaban á tres días de distancia, en el interior, sobre el monte Ouosaoni, del cual apercibía la cima detras de la última montaña. Híceles desde luégo algunos obsequios, con objeto de disponer su ánimo para que me concedieran dos cosas: que se pusieran delante de mi aparato fotográfico, y que me condujeran al sitio por ellos habitado. Despues de muchas promesas obtuve el primer punto, pero en cuanto al segundo se mantuvieron firmes en su negativa, pretendiendo que sería imposible trasportar mis bagajes. Y era preciso, á todo trance, llegar más léjos, y sobre todo á mayor altura en la montaña, para encontrar ciertas aves del paraíso que me faltaban todavía.

Comprendiendo que mi piel blanca era un in-



Piraguas á cuyo bordo hizo el autor el viaje de Dorey á Amberbaki.

conveniente para estas naturalezas feroces, no exentas de temor y de timidez, no insistí en hacer personalmente el viaje; pero les pedí acompañaran á mis cazadores, en lo que consintieron á fuerza de regalos y promesas, y Markus, seguido por un papúe de Dorey, partió con ellos.

Los días se sucedían, pareciéndose unos á otros en las fatigas y en el botin, cuando una mañana, en el momento en que iba á salir de cacería, dos hombres entraron en la casa, dos hombres de un tipo que yo no había visto aún, y que en nada se parecían á los otros papúes. Dejé prudentemente mi partida de caza para otro día. Hacía mucho tiempo que, en Paris mismo, ántes de mi partida, había oído hablar de los papúes antropófagos, de los karons. No sabía nada de ellos más que por referencias de los mafors de Dorey, los cuales aseguraban que al oeste del país de Amberbaki se encontraban tribus entre las cuales la antropofagia estaba todavía en uso. La esperanza de esclarecer un poco este misterio no era extraña á la determinacion que tomé de visitar á Amberbaki.

Los habitantes de Memiaoua me habian confirmado la existencia de estos pueblos caníbales, con los cuales, por lo demas, viven al parecer en buena armonía.

Todo me salía á medida de mi deseo, porque estos dos desconocidos que tenía delante de mí eran dos karons, los cuales estaban más admirados tal vez que yo mismo del encuentro. Entraron silenciosamente y se agacharon, apoyándose en sus talones, sin decir palabra, lanzando á su alrededor miradas inquietas. Procedimos evidentemente de una y otra parte á un exámen silencioso y profundo, del cual tal vez ellos hayan olvidado el resultado, pero que yo consigné cuidadosamente en mi diario y que reproduzco aquí. Eran dos hombres poco más ó ménos de mi estatura, es decir, de un metro sesenta centímetros próximamente, de tronco fuerte, miembros carnosos, cabeza gruesa y redonda, los arcos superciliares pronunciados, la nariz corta, los labios gruesos, la figura ancha, las quijadas un poco angulosas y los cabellos crespos, divididos en numerosas trenzas ó moños prolongados que caían al rededor de la cabeza. Algunas cicatrices partiendo de la espalda descendían hasta los riñones, y sobre el vientre otras cicatrices en *zic-zac* formaban un cinturon. Una cuerda atada al rededor de los riñones y de la cual pendian por delante algunos harapos de cortezas curtidas, componían todo su traje, con los anillos y brazaletes que en otras ocasiones quedan descritos.

El mayor de los dos, el más robusto y el más notable por su fisonomía bajamente feroz, llevaba ademas pendiente del tabique nasal un anillo de concha que cercaba su boca y descendía hasta la barba. Sus orejas estaban adornadas tambien con pendientes de vidrio azul de forma triangular, objetos de alguna importacion malaya que había dejado tales objetos entre estas gentes. Las armas que estos hombres llevaban á la mano eran el arco y las flechas que ya he descrito, y ademas una pica cuya asta esculpida termina por una punta de hueso de cerdo.

Para entrar en relaciones les hice dar por el mayor algunos granos de abalorios que parecieron llenarles de alegría, y una sonrisa se deslizó por sus labios, que se entreabrieron para dejar ver una magnífica hilera de dientes blancos, que avergonzaría á la más hermosa dentadura artificial de porcelana.

Desde el primer momento comprendí que para conversar con ellos necesitaba la intervencion de un amberbaki que me sirviera de intérprete, porque ninguno de mis mafors comprendía el dialecto karons, y participé al viejo mayor el deseo que tenía de fotografiar á estos dos antropófagos, prometiéndole una recompensa si llevaba á feliz término esta negociacion diplomática.

A la mañana siguiente, mediante un cuchilla de dos sueldos, con el mango pintado de rojo, y un pequeño espejo con marco reluciente, los dos karons, seducidos por tan ricos obsequios, consintieron en complacerme.

Mi gabinete de fotografía estaba instalado al aire libre, cerca del tronco de un árbol caído, y tallado por mí para encajar la cabeza del paciente, que sujetaba ademas entre dos clavos, á fin de obtener la inmovilidad indispensable. Sin embargo, en el último momento, cuando me vieron desaparecer bajo el paño negro para poner mi aparato en su punto, tuvieron miedo de morir, y el viejo mayor, para tranquilizarlos, tuvo que ponerse á su lado. Tuve que hacer más de un ensayo para obtener negativas bastantes con que llevar la prueba indiscutible de la existencia y la fisonomía de estos salvajes, á los cuales es difícil hacer comprender que para estar inmóvil no hace falta agitar la boca ni los ojos.

A pesar de su aspecto terrible y repugnante, estos karons, una vez amansados, tenían una figura bastante benigna riendo á mandíbula batiente, y se atrevieron hasta á pedirme algunos *manimani* (abalorios).

No parecían codiciar en lo más mímimo mis carnes, y eran, sin embargo, verdaderos antropófagos.

Uno de ellos, jóven todavía, afirmaba haber comido ya quince hombres.

Creyendo que al pasar por el intermedio obligado de dos intérpretes, las preguntas y las respuestas habían sido desnaturalizadas, representé el número quince con la ayuda de tres manos, y el karon, riéndose de mi incredulidad, hizo con la cabeza un signo afirmativo, como si esta cuestion fuera la cosa más natural del mundo.

Es de notar que estos karons no se arrojan sobre el primero que llega para devorarlo, pues no hacen figurar en sus festines más que los cadáveres de sus enemigos, vencidos en la guerra.

Miserables hasta el último extremo, no son, ni cultivadores ni cazadores (profesion que, por otra parte, no ofrece en Nueva-Guinea grandes recursos, vista la rareza de otros mamíferos que el hombre). Reducidos á vivir de hojas de árboles, el cuerpo de un enemigo representa, para estos pobres seres, una suma de alimentos que excita poderosamente su apetito. De esto mismo me he convencido en todos los pueblos, muy raros por

Papúes karons (antropófagos).

fortuna, que se entregan á la monstruosa costumbre de la antropofagia.

Los sufrimientos del hambre son su principal, y creo más, su único móvil; el exceso de crueldad sanguinaria no entra para nada; y si alguna vez, acaso con frecuencia, estas orgías monstruosas de carne humana van acompañadas de gritos, de vociferaciones, de escenas fantásticas, no se puede ver en ello otra cosa que la sobreexcitacion de un hambre canina, mezclada á esa embriaguez inconsciente, pero real, del vencedor cerca del cadáver de un enemigo.

No he asistido á la comida antropófaga de los karons. El lector en este punto pierde sin duda una reseña precisa, pero en cambio no lastimo sus sentimientos; este género de espectáculos hieren y causan penosas impresiones.

Los papúes mismos parecen tener cierta repugnancia al hablar de esto, y sólo por lo bajo y de un modo misterioso, el viejo mayor me dijo, designándome los karons: *Makan orang* (comen hombres).

El cerebro del hombre se considera como la parte más delicada; se la deslíe con una pasta de *sagou* parecida á la fécula, y que puesta en agua hirviendo toma un aspecto gelatinoso. He visto con frecuencia, á los papúes y los malayos, comer este plato de sagou, pero no con los cerebros de sus enemigos. El resto del cuerpo se corta en pequeños pedazos, y se cuece en bambús verdes. La carne del hombre es, segun dicen los karons, comparable á la del cerdo. Dejo la responsabilidad de estos detalles á los papúes que me los han dado, asegurándome que han sido muchas veces testigos de estos festines.

Para terminar todo lo relativo á los karons, no tengo más que una palabra que añadir, y es que no son papúes: son más bien *negritos*, más parecidos á los salvajes aborígenes de Filipínas, que á los papúes melanesios que los rodean. En el norte de Nueva-Guinea los karons no son, sin duda, los únicos que representan la raza de los negritos.

Los amberbakis y los ouosaonis me dijeron temblando de terror, que hacia el sur, más allá de sus montañas, se encuentra otra tribu, la de Guebar, numerosa y feroz, que de tiempo en tiempo desciende de la montaña matando á los hombres y llevándose á las mujeres. No saben si los guebars son antropófagos; pero segun sus descripciones, me inclinaría á creer que los guebars son tambien negritos.

La presencia de los negritos en Nueva-Guinea no pasaba hasta ahora de una suposicion. Me parece interesante haber visto estos karons-negritos, haber hecho sus fotografías y haber recogido los elementos indispensables para hacer constar este hecho antropológico.

Cuando volvió Markus de su expedicion me trajo ejemplares de casi todas las *aves del paraíso* que deseaba, y entre ellas el *Laphorina atra* y el *Cinnamolegus magnus*, del cual hice grabar los dibujos. El camino que siguió, segun me dijo, ofrece dificultades casi insuperables para el trasporte de los bagajes, y encontró instalacion entre los ouosaonis más miserable todavía que la de los amberbakis. No había visto más que algunas pequeñas casas encaramadas en lo alto de pértigas vacilantes, y poco ó nada en punto á cultura. Hubiera querido permanecer más tiempo, porque se hallaba en el verdadero país de las hermosas aves del paraíso; pero tuvo que emprender el viaje de regreso, porque su corta provision de arroz estaba agotada, y se veía obligado, falto de patatas y hasta de una raíz de *beté*, á alimentarse con hojas cocidas.

El momento fijado para la partida se aproximaba, y mis mafors, á los cuales obligué á suprimir la racion de sagou, á fin de conservarlo para el viaje, se mostraban inpacientes por volver á Dorey. Yo mismo estaba á punto de apurar mis víveres, y me encontraba dominado por un violento acceso de fiebre.

Era preciso ir pensando en recobrar el tiempo perdido, tanto más, cuanto que estábamos ya á mediados de Mayo, y nuestro itinerario exigía aún otras excursiones. Convocóse, pues, por medio de bando á la gente de Memiaoua para conducir mis bagajes, y emprendimos el regreso.

El descenso de la montaña no fué más fácil que la subida. Al aproximarnos á la ribera oí dos detonaciones de fusil, y apresuré el paso porque se decía que teníamos cerca algunos piratas biaks y podíamos temer un encuentro. Los tiros habían partido del fusil de William, mi cazador, lo cual me tranquilizó, que acababa de tirar á un *python*. Este gigantesco reptil estaba enroscado en las más altas ramas de un elevadísimo árbol, y por la manera que tuvo de desenredar sus anillos pude creer que las dos balas apénas le habian herido. Era un animal que no quería dejar que escapara porque faltaba aún en mis colecciones, pero no tardé en perderle de vista en medio del follaje. Los ojos perspicaces de mi gente le siguieron la pista; se hizo fuego sobre él algunas veces sin resultado, y entónces los papúes comenzaron á derribar árboles para aislarle y cortarle la retirada. El python dejó ver por último su cabeza, único sitio

vulnerable; hice fuego yo mismo, su largo cuerpo se extendió, se prolongó y la enorme culebra cayó sordamente á tierra desde una altura de más de cincuenta piés. La creí muerta, pero no estaba más que aturdida. Markus la asió intrépidamente por la cola, yo pasé un nudo corredizo por el cuello del reptil, y á pesar de los doce balazos que había recibido y de los cuales su cuerpo mostraba las huellas, ademas de las ligaduras con que la sujetábamos, nos vimos apurados para luchar con ella.

Tuvimos por último que recurrir á una larga pértiga, y dos papúes le trasportaron á la playa donde Markus y yo le quitamos la piel.

Los amberbakis se reunieron al rededor nuestro siguiendo con mirada ansiosa nuestras operaciones taxidémiceas; y cuando dejamos á un lado el cuerpo privado de su piel, todos se abalanzaron como perros hambrientos para disputarse los restos, llevando cada uno al retirarse á la montaña su parte de aquel festin para ellos suculento. A este propósito William, que es originario del norte de las Célebes, me asegura que en ciertos sitios de aquella isla hay tribus que cuelgan de los árboles y conservan estas serpientes para comerlas. Despues de la de los antropófagos, pude cerciorarme de la existencia de los erpetófagos.

Alistáronse por fin las piraguas, y por la noche estábamos de regreso en la playa de Saocorem.

A la mañana siguiente me trasladé al pueblo de Ouepai, donde tuve la dicha de estrechar la mano á Mr. Laglaize que había vuelto tambien de su excursion; y por un momento nos conceptuamos felices al tener la alegría de hablar en nuestro idioma.

Ave del paraíso. (*Cinnamolegus magnus*). (1)

Aquella misma tarde, volviendo á las piraguas, nos dimos á la mar, con rumbo á Dorey. Veinticuatro horas despues, en el momento de doblar el cabo Boropé y disponiéndonos á fondear para que descansaran nuestros remeros, vimos luces en la playa, divisamos algunos hombres y unas piraguas por último. Sobre esta costa desierta tal encuentro no podía ser sinó un peligro; eran sin duda los piratas biaks, de los cuales habíamos oído hablar.

Una de mis piraguas, la que iba montada por el viejo mayor, había quedado bastante atrasada, y como teníamos que desandar algun camino para reunirnos con ella, decidimos fondear al otro lado del cabo, donde la otra piragua se nos reunió por la noche, y así unidos podíamos ofrecer á los piratas la recepcion de que eran dignos en el caso probable de que nos atacaran.

(1) Pico negro; las patas del mismo color; las plumas de la cabeza verdes con brillos metálicos; las del cuerpo oscuras con lucientes reflejos, suaves y violáceos; las de los lados negras aterciopeladas, presentan rayas azules, realzadas por una franja verde esmeralda; las posteriores de azul celeste, etc. Cola larga de un hermoso color verde por encima y oscuro marron por debajo.

En efecto, la hora del alba sería cuando tres grandes piraguas doblaron el cabo y vinieron hacia nosotros. Tenían levantada su techumbre de hojas, signo inequívoco, segun me dijeron, de sus belicosas intenciones. Las piraguas armadas para la guerra deben estar descubiertas, de modo que permitan manejar los arcos. Por nuestra parte hicimos lo mismo, pero para anunciarles la presencia de un europeo hice arbolar mi pabellon.

Tan luégo como estuvieron á regular distancia creyeron oportuno nuestros papúes que preparáramos los fusiles para contestar á la primera flecha que se disparara, prudente advertencia que se siguió en efecto. Los biaks avanzaron más, pero cubriendo sus piraguas, en señal de paz. No me pareció oportuno por más tiempo sostener el consejo de Markus de no dejarles acercar por temor á una sorpresa, é hice, bien porque los piratas se limitaron á pedirnos un poco de tabaco que se les dió á cambio de algunas castañas de indias; despues continuaron su rumbo, que era segun dijeron la isla de Waigiou. Ya volveremos á encontrar á los biaks en otras circunstancias mejores para hacer un detenido estudio de estos feroces isleños.

Continuamos nuestro viaje, pero una racha de viento nos separó otra vez, obligándome á fondear en la embocadura misma de la ria Prafi, con lo que pude convencerme que eran exactas las suposiciones que había hecho respecto á la posicion que ésta ocupa. Volvimos á partir al ser de día, porque mis papúes se encontraban inquietos con el encuentro de la víspera, con la vecindad de la costa de Prafi, y con la desaparicion del mayor. Los biaks habían dicho que una flotilla de piratas andaba por aquellas aguas y todos tenían prisa de llegar á puerto seguro.

Pasamos por delante de la bahía de Saobeba para arribar á la isla Aori, donde esperábamos encontrar al mayor.

Al cabo de cuarenta y ocho horas no teníamos materialmente que comer; mis provisiones de bizcochos y de arroz estaban agotadas y me ví obligado á someterme al régimen del sagou.

En la isla Aori no había nadie. Sin embargo bajamos á tierra, lo que es un gran consuelo cuando se ha permanecido mucho tiempo en una piragua, y los papúes marcharon sobre los arrecifes á buscar conchillas y sustancias comestibles que se cocieron sobre la arena.

Como el mayor no parecía, envié la pequeña piragua á la bahía de Saobeba sin obtener resultado alguno.

He sabido despues que se detuvieron sobre un arrecife donde encontraron huevos de gaviotas.

Todavía aparecieron por la noche dos grandes piraguas de biaks; en medio de ellos se encontraba al parecer un amigo de los mafors y como los papúes son bastante fieles al dicho vulgar de que los amigos de nuestros amigos son amigos nuestros, no había nada que temer.

La falta de víveres nos obligaba á pensar seriamente en nuestra situacion, y durante toda la noche nos vimos forzados á remar, hasta que por la mañana, á la hora en que el bosque despierta con los gritos ó los cantos de esos millares de seres que lo habitan, nos encontramos delante del pueblo de Kouavi, el cual despues de seis semanas de viaje se presentaba á mis ojos bajo el aspecto de un antiguo conocido, brindándome una hospitalidad que reanimaba el corazon.

Todo estaba en calma.

Disparé cinco tiros de rewolver para dar aviso de mi llegada; el eco del bosque repercutió el ruído, pero ninguna detonacion respondió á las mías. Por fin, apercibí mi casa; la vegetacion parecía invadirla y no distinguí á nadie en sus umbrales. Había dejado á Mr. Maindron enfermo, y mi corazon se estremeció con el temor de no encontrar más que una tumba. Con agua hasta la cintura salté de la embarcacion, no pudiendo esperar en mi ansiedad á que la piragua arribara, y febril, con paso apresurado, marché en direccion á nuestra cabaña.

Saabar estaba sentado en el umbral. Este hombre, en otro tiempo bullicioso y fuerte, no era más que un esqueleto.

Mr. Maindron, que estaba sobre el lecho más pálido que el mosquitero que lo cubría, tendió hacia mí una mano descarnada, diciéndome:

—Creí que no os volvería á ver.

Las llagas de sus piernas se habian agrandado y multiplicado, una fiebre lenta minaba su existencia, y para colmo de desdichas, un misionero de orígen aleman le administró el sublimado corrosivo en vez de los calomelanos (1); un veneno en lugar de un medicamento. Mr. Maindron pudo tomar á tiempo un contra-veneno, pero lo encontré tan desfallecido que su estado me inspiraba serias inquietudes.

---

(1) Equivocacion tanto más fácil, cuanto que ambas sustancias son compuestos mercuriales. El sublimado es el bi-cloruro, y los calomelanos el proto-cloruro de mercurio. Los calomelanos en pequeñas dósis, produce el efecto mercurial; pero en dósis altas, obra como excelente purgante. En esta forma el bi-cloruro, ó sublimado, es uno de los venenos irritantes más enérgicos. Su contraveneno es el hierro reducido por el hidrógeno. (N. del T.)

TERNATA — LAS MOLUCAS

IV

La isla Mafor.—Emigracion de los habitantes.—Los piratas.—Sepultura singular.—Escena de esclavitud.—Los jefes de Sowek.—Un pueblo en un pantano.—Los isleños de Korido.—Desconfianza y supersticion.—Compras obligadas.—Mala recepcion.—Amenazas de muerte.—Desafio.—Comercio de cráneos.—Viaje forzado.—Regreso á Dorey.—Salida para Ternata.—Una tempestad.

Acordamos que Mr. Maindron fuera conducido á Andai, donde quedaría al cuidado de Mr. y Mme. Woelders, y yo en tanto decidí hacer una excursion á las islas Mafor y Misori.

Negáronse á acompañarme los papúes de Dorey, enriquecidos sin duda por nuestro viaje á Amberbaki, y tuve que buscar, en Mansinam, la ayuda del sanadí Brouss, que es un papúe algo más civilizado que los demas.

Partimos, pues, el día primero de Junio, costeando el sudoeste de la isla de Mansinam, y merced á una fuerte racha de viento pudimos arribar en veinticuatro horas á la isla Mafor.

Algunos islotes, por en medio de los cuales pasamos, forman la entrada de una espaciosa bahía, en la que se encuentran numerosos bancos de arena, que en las bajas mareas quedan al descubierto. Sobre una playa arenosa, blanca y fina, se ven tres ó cuatro casas papúes, construídas, como todas, sobre estacas, mitad en la mar, mitad en tierra. Comprendí bien pronto que no podía esperar una hospitalidad tolerable entre estos indígenas, como la encontré en Amberbaki, y preparé la tienda que había tenido la precaucion de llevar conmigo, instruído como estaba por las veces que tuvimos que acampar en las playas inhospitalarias de Saobeba y de Saocoorem.

La playa sobre la cual está construído el pueblo se llama Monoukouari. No necesito hacer una descripcion detallada de los habitantes de la isla Mafor, que son de la misma raza que los de Dorey.

La isla Mafor, como lo indica su nombre, ha sido la cuna de las tribus mafors, que andando el tiempo emigraron al continente, huyendo de sus enemigos los piratas biaks, y sobre todo de los ouandamen, que parecen haber jurado su exterminio.

Esta isla, pequeña y aislada, situada casi en el centro de la bahía de Geelwink, á igual distancia de la isla de Biaks y de la costa de Ouandamen, fácil de abordar con los vientos del sudoeste, casi constantes de Julio á Setiembre, es una presa tanto más fácil para los piratas, cuanto que sus habitantes tienen un carácter tímido y dulce, más aún que los otros mafors.

La isla, formada casi enteramente por una roca madrepórica, es poco fértil y carece de aguas, condiciones todas poco favorables al desenvolvimiento de poblacion. Por eso, sin duda, los mafors emigraron sin pena de una patria tan mal dotada por la Naturaleza.

Es, sin embargo, agradable á la vista esta pequeña isla Mafor, y no presenta el aspecto frío y salvaje del continente. Despues de recorrer doscientos ó trescientos metros, se atraviesa una zona de bosques pantanosos, y se encuentra una colina de unos veinte metros de elevacion, á cuya cima, que es una extensa planicie, se llega fácilmente. Esta colina parece que se extiende por toda la isla con ligeras ondulaciones. El suelo es seco, poroso, formado de rocas madrepóricas, descarnadas y cubiertas de selvas y bosques, entre los cuales se ven muchos claros donde se crían hermosos helechos.

El aspecto de estas praderas de helechos induce á creer que son naturales, y no resultado de antiguos desmontes. Donde los papúes han desmontado el bosque, se encuentran todavía añejos

Piratas biaks en la isla Mafor.

troncos de árboles derribados y calcinados, y numerosos arbolillos que parecen renacer de sus cenizas, indicando el sitio donde existió cierta cultura, abandonado despues de más ó ménos tiempo. La roca se presenta desnuda, agrietada, rugosa, cortante, áspera, todo lo cual hace el camino cansado y peligroso.

Junto al borde de la planicie he visto algunas casas sostenidas por altas estacas, en medio de desmontes, que uniéndose con algunos claros naturales, forman vastos espacios descubiertos, y habitadas por papúes. Los indígenas que aquí viven, por su aspecto, por su talante más airoso, por sus cabelleras cuidadosamente edificadas (que tal nombre podemos emplear tratándose de este peinado), parecen diferenciarse de los ribereños. Son notables, en Nueva-Guinea, las diferencias que se encuentran entre dos pueblos, aunque estén poco distantes, siendo uno de la costa y otro del interior. El primero, siempre más dulce, aficionado á los viajes, vive miserablemente, sin más recursos que la pesca; el segundo, más salvaje, más hostil á los extranjeros, sedentario generalmente y robusto, es temido por la poblacion marítima. ¿Hay, pues, aquí dos razas, una aborígena y otra invasora, ó bien una sola raza, en la cual ha tenido lugar una division por las costumbres, por una alimentacion diferente, ó como resultado de la seleccion.

Por mi parte creo tan pronto que son dos razas distintas, como, por el contrario, que es una sola raza modificada. Lo mismo en Dorey que en Aiambori, en la playa de Mafor que en la montaña de los arfaks, se encuentran diferencias morales y físicas notables, tanto que, en Amberbaki, los habitantes del pueblo marítimo de Ouepai y los montañeses de Memiaoua son todos mafors.

Los habitantes de esta isla tambien lo son, al parecer, y pronto veremos que los isleños de Korido dan lugar á la misma observacion.

Estos pobres mafors están siempre sobre sí, interrogando al horizonte, á fin de descubrir á sus enemigos con tiempo para huir al bosque, ó bien examinando la arena de las playas para ver si descubren huellas desconocidas. Estas inquietudes obedecen á poderosas razones. Algunos meses ántes de nuestra llegada, cinco piraguas arribaron de improviso á la isla Mafor, y los ouandamen que en ellas venían, despues de matar once hombres, huyeron, llevándose diez y seis mujeres y nueve niños, que redujeron á la esclavitud. Todavía se ven, sobre una pequeña plaza rodeada de cocoteros, las chozas desiertas y arruinadas de este pueblo desdichado. Dícese tambien, que ronda una flotilla de *houni* (piratas) al rededor de la isla.

Tres días despues de mi llegada, sobre las once de la noche, se me avisó que una banda considerable de piratas ouandamen pensaba atacarnos. Me levanté con presteza, distribuí municiones entre mis cazadores, tomé yo mismo mi carabina y mi rewolver, y me preparé á recibir al enemigo. La noche negra y sombría era favorable á los piratas que pensaban sorprendernos. Las mujeres huyeron al bosque, y los hombres se ocultaron en las casas. Yo creía á cada instante oir silbar una flecha en mis oidos, ó ver agitarse entre las ramas una figura indecisa y sospechosa. Los mafors tambien imaginaban que veían á sus enemigos. Esperé más de dos horas, pero como nada se movía, volví á entrar en mi tienda, echándome vestido sobre la cama y dejando mis armas á mano. Nada vino, sin embargo, á turbar mi sueño.

A la mañana siguiente dejó de llover, cosa rara en esta isla de Mafor, donde la lluvia parecía encarnizarse contra mí, y aproveché esta calma para hacer una larga excursion.

Eran las cuatro de la tarde y me acercaba á mi campamento, cuando oí resonar la concha de los papúes, inmensa concha en la cual se hace un pequeño agujero lateral que sirve de boquilla, primitivo instrumento que produce un sonido que recuerda el bramido de un toro, y que se oye á gran distancia. Los papúes se sirven de él para anunciar la aproximacion del enemigo á los que se encuentran diseminados por el bosque. Los mafors que me acompañaban se apresuraron á llegar al pueblo, y yo les seguí, para proteger mi campamento caso necesario.

Se vieron, en efecto, á cierta distancia, en la mar, tres grandes piraguas, que se dirigían, sin ningun género de duda, hacia la isla Mafor. Refugiáronse las mujeres en el bosque, y no quedaron más que los hombres dispuestos á combatir. Todos estaban convencidos que se trataba de los piratas, y mis cazadores querían hacer fuego, á lo que me opuse terminantemente, reservándome el derecho de disparar el primer tiro, si llegaba á juzgarlo indispensable.

Estábamos, por fortuna, en la hora de la baja mar, y las piraguas no podían penetrar mucho en la bahía. Los que á su bordo iban las abandonaron con agua hasta la rodilla, y se dirigieron hacia nosotros. No tardamos en comprender que venían como amigos. Eran los piratas biaks, los mismos que encontramos viniendo de Amberbaki, y que no estaban más dispuestos que entónces á librar batalla. Su jefe me tendió la mano. En cuanto á los habitantes de la isla Mafor, parecían poco

seguros, y no querían trato alguno con los biaks, á los cuales dí un poco detabaco, y volviendo casi inmediatamente á sus piraguas, desaparecieron.

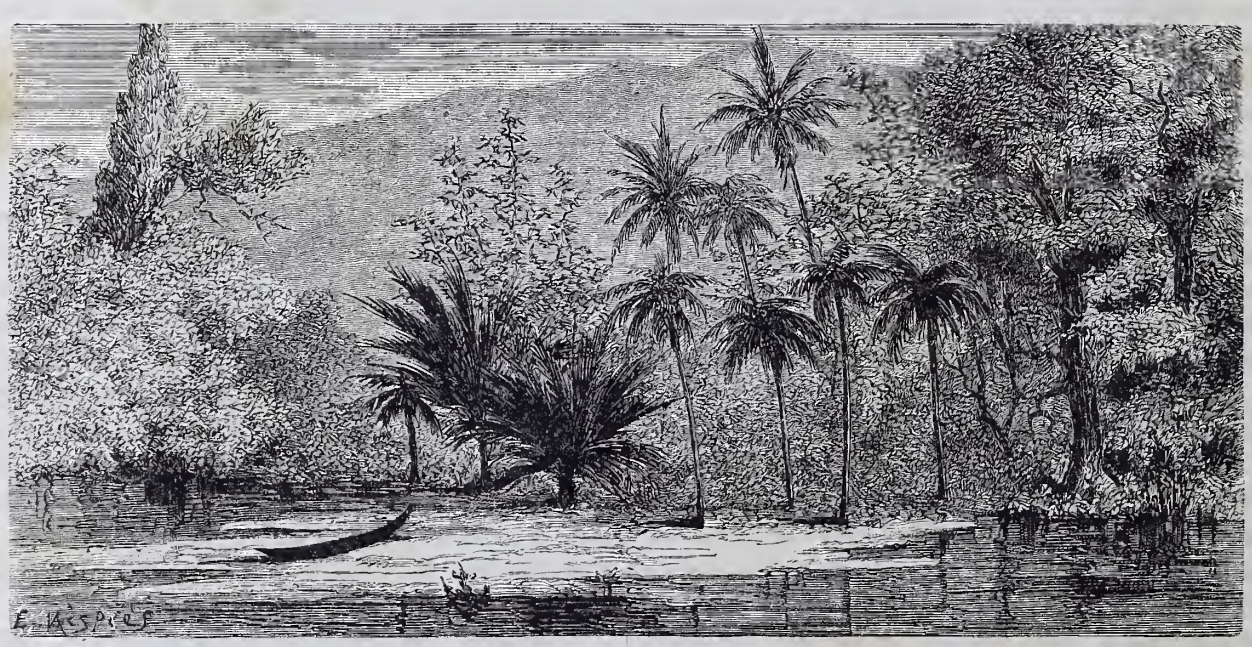
Despues de nuestro primer encuentro, estos piratas llegaron hasta la isla de Waigiou, es decir, que habían hecho, entre ida y vuelta, un viaje de más de mil kilómetros en alta mar con sus piraguas.

Decían haber cortado dos cabezas, que les supliqué me vendieran, pero rehusaron mostrarlas, lo que me hizo suponer que se envanecían de un crímen que no habían cometido.

Durante dos días ya no oí hablar de piratas, y sólo me atormentó una lluvia incesante y pertinaz, un pequeño diluvio que amenazaba anegar mi tienda.

Sin embargo, todavía tuvimos otra alarma por el ruído que se extendió de que unos piratas estaban acampados no léjos de nosotros, detras de un cabo que forma al norte la bahía, por lo que se alistaron en guerra dos piraguas, capitaneadas por Markus y el sanadí Brouss, armado cada uno de un fusil.

Pasó la tarde y tendió la noche su manto, sin que viéramos volver las piraguas. Yo estaba inquieto de esta larga ausencia de Markus, que me era muy adicto, y al cual hubiera lamentado que le sucediera el menor accidente, cuando hacia las



Un paisaje en la isla Korido.

nueve de la noche oyéronse cantos y rumor de voces mezclados al ruído cadencioso de los remos: eran nuestros hombres que volvían de su expedicion, diciendo que habían visto y perseguido dos piraguas desconocidas, cuyos tripulantes habían dejado, en efecto, la huella de su paso y fuego encendido en el punto que se decía.

He visto en Mafor un viejo, cuyo tipo y cuya piel, de un color más claro que la de los otros habitantes, me han preocupado algun tiempo; estaba seguro de que no era papúe, aunque por tal pudiera tenérsele, á juzgar por su lenguaje, su vestido y sus costumbres. Por fin conseguí saber, á fuerza de investigaciones, que era un malayo, que siendo niño, víctima de un naufragio, llegó á la isla, habiéndose convertido en un verdadero papúe, hasta el punto de haber olvidado su idioma natal.

Vive tambien aquí una pobre mujer, ya entrada en años, atacada de furiosa locura, que tal vez sostienen y aumentan los malos tratamientos de sus compatriotas. No pude impedir que un papúe la golpeara cruelmente cierto día que llegó á vociferar la infeliz delante de mi tienda. Cito este hecho curioso, por ser el único caso de enajenacion mental que he observado entre los salvajes.

La isla Mafor alcanza justo renombre por sus objetos de madera, trabajados y ahuecados en pedazos cortados en círculo de troncos de árboles, y entre cuyos objetos he tenido ocasion de ver uno, en forma de plato, que debía proceder de un árbol inmenso, porque sacado exclusivamente del

corazon de la madera, tenía más de un metro de diámetro.

Antes de abandonar la isla Mafor debo mencionar una curiosa sepultura. Bajo una pequeña techumbre de hojas de cocotero, se encuentra, sostenida por un pié, una caja de madera de un metro de larga próximamente, que contiene las osamentas. Delante de la caja se ve una pequeña mesa redonda, sobre la cual hay una taza escacharrada de porcelana, en la que se depositan los víveres y ofrendas destinadas al difunto.

Salimos de Mafor, pero un viento duro y contrario nos obligó bien pronto á una arribada forzosa delante de un pueblecillo, cuyo nombre es Namber, compuesto de dos ó tres casas construídas al final de una reducida bahía, separada del mar por una muralla natural de rocas, muralla que hendida por una estrecha abertura, deja paso escasamente á las más estrechas piraguas. Por fin, despues de algunas horas y hacia la mitad del día, un viento favorable nos permitió continuar nuestro rumbo á lo largo de la costa sur de la isla Mafor, cuya direccion es este-sureste.

Paréceme que esta costa, como el resto de la isla, está compuesta de rocas madrepóricas, y es una costa abrupta, de cuatro á cinco metros de altura, cubierta de una vegetacion tan lozana y vigorosa como toda la de Nueva-Guinea. Las diez de la noche serían cuando llegamos á una pequeña rada, en cuyo fondo creí apercibir un pueblecillo. La noche era oscura y la mar estaba llana como un espejo y cubierta de líneas y rastros fosforescentes. Parecía que se hubiera vertido sobre las aguas una enorme cantidad de un líquido inflamado.

Tipos de papúes ouendamen.

Es la vez primera que he observado el fenómeno de las fosforescencias sin que se produzca la menor agitacion, la más pequeña arruga en la tersa superficie de las aguas. Siempre lo he visto como resultado del choque de las olas contra sí mismas, contra un peñasco, por la estela de un buque, por el golpe de un remo, por una alteracion cualquiera. Pero, ahora, nada; una calma absoluta. La mar parece un manto de negra seda, orlado con brillantes reflejos de plata y oro, y ofrece en verdad un hermoso espectáculo.

Por la mañana enviamos á tierra algunos de nuestros hombres para hacer provision de agua, y regresaron acompañados por uno de los habitantes del pueblo, que subió á bordo y entabló una larga conversacion con Brouss, en tanto que nuestra canoa puesta en movimiento y bogando lentamente, remolcaba su piragua, confiada al cuidado de un muchacho de unos diez años. A pesar de mi ignorancia del idioma mafor, comprendí por las palabras *kain*, *sarong*, que se trataba de algun ajuste. En la isla de Mafor tiene la mar tan poco fondo ademas de presentar hacia el sur numerosos bancos de coral á flor de agua, bancos que se extienden casi hasta la isla de Miosnom cuyas montañas se divisan á lo léjos en el horizonte, que nuestra canoa llegó á encontrarse en seco, y fué preciso apuntalarla con unas pértigas. Aprovechando Brouss este momento de descanso,

abrió sus cajas y sacó hasta diez kaimbirou (pieza de tela azul), que ofreció á su interlocutor. Por mi parte no veía ninguna mercancía y no hay aquí objeto alguno que pueda valer tan enorme suma (cerca de ochenta francos), á ménos que se trate de un esclavo.

Y se trataba en efecto de un tráfico de carne humana, y era la mercancía el muchacho papúe que había quedado en la piragua y que ignoraba por completo el negocio.

Cerrado el trato era preciso hacer la entrega; pero se trataba de una mercancía dotada de inteligencia y de voluntad. El muchacho lloraba y gritaba haciendo resistencia; cambiar de dueño era para él lo desconocido, y lo desconocido le inspiraba terror; por fin se le trajo á la fuerza aunque sin maltratarle y se alejó la piragua. Fué preciso retenerle á bordo, porque quería arrojarse al mar, y Brouss hizo que le dieran un poco de sagou, con lo que el muchacho, viendo que tal vez no había perdido en el cambio, no tardó mucho tiempo en consolarse.

Esta escena de esclavitud me conduce á ocuparme de los esclavos papúes, objeto de un comercio importante en Papuasia bajo la dominacion de los sultanes malayos en las Molucas y á pesar de las prohibiciones severas de los holandeses. Aunque hoy los malayos no puedan comprar esclavos á los papúes, éstos conservan la costumbre de la esclavitud y en toda Nueva- Guinea son los esclavos más numerosos de lo que á primera vista se cree. Apénas hay papúe que no tenga uno ó muchos esclavos, y si de esto no se apercibe el viajero consiste en la poca diferencia que media entre el dueño y el esclavo en las condiciones materiales de su vida. Llevan uno y otro el mismo vestido, es la misma su alimentacion y siendo ademas iguales por la raza y por la inteligencia, no tardan en tener intereses comunes. Nunca he visto que sea peor tratado el esclavo que un hijo de familia; alguna vez llega á rescatarse al tomar esposa y en esta sociedad exenta de preocupaciones asciende al nivel de su antiguo dueño.

Las mujeres esclavas son mucho ménos numerosas que los hombres, y la esclavitud de la mujer no tiene en Papuasia las inmorales consecuencias que se observan en los países musulmanes. He podido comprenderlo así á pesar de las reticencias de los papúes á quienes he interrogado sobre el asunto, quienes procuraban eludir las respuestas. La esclava papúe puede llegar á ser una esposa legítima y honrada siguiendo las costumbres de su país.

El nuevo esclavo de Brouss fué elevado á la categoría de grumete y encargado de achicar (1) el agua de la canoa sirviéndose para ello de una nuez de coco.

Para el desempeño de sus humildes funciones no le embarazaba seguramente su vestido, porque no llevaba ninguno, y su cuerpo enjuto y débil le permitía agacharse facilmente hasta el fondo de la cala.

Por muchas manos habia ya pasado este infeliz. Era un pequeño aropen apresado por los habitantes de Talandjian (cabo de Urville) y vendido á los isleños de Korido, los cuales lo cedieron á los papúes de Mafor, y así pasando de mano en mano vino á ser esclavo de Brouss.

Era el muchacho jóven todavía para que en él se descubrieran los caractéres distintivos de su raza; pero había heredado de sus padres una mirada ruin, rencorosa, vengativa, y un carácter que no desmentía, seguramente, las apariencias. Muchas veces tuvo que sufrir castigos que se mitigaban por mi intercesion, pero que no podían ser más merecidos. No desperdiciaba ocasion de hacer daño; á todo el mundo acometía, sin acobardarse de los hombres, y si encontraba niños más débiles que él, los apaleaba y mordía como si fuera un perro.

Abordamos á la siguiente mañana, no léjos de Korido, á una isla desierta, en la oportuna ocasion en que abatían el vuelo algunas palomas blancas y negras (*Carpophaga luctuosa*), que no tardaron en ser bien recibidas en nuestra cocina.

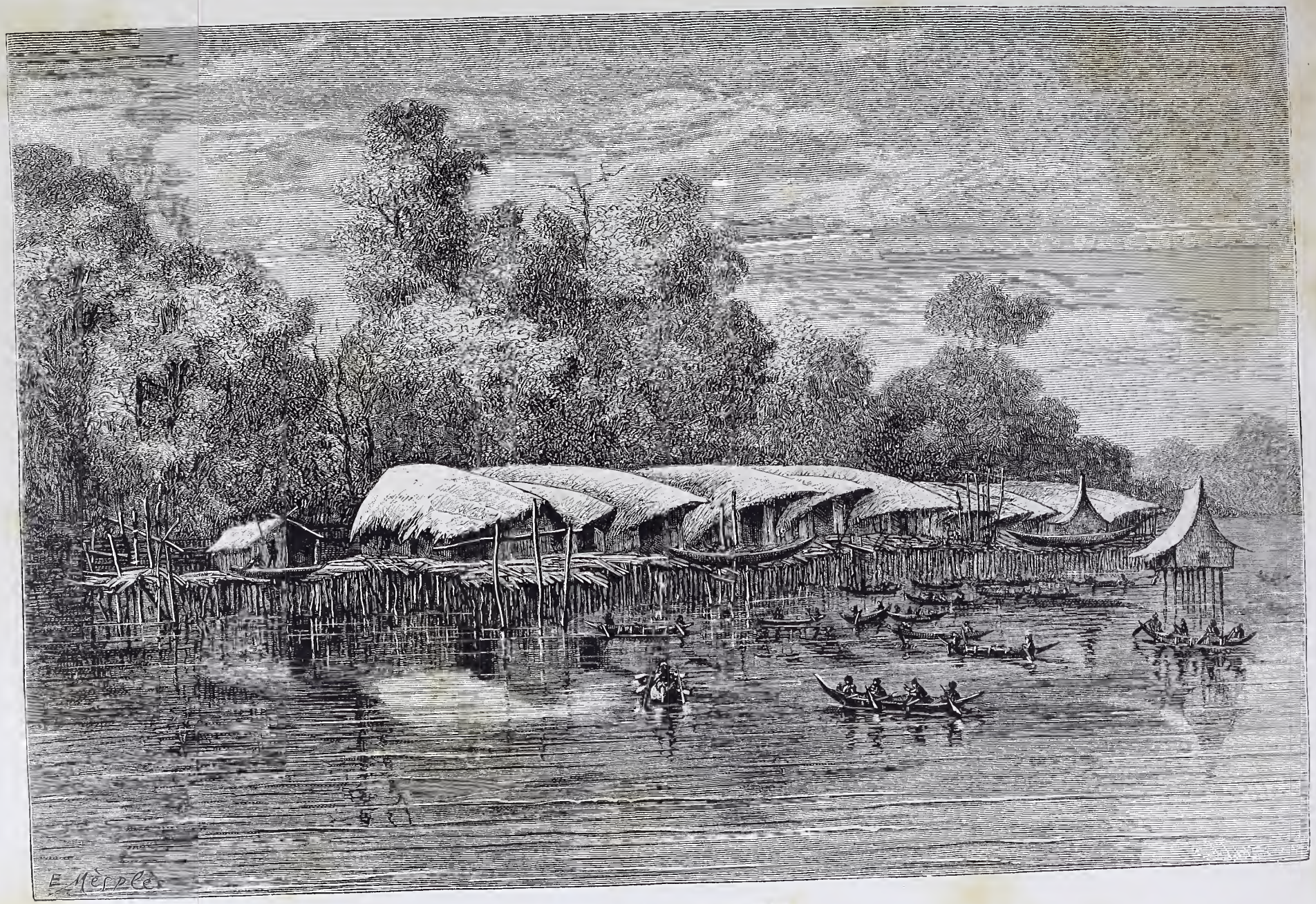
Al desembarcar sobre este islote desierto, no era otra nuestra intencion que explorar el ánimo de los habitantes de Korido, gente bulliciosa y guerrera, que no siempre está dispuesta á recibir á los extranjeros, ni áun muchas veces á los papúes.

No tardamos en ver pasar, casi por nuestro lado, una flotilla de piraguas, sin que sus tripulantes se dignaran cambiar con nosotros una sola palabra, contentándose con examinarnos.

Como quiera que esta acogida tan fría y tan contraria al carácter papúe era poco lisonjera, volvimos á nuestras embarcaciones, disponiéndonos á hacer frente á cualquiera eventualidad.

Con objeto de que no quedara duda alguna acerca de nuestra nacionalidad y de nuestras intenciones, arbolamos primero la bandera triangular del sultan de Tidor, despues la de Holanda, que reclama la posesion nominal de estas islas, y, por último, el pabellon de Francia, sintiéndo-

(1) Nombre que se da entre los marinos al acto de desalojar el agua de una embarcacion. (N. del T.)



Sowek.—Pueblo construído sobre el lago.

me orgulloso y feliz de poderlo ostentar en estas lejanas tierras, donde no había flotado nunca.

Frente á nosotros estaba el pueblo de Sowek; pero tan oculto detras de unos islotes y de una verdadera cortina de vegetacion, que ignorábamos por completo, pues ni siquiera sospechábamos su proximidad. De repente vimos salir dos canoas que hacían rumbo con ligereza hacia nosotros, y en el acto nos dirigimos á su encuentro, batiendo el tambor en testimonio de nuestras pacíficas intenciones.

Para no perder un solo detalle de lo que ocurriera, subí al pequeño balcon que forma la techumbre de la canoa.

Abordaron las dos piraguas á nuestras bandas de babor y estribor, y en ménos tiempo del que se tarda en referirlo, dos hombres saltaron á la canoa con admirable destreza, seguidos por seis remeros que reemplazaron á los nuestros. Aquellos dos hombres eran el *sanadí* y el *korano* de Sowek, es decir, los dos jefes ó personajes importantes del pueblo.

Acurrucáronse al lado de Brouss y frente á mí, con lo que pude examinarlos á mi placer.

Presentaban estos dos hombres un hermoso tipo; su edad llegaría próximamente á los treinta y cinco años, su rostro era ovalado, su nariz aguileña, sus cabellos cortos, y su cabeza estaba adornada con una especie de pañuelo. Los dos usaban pantalones de tela grís. El korano llevaba un vestido á la francesa de algodon azul, bordado en rojo, y el sanadí una *koubaïa* amarilla con dibujos multicolores.

Comenzó Brouss por ofrecerles *betel* (1) y obsequiarlos, explicándoles despues el objeto de mi visita, y ponderando, sin duda, la calidad y riqueza de mis mercancías, con lo que los dos jefes pusiéronse en pié y me tendieron la mano, llevándola despues á su pecho y á su boca, muestra de atencion y saludo entre los musulmanes (2).

Comenzamos en el acto á discutir el valor de los regalos que había de hacerles á cambio del permiso para visitar su país, y entregando á cada uno dos *kaïns* y dos collares de abalorios, quedó hecho el trato.

Las piraguas en que vinieron estaban descubiertas é iban montadas por doce remeros armados con lanzas, arcos y paquetes de flechas con punta de hueso.

Comenzamos á bogar con gran trabajo avanzando lentamente por entre los bancos de coral, porque la mar ofrecia tan poco fondo, que más de una vez nuestros papúes tuvieron que echarse al agua para que nuestra canoa saliera avante. Estábamos empeñados en una especie de canal, formado por dos bancos de madréporas, canal que corresponde á la embocadura de una ría, y que de vuelta en vuelta, de rodeo en rodeo, nos conduce entre islotes cubiertos de vegetacion, á una anchurosa bahía, limitada en la parte de tierra por un bosque pantanoso, y del lado del mar por un círculo de islas y arrecifes. En el fondo de esta bahía se levanta el pueblo de Sowek, construído sobre las aguas.

Unas treinta casas, construídas por el mismo estilo que las de Dorey, pero más grandes y de aspecto ménos miserable, próximas unas á otras y separadas sólo por los árboles, se encuentran alineadas de norte á sur, siguiendo una línea paralela al eje de la bahía.

Están construidas tambien sobre estacas, sin comunicacion alguna con la playa, y sin que nada recuerde el puente rústico que en Dorey pone en comunicacion con tierra el pueblo construído sobre el mar. Es verdaderamente un pueblo tan primitivo como los que se encuentran en el centro del Africa, parecido á esas construcciones de los tiempos prehistóricos descritas por los sabios, descripciones que parecen pinturas al natural tomadas de las remotas islas de la Papuasia.

Frente al pueblo se ven cuatro ó cinco casas de madera, cuadradas y muy parecidas á baños para los perros, si se permite la comparacion. Estas casas, morada de los jóvenes núbiles, están ornadas en sus cuatro esquinas con horribles guirnaldas de cráneos humanos. Por entre las numerosas estacas que formando un verdadero bosque sostienen el pueblo, circulan en todas direcciones un centenar de piraguas de diversos tamaños, desde las más pequeñas, donde no cabe más que un muchacho, hasta las piraguas de guerra y de viaje capaces para veinte hombres.

En mi viaje por Nueva-Guinea encuentro por vez primera un centro de poblacion considerable, pues no bajará de mil habitantes el número de los que encierra Sowek. Veo tambien un movimiento, una actividad, un tumulto á que no estaba acostumbrado en estos países. No son estos los salvajes dulces y tímidos de Amberbaki perdidos en las soledades de sus abruptas montañas; estoy

---

(1) Planta de las Indias.

(2) Consiste el saludo musulman en llevarse la mano al pecho, la boca y la frente, con un movimiento lleno de ligereza y no exento de gracia. Parece que esta accion quiere significar el acto de recoger y besar el polvo que huella la persona á quien se saluda.—*(Diario de un viaje á Oriente*, por D. Vicente Moreno de la Tejera.)— (N. del T.)

en medio de una verdadera ciudad; pero de una ciudad bárbara, de una poblacion bulliciosa, audaz, atrevida, ruidosa, aulladora y desvergonzada.

Apénas llegamos al pueblo, los dos jefes se adelantaron, llevándose los regalos que les hicimos.

Dos naturalistas europeos, uno italiano y otro aleman, ántes de mi llegada habían fondeado en estas aguas de Korido, enviando á tierra sus cazadores malayos; pero es esta la vez primera que un hombre blanco llega á estos parajes y penetra en este ignorado pueblo.

La curiosidad es tanta, que en un instante nues-

Casa y paisaje en la isla Mafor.

tra canoa se ve rodeada por multitud de piraguas, cuyos tripulantes, sin pedir permiso, como si se tratara de la cosa más natural del mundo y como si nuestra embarcacion les perteneciera, saltan á bordo, diez, quince, veinte á la vez, con peligro de hacernos zozobrar, registrándolo todo, instalándose hasta en mi pequeño camarote, y mirándonos insolentemente, á la par que con ferocidad y asombro, tanto á mi gente como á mí. Era imposible hacer nada; aunque hubiera necesidad de tomar algo, de arreglar algun objeto, no había medio de hacerles desalojar el puesto que ocupa-

ban. Nos sentíamos oprimidos por aquella multitud; ni mis observaciones ni las de mi gente ni las de Brouss, nuestro guía papúe, bastaban á librarnos de esta importuna tenacidad, tal vez debida más que á la curiosidad á la malevolencia.

Encargué á Brouss que buscara á los dos jefes con objeto de que explicaran la manera que tenían de practicar una hospitalidad que tan larga y generosamente tenía pagada.

Despues de una larga entrevista, me trajo Brouss la siguiente respuesta de los jefes: «que me habían conducido al pueblo y nada más podían hacer por nosotros.»

En vano procuró Brouss entrar en arreglos con algun habitante para obtener que nos cediera una parte de su casa. No consiguió que le escucharan. Crecía por momentos el tumulto con la audacia de los isleños que llenaban nuestra canoa y con otros recien venidos, á los cuales negaban los primeros un sitio en la embarcacion.

Lago interior de Korido.

Era evidente que no podíamos permanecer en el pueblo de Sowek. Para llevar á cabo mis trabajos de historia natural, era indispensable que me ayudara una buena voluntad por parte de los indígenas. Sólo la curiosidad podía retenerme en este pueblo, pero ya había visto más de lo que deseaba, y era mucho más grato para mí contemplar á mis amables huéspedes de los bosques que á estos salvajes insoportables.

Por otra parte asegurábame Brouss que no estábamos aún en la ribera de la gran isla, que Sowek no era más que una pequeña isla pantanosa, separada de la de Korido por un brazo de mar no muy largo, lleno de estrechos y canales, una de cuyas embocaduras estaba próxima á nosotros.

Bajo cualquier punto de vista que se considere, era Sowek un punto fatal para mí, y resolvimos probar fortuna en otro pueblo levantado sobre la costa de la gran isla, y que lleva su nombre, Korido. Consiguió Brouss averiguar á fuerza de pesquisas que uno de los principales personajes de Korido, un sanadí, se encontraba de pesca y al

caer la tarde pasaría por Sowek. Estos sanadís se encuentran en todos los pueblos de Nueva-Guinea y su influencia es la misma en todas partes. Aseguraba Brous que era este sanadí un hombre á quien conocía por haber tenido con él algunas relaciones comerciales: habrían cambiado conchas, aves, telas, y acaso esclavos.

Bajó, pues, á tierra, ó más bien se perdió entre el laberinto de estacas que sostienen el pueblo, y al caer la tarde, en efecto, volvió acompañado por el sanadí en cuestion, al cual prometí magníficos regalos, si por su parte se comprometía á conducirme á su pueblo, recibirme en su casa, y me procuraba los medios de enviar al bosque á mi gente y cazar yo mismo.

Tras una larga conferencia entre Brouss y el sanadí, cerróse el trato, aceptando éste y prometiendo venir en nuestra busca, con sus paisanos, al amanecer del siguiente día. Hícele desde luégo un pequeño regalo, para que formara idea de los objetos que estaba á punto de adquirir si cumplía sus palabras, y con esto se alejó.

Se pasó la noche en calma por fortuna, tal vez porque los papúes son ménos bravos en la oscuridad que á la luz del sol, y no se arriesgan á salir de sus casas.

Para arribar al puerto que nos proponíamos, se podían seguir dos rumbos distintos: ó bien por alta mar cuando subiera la marea, ó bien arriesgándonos en la ría, cuya embocadura nos ocultaban los arrecifes.

Esta última ruta era más pintoresca y nos decidimos á seguirla, añadiendo, como propina, un cuchillo á los regalos del sanadí. Nos dirigimos, pues, por detras del pueblo, encontrándonos en una especie de lago, del cual arranca un canal estrecho, pero de mucho fondo.

Navegamos de vuelta y vuelta, unas veces cortando las ramas de los árboles que rozaban la cubierta, y otras varando sobre las raíces. No podía ser el camino más pintoresco, pero era harto trabajoso navegar así por entre los árboles, y si el pueblo se encontrara algo distante necesitáramos una semana para llegar á él.

Continuamos así, sorteando los pequeños islotes de abruptas pendientes, cubiertas de árboles, de florestas, de helechos, de enredaderas, de plantas parásitas, de toda clase, en fin, de vegetacion, de formas y colores diferentes y mezclados, que forman un agradable contraste con la monotonía del bosque en la laguna, cuyas raíces descarnadas parecen sacar de un lodo mefítico el jugo que circula en sus troncos agrietados y en su pálido follaje.

Un bosque sumergido viene á ser, si se me permite emplear esta frase, el reptil de la vegetacion, parece que basta verla para sentirse presa de la fiebre.

Esta aglomeracion de pequeños islotes, unidos entre sí por las arcadas naturales que forman las raíces de los árboles, constituyen la isla de Sowek, ó para expresarme con más verdad, la isla está formada por estos troncos, por estas raíces, porque si se cortaran todos los árboles, no se vería más que el agua y algunas rocas aisladas sobre ella. En tal estado estuvo, sin duda, en una época remota, ántes de que los bancos de coral formaran un suelo submarino, donde pudieran fijarse las raíces de la vegetacion.

Todas estas islas que rodean Nueva-Guinea, así como algunas costas de ésta, se encuentran en el mismo caso. Al rededor de una roca antigua, verdadero esqueleto geológico, se aglomeran los corales que crecen con perseverante lentitud; al cabo de algunos años, tal vez de siglos, la superficie del arrecife se habrá duplicado ó triplicado; dos rocas vecinas se reunirán por estos diques vivientes, luégo tres, más tarde cuatro, y tendremos formado un islote que se soldará con otro, y el marino que lo contemple señalará los contornos de una gran isla.

El hecho que más me sorprendió, fué encontrar en medio de estas lagunas, al pié de un montecillo, una fuente de agua dulce.

Despues de navegar por en medio de estos árboles, por espacio de más de una hora, desembocamos de repente en un anchuroso lago interior, en el cual no se veía más salida que el canal que acabábamos de recorrer.

Este lago tiene más de cien metros de longitud, por quinientos de anchura; sus aguas, saladas, poco profundas y trasparentes, dejan ver un fondo de limo, donde yacen sepultadas multitud de conchillas y redondas madréporas. Está limitado al este por los bosques pantanosos que hemos recorrido, y al oeste por ligeras colinas que gradualmente se elevan en montañas que corren de noroeste á sudoeste, formando el eje central de la isla de Korido. Es este uno de los sitios más pintorescos que he contemplado en Nueva-Guinea.

Libres ya de entorpecimientos, armamos el mástil, y dimos la vela para aprovechar una ligera brisa. Despues de atravesar el lago en toda su longitud, llegamos al pié de unas montañas, y doblando la punta nordeste de la isla Sowek, nos encontramos bruscamente en medio de un río de agua salada, que allá á lo léjos se pierde en la

mar, despues de haber rozado con sus ondas, por una parte las abruptas pendientes de Korido, y por otra los bosques pantanosos de Sowek. Las aguas son profundas, y tienen el color de la mar.

Corre esta ría bañando los flancos de multitud de islotes, hasta el punto donde termina la isla de Sowek, en donde no presenta más que una ribera, y vuelve á la mar de donde nace.

Delante de una playa arenosa, donde concluye la garganta de una montaña, vimos el pueblo de Korido. La mar estaba tan baja, que no podíamos arribar con nuestra canoa; pero una pequeña piragua vino en nuestro auxilio, y trasbordado á ella con Brouss y el jefe del pueblo, llegamos á una casa, la mayor de todas, y trepando por las estacas como trepan los muchachos á una cucaña, nos encontramos en una habitacion semejante á las de Dorey y Aiambori.

Hice que mis cazadores quedaran en la canoa, con objeto de inspirar mayor confianza á estos habitantes, y no quise traer conmigo armas ofensivas ni defensivas. Agrupámonos en círculo sobre un suelo construído con cortezas de árboles, y comenzó un conciliábulo que duró más de una hora, durante la cual se consumió una gran cantidad de *sirih* y de *betel*, no descuidándose Brouss en hacer los honores al festin. Detras de los hombres estaban en pié las mujeres y los niños, las primeras vestidas apénas, los segundos completamente desnudos. Todos me miraban con asombro, y por mi parte comenzaba á encontrar demasiado larga la deliberacion, por lo que supliqué á Brouss que la abreviara cuanto fuera posible. Convínose por fin que se nos cediera á mi gente y á mí la posesion de un cuarto en esta casa, abonando al propietario general, que no era otro que el sanadí, una cantidad determinada de mis pacotillas, indemnizando ademas al propietario particular de la habitacion por las molestias que se originaran.

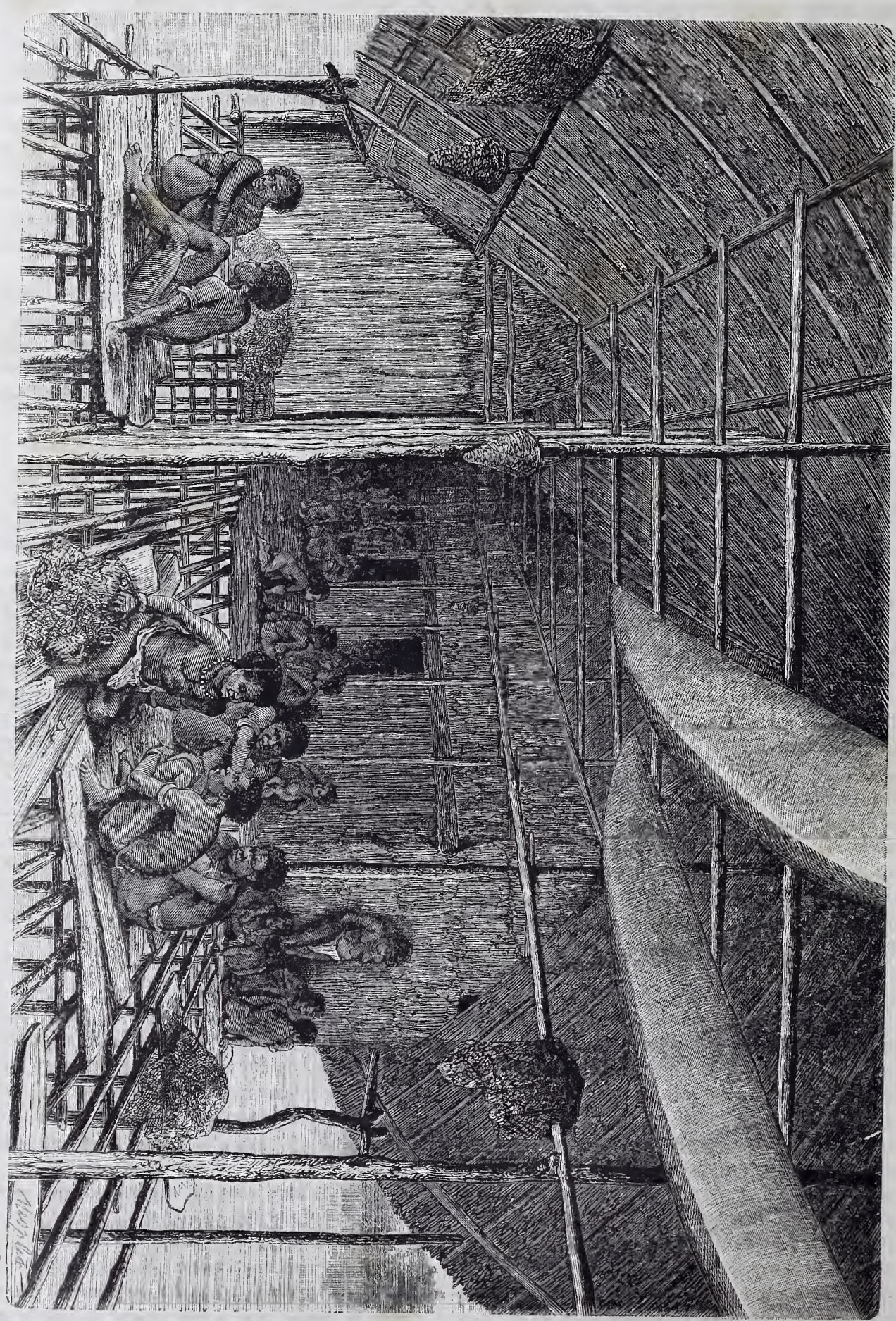
Este último debía ser indemnizado previamente, pero obtuve la concesion de no pagar al sanadí hasta el momento de mi partida. La mala pasada que me jugaron los dos jefes de Sowek, me enseñó á ser prudente. Convenido y terminado el trato, se desembarazó la habitacion del primitivo moviliario que contenía, y dió comienzo la instalacion de mis bagajes. Se tropezó, sin embargo, con una dificultad; la habitacion era perfectamente oscura, y yo quise proporcionarme aire y luz, para lo cual no había más que quitar algunas hojas de la techumbre; pero mi idea, que yo creía tan sencilla como excelente, no consiguió otra cosa que provocar animadas protestas. «¡Hacer un agujero en el techo, — gritaban los papúes, — es abrir la puerta á los espíritus de los muertos, que invadirían la casa, trayendo toda clase de maleficios; demoled los muros, pero no toqueis la techumbre, que es el único sitio por donde pueden entrar!» Así se hizo, en efecto, destruyéndose en parte un tabique; pero esta puerta, que los muertos no pueden franquear, no me defiende de los vivos que tengo siempre á la vista, y prefiero á la sociedad de estos últimos, la de los manes de sus antecesores, que ocuparían ménos espacio, y meterían ménos ruído.

Al observar que los papúes, que con tanto misterio ocultan sus creencias religiosas, acababan de descubrir una de ellas á mis ojos, hice una tentativa para obtener noticias más claras; pero se limitaron á responderme con una sonrisa de desconfianza.

Mis cazadores entraron en campaña desde la mañana siguiente, y yo mismo bajé á tierra, internándome en la garganta de una montaña, donde encontré un pequeño riachuelo que, murmurando entre los guijarros de su cauce, ó resbalando sobre bancos de arena, formaba pequeñas cascadas, saltando sobre los troncos de árboles, ó las rocas aisladas que interrumpían la marcha de sus aguas trasparentes. A uno y otro lado se extendía un bosque de gigantescos árboles, cuyas cimas formaba una alta bóveda, que me preservaba de los rayos del sol. Era, en verdad, un magnífico paseo. El suelo, que era al principio completamente llano, iba haciéndose más accidentado poco á poco, y al cabo de media hora de marcha, me encontré en frente de una verdadera muralla de rocas, entre las cuales formaba el río un estrecho canal, saliendo luégo saltador y bullicioso, como si brotara de la ancha boca de uno de esos tritones que adornan nuestras fuentes públicas.

Dirigiendo mi vista á lo alto, por encima de mi cabeza y á traves del espeso follaje, apercibí la montaña, cubierta de vegetacion en todos aquellos sitios donde había podido prender la raíz de un árbol. En este sitio sobresale un pico que parece ser el punto culminante de esta pequeña cadena de montañas, y que recibe el nombre de monte Kaiori, y cuya altura creo poder apreciar en unos quinientos metros próximamente.

Alejado de mis cazadores, continué mi paseo por estos lugares bañados por las puras aguas del río; pero desgraciadamente para mí, es este sitio ménos rico en insectos que en poesía, y un naturalista prefiere siempre invocar á Diana cazadora mejor que á las musas. El paseo era



Interior de una casa en Korido.

encantador, lleno de sombra y de frescura, y sin embargo, hubiera querido encontrar en él un claro, un pequeño desmonte, para llevar á cabo mi objeto principal, que es aumentar mi coleccion de insectos.

Pedí á los papúes, al regresar de mi paseo, que me condujeran á los sitios despejados del bosque; pero se me respondió secamente, que tales sitios no existían en los alrededores, y que los encontraría sólo en un pequeño pueblo situado un poco al sur, en el centro de la selva, en un paraje habitado por los alfuros, y adonde no encontré nadie que me acompañara. Tuve, pues, que contentarme con mostrarles mis colecciones de insectos, suplicándoles que me proporcionaran más á cambio de abalorios. Extendióse, con maravillosa rapidez, esta noticia por todo el país, y desde el mismo instante me ví privado de calma y de tranquilidad. Se me entregaban constantemente animales de todas clases, y era lo peor del caso que no tenía el derecho de elegir ni de rehusar. Uno me llevaba insectos mutilados, otros conchillas rotas, y protestaban, gritando desesperadamente, si me negaba á pagar su averiada mercancía como si fuera buena. Siendo así que la mayor parte de estos objetos para nada me servían, veíame obligado á pulverizarlos, á reducirlos á ceniza, porque si los arrojaba enteros, despues de haberlos pagado, no faltaba un papúe que los recogía descaradamente ante mis ojos y me los ofrecía de nuevo. Llevaban el engaño hasta el punto de componer conchillas rotas, con tierra ó con resina. Con el temor tal vez de que mi provision de abalorios tocara á su fin, se apresuraban por llegar los primeros, empujándose unos á otros. Era un verdadero bosque de brazos sucios y negros, que me rodeaba poniéndome cada uno su mercancía delante de las narices para que la viese mejor. Entre el número de los insectos se encontraban algunos verdaderamente notables, que habían sido hallados, sin duda, en los troncos de árboles tiernos recien cortados, ó cuya corteza agujereada, se seca por la accion de un sol ardiente.

Estaba, pues, desmostrada claramente la existencia de desmontes no muy lejanos, pero no conseguía que me dieran noticia alguna del sitio donde se encontraban. Comprendiendo que se negaban á darme estas noticias por no perder la venta de sus insectos, ofrecí una gran cantidad de abalorios, si se me conducía á los parajes que deseaba reconocer, y conseguí mi propósito. Seducidos por mis promesas, los alfuros decidiéronse á dejarme penetrar entre ellos, ofreciendo acompañarme dos días despues.

No sólo se me entregaban insectos y conchillas, sinó animales y reptiles vivos. Los mamíferos pertenecen, como todos los de esta region, á los marsupiales, cuyo tipo es el canguro. Sabido es que las hembras de los marsupiales tienen en la parte inferior del vientre un saco de piel, donde están contenidas las mamas, y destinado á recoger los hijos que nacen ántes del debido término, y que mucho tiempo despues de su nacimiento encuentran abrigo en él. No se habla, pues, en sentido figurado al decir que se refugian en el seno de sus madres.

Los marsupiales que se me entregaron en Korido eran de dos especies: los *couscous* y los *belidés*.

Los couscous varían segun su edad del tamaño de un conejo al de un zorro; sus patas son cortas y su cabeza gruesa y redonda; tienen las orejas muy pequeñas y los ojos grandes y rojos; la cola es larga, casi enteramente desprovista de pelo, áspera y retorcida en espiral; es una cola prehensil, porque este animal es esencialmente trepador. Su pelo es corto, muy espeso, algo lanoso, y como caso notable, debo citar el hecho de no haber encontrado dos couscous de coloracion igual. Estos animales son nocturnos, duermen durante el día replegados sobre sí mismos, sujetándose á las ramas de un árbol, y buscan por la noche su alimentacion, que consiste en la pulpa de algunos frutos salvajes. El belidé conocido por los naturales con el nombre específico de ariel, es un pequeño animal encantador, no más grueso que el puño, de color gris por el dorso, blanco amarillento por el vientre, con una especie de forro de pieles capaz de eclipsar los más suaves terciopelos, una larga cola y una pequeña cabeza donde brillan sus ojos negros é inteligentes. Es de una conformacion extraordinaria, parecida á la de las ardillas y lagartos voladores de Java. La piel de sus costados se prolonga por la parte interna de las piernas hasta el talon, de manera que cuando el animal salta de una rama á otra extendiendo sus cuatro patas, estas membranas se desenvuelven doblando y triplicando la superficie del cuerpo, y formando una especie de paracaídas, le permiten franquear una distancia considerable.

Estos pequeños y hermosos marsupiales son tambien nocturnos y pasan el día acurrucados en la cima de los cocoteros, cuyo fruto les proporciona abundante alimentacion.

En cuanto á los reptiles, su número era tan considerable como variadas sus formas y colores. No he visto ningun país en que sean las serpientes más numerosas. No mencionaré, sin embargo,

más que dos, las más notables, una por su fealdad y otra por su belleza. La primera (*Acantopiphis cerastinus*), es de la familia de las víboras, título suficiente para creerla ponzoñosa: es una culebra larga como el brazo, ménos gruesa que el puño, con una cola muy corta, de cabeza chata, triangular, obtusa, y grande como su cuello donde parece que tienen asiento por debajo de las orejas las vesículas que derraman su líquido en un diente ganchoso, largo, fuerte y acerado que produce la muerte inmediata cuando hiere. Aumentan su fealdad sus arcos superciliares, que se elevan por ambos lados de la cabeza encima de los ojos en una lámina cortante que parece la base de un cuerno truncado ó roto. Este animal presenta cierta semejanza con la víbora cornuda de Africa, la *cerasta*, por lo que la culebra papúe recibe el nombre de *celástina*. Su color es uniforme de un gris pálido. Esta serpiente se encuentra en toda la Nueva-Guinea y en las islas vecinas. Los indígenas siguieron trayéndome ejemplares de estas culebras, pero generalmente tomaban la precaucion de matarlas ántes de cogerlas.

La otra serpiente (*Condropython pulcher*) es un animal curioso y digno de fijar la atencion del naturalista, porque es un género especial exclusivo de la Papuasia que constituye la transicion entre el viejo y el nuevo mundo y que posee á la vez los caractéres de las serpientes boas de América y de los pithones de Africa y Asia.

No se crea sin embargo que es, como las boas y los pithones, una serpiente monstruosa; no tiene más de un metro cincuenta centímetros de longitud; pero bajo el punto de vista de sus colores puede asegurarse que es uno de los más hermosos reptiles en cuanto puede caber la belleza en una serpiente. En su primera edad es de un color rojo con manchas jeroglíficas muy pronunciadas. Conviértese su color en amarillo con los años, y las manchas palidecen; toma luégo un tinte verdoso ligeramente jaspeado, para llegar al fin en la edad adulta á un hermoso azul uniforme. Su cabeza presenta un aspecto horroroso que debe principalmente á una particularidad en extremo curiosa, á las escamas que rodean sus labios y que están ahondadas por fosetas cuadradas. Este reptil no es venenoso. Es muy comun en Nueva-Guinea, aunque no tanto como la anterior, y en Korido sobre todo es donde se encuentran estas variedades multicolores segun la edad.

Llegó el dia fijado para la excursion al pueblo de los Alfuros y al rayar el día partí en una pequeña piragua acompañado por mis dos cazadores malayos y dos papúes de Korido.

Los desmontes que encontré eran muy antiguos, los árboles muertos y secos estaban abandonados por los insectos; me dirigí pues hacia otros desmontes más recientes que me parecía distinguir al rededor de unas aisladas habitaciones de las cuales me separaba sólo un pequeño valle.

Había enviado á Markus á cazar en el bosque, reservando conmigo á William, que hablaba un poco el papúe.

No bien comencé á descender al valle cuando todos los indígenas salieron de sus habitaciones y vinieron hacia mí gritando, gesticulando y agitando sus armas como para obligarme á detener el paso. Cerca ya de nosotros dijeron á William que no podían dejarme penetrar en sus nuevos desmontes, porque la presencia de un blanco llevaba el maleficio á todos sus cultivos; que no querían tampoco que recogiera insectos por mí mismo, porque ellos se encargaban de este trabajo y que yo podía comprárselos á medida que los fueran recogiendo. Tenía pues que resignarme al papel de espectador y de cajero.

Me recosté sobre el tronco de un árbol, puse á mi lado un saco de abalorios, confié mis frascos á los que me parecieron más inteligentes y no tuve más remedio que esperar.

Toda la poblacion puso manos á la obra, y yo por mi parte procuré violar la consigna capturando alguno que otro escarabajo. Afortunadamente mis frascos se llenaban á medida que mi saco de abalorios disminuía. Al cabo de dos horas de este singular ejercicio cada uno de mis improvisados cazadores tenía un magnífico collar de abalorios de color azul celeste, y sintiéndose fatigados volvieron á sus viviendas con objeto de comer. Creí llegado el momento de dedicarme por mí mismo á cazar insectos, pero me equivoqué. Los papúes me intimaron la retirada con el pretexto de que si me quedara robaría todos sus frutos.

Disparé mi fusil para llamar á Markus, que no debía estar léjos, porque el piso del bosque, ademas de ser accidentado, estaba cubierto de pequeños y agudos trozos de bambú, y nos dispusimos á partir. Los papúes no entraron en sus casas hasta que no nos perdieron de vista.

De regreso en Korido me encontré con un suceso harto desagradable. Los papúes que dejé en mi piragua, despreciando mis observaciones, se obstinaron en regresar á Sowek para dedicarse á sus tráficos; suscitaron una acalorada disputa con los del pueblo, cambiáronse palabras malsonantes, áun para oídos papúes, llegaron á las provocaciones, y los de Sowek, fácilmente irritables, sanguinarios por naturaleza, y siempre dispuestos

á cortar la cabeza á sus enemigos, hablaban nada ménos que de decapitar á todos los mafors.

Hubiera dejado á los papúes arreglar sus diferencias y sus cuestiones, á no haber sido por el temor de que este triste acontecimiento trajera consecuencias peligrosas para todos. Una vez surgido el conflicto, era difícil terminarlo ni saber hasta dónde llegaría, por lo que iba á verme obligado á intervenir de un modo eficaz. No teníamos más que cuatro fusiles, y al luchar con enemigos tan superiores en número, no podíamos esperar la victoria, por lo que traté, de calmar al sanadí de Korido, dejándole entrever que de no terminar el conflicto me vería obligado á abandonar su país ántes de que mis mercancías todas pasaran á su poder.

Brouss, por su parte, estaba más inquieto que yo, tanto por el presente como por el porvenir. Temía, con razon, que si los mafors eran sacrificados en Sowek, sus familias de Mansinam le pedirían cuenta de la sangre vertida. En Sowek ademas estaban su hijo y su cuñado.

Se convino por fin, de acuerdo con él y con el sanadí, que un mafor y un habitante de Korido fueran como mensajeros á Sowek, para ver si conseguían calmar los ánimos, y apaciguar, de grado ó por fuerza, á los turbulentos papúes. Salieron, pues, los mensajeros á cumplir su cometido. Esta embajada, al parecer, dió buen resultado. Calmáronse los ánimos, pero nuestros mafors no volvían, y á la mañana siguiente supimos que se habían renovado las injurias y las amenazas. Brouss en persona fué á Sowek, y consiguió traer consigo á su hijo y á su cuñado; pero un mafor llamado Sowowi, bajo la influencia de los vapores embriagadores del vino de palma, continuó todavía insultando y provocando á los habitantes de Sowek, que habían llegado al paroxismo de la cólera.

Una sola cosa, tal vez el temor de nuestros fusiles, detenía sus manos prontas siempre á blandir el arco.

Supliqué al sanadí de Korido que él mismo fuera á buscar á Sowowi trayéndolo atado de piés y manos. Rehusó el sanadí tal comision; pero añadiendo que por agradarme, intentaría el último esfuerzo, hízose llevar un largo bambú á cuyas dos extremidades ató dos hilos de caña, haciendo en cada uno veinte nudos.

—Esto,—dijo,—representa una provocacion de guerra. El bambú se le mostrará á Sowowi sin que sepa el número de nudos, y si es tan bravo como dice, al aceptar el desafío á que le provocan cuarenta de nuestros hombres, morirá vencido por el número. Si rehusa es un cobarde y le daremos caza fácilmente.

Esta provocacion directa me hacía concebir grandes esperanzas, conociendo la cobardía de los mafors. Los sucesos tomaban un giro más favorable, que me hacía esperar que los males provocados tuvieran fácil remedio. Pasé la noche entera con la ansiedad que se puede suponer, pero mis previsiones afortunadamente no resultaron fallidas. A la mañana siguiente, perseguido por los gritos de los habitantes de Sowek, llegó Sowowi, que quiso presentarse á mí; pero detenido por Brouss y por todos los mafors justamente irritados contra él, se le dió por prision la cala de nuestra canoa.

Estaba tanto más satisfecho de esta terminacion pacífica, cuanto que los isleños de Sowek y de Korido son en realidad cortadores frenéticos de cabezas. Se ven por todas partes verdaderos rosarios de cráneos adornando las casas, y de ellos están cubiertos, segun se dice, los pequeños islotes inhabitados de estas cercanías. Con objeto de enriquecer las colecciones antropológicas de nuestros museos, anuncié que compraría todos los cráneos humanos que se me quisieran vender, con lo que bien pronto vino esto á ser objeto de un comercio importante.

No se contentaron los papúes con llevarme los cráneos que personalmente habían conquistado con sus flechas ó *pedas* (1), sino que se robaban mutuamente sus trofeos, por lo que me veía obligado en mis adquisiciones á guardar una gran reserva á fin de que no se me tuviera por un encubridor de hurtos, lo que podría crearme dificultades muy serias.

Cierto día se me trajo una piragua llena de cráneos; pero el vendedor parecía mostrar tanta prisa por deshacerse de su mercancía y era tan poco exigente en el precio, que llegó á inspirarme sospechas. Consulté el caso con Brouss, éste consultó al sanadí y por último se descubrió que todos aquellos cráneos eran robados. El sanadí me suplicó que no los comprara, asegurándome que podía provocar una encarnizada lucha entre los dos pueblos, y que lo ménos que podía esperar era que se me obligara á devolverlos ó á pagarlos dos veces. Confieso que despedí al ladron con cierto pesar.

Es curioso hacer constar que estos hombres que ningun escrúpulo tienen de matar al primero que

(1) Instrumento de madera en forma de machete, de cincuenta á sesenta centímetros de longitud, más ancho por la extremidad libre que por el mango. (N. del T.)

encuentran para decapitarlo y guardar su cabeza, sientan luégo por sus trofeos un religioso terror; no los tocan jamas, no me presentan un cráneo sinó al extremo de un palo ó de una caña, y todo el mundo tiembla y se horroriza cuando los ven entre mis manos.

Reuní mi coleccion de cráneos en el cuarto que habitaba, por temor de que me fueran robados para vendérmelos nuevamente. Nadie se aproximaba, y cuando partí los habitantes demolieron mi habitacion. No es posible referir las penas que tuve que pasar, y el trabajo que me costó obtener de mis mafors que embarcaran mis cráneos en la canoa.—Esto,—dicen,—atraerá sobre nosotros alguna desgracia.—Fué preciso, sin embargo, abandonar á Korido ántes de lo que pensaba, pues cansado, tal vez, de mi presencia el sanadí, me invitó á abandonar estos lugares.

Tenía que salir de pesca, segun dijo, y no podía dejarme solo en su casa. Tal vez fuera así, pero yo sospecho que como el sanadí, segun el trato, no debía percibir el pago de sus servicios hasta el momento de mi partida, temía, sin duda, que mis mercancías se concluyeran y no quedara nada para él.

Nos dispusimos, pues, á separarnos de estos isleños, entre los cuales habíamos encontrado una hospitalidad no muy cordial, por cierto. Los habitantes de la isla de Korido y sus dependencias, principalmente los de las islas de Biak y Jobie, me parece que constituyen una nueva subfamilia de los papúes, entre las cuales quedan ya mencionadas la de los mafors y los arfaks, abstraccion hecha de los karons, que son, como dije anteriormente, de la raza de los negritos.

Estos isleños, por su estatura más alta y su rostro más prolongado, deben tener más próximo parentesco con los arfaks que con los mafors, y me confirman en esta creencia su carácter más feroz, más belicoso y su costumbre, comun á los arfaks, de cortar cabezas para formar trofeos. Las únicas diferencias bien apreciables consisten en la mayor regularidad de los rasgos de su fisonomía, lo que les da mayor belleza, y en su cabellera, que léjos de ser crespa, es por el contrario sobre todo en los jóvenes, simplemente rizada, hasta el punto de caer en bucles al rededor de la cabeza, en vez de formar ese promontorio de cabellos de los mafors, ó los moños de los arfaks, peinado al cual difícilmente se prestarían. Por esta forma de cabellera presentan un parecido con los biaks. Sin embargo, no he visto en sus pueblos ni biaks ni habitantes de Jobie, tenidos por sanguinarios y peligrosos para los extranjeros; pero he tenido ocasion de ver á los unos y á los otros muchas veces, y siempre he admirado en ellos su rostro prolongado y su nariz aguileña, delgada y arqueada.

Papúe alfuro de la isla Mafor.

Nuestro regreso á Dorey no se hizo sin dificultades. El viento sopló violentamente del sud-este

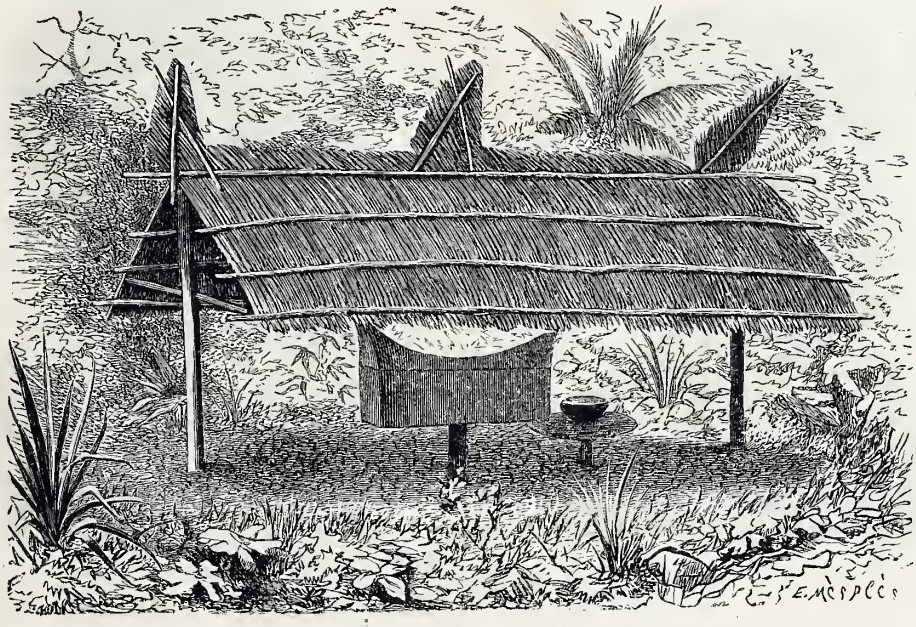
durante cuatro días y cuatro noches; la mar batía furiosa nuestra frágil embarcacion, que hacía agua por todas partes, y siendo preciso correr el temporal, nos vimos lanzados al Océano, derivando muy al norte de nuestro rumbo. Por fortuna, al cuarto día saltó el viento al este por espacio de dos horas, lo que nos permitió descender al sur, y sobreviniendo despues una calma absoluta, fué preciso navegar al remo, luchando contra la corriente.

Cuando arribamos á Dorey, mis hombres estaban á punto de agotar sus fuerzas.

Mr. Maindron se encontraba en Andai curado de su enfermedad, gracias á las atenciones de Mr. y Mme. Woelders, pero todavía fatigado y débil. Yo mismo comenzaba á sentir los funestos efectos del clima; mis hombres eran todos presa de la fiebre, y sólo conseguía sostenerlos con el uso diario de la quinina.

Estábamos en el mes de Julio, época en que regresan á Ternata los cañoneros malayos, y era preciso partir ó permanecer todavía un año entero en Nueva-Guinea. Nuestro repuesto insuficiente de provisiones, de municiones y mercancías, y al mismo tiempo nuestra salud harto quebrantada, no nos permitían prolongar nuestra permanencia en este suelo.

Embalamos, pues, convenientemente todas nuestras colecciones, y tomamos pasaje en el primer cañonero que se dispuso á partir.



Sepulcro en la isla Mafor.

Era el diez y seis de Julio de mil ochocientos setenta y siete.

En la isla de Salwatty nos detuvimos aún quince días para completar nuestras colecciones.

Al abandonar las costas de Nueva-Guinea, cuando sentíamos el corazon lleno de alegría por el regreso que nos llevaba otra vez á países civilizados, nos aguardaba el mayor de los peligros que hemos corrido en nuestro viaje. El viento era decididamente del sud-este y soplaba con violencia, por lo que fué preciso remontarnos hasta el norte de la isla Batanta, para pasar el estrecho de Dampierre.

Todo fué bien hasta el momento de desembocar al oeste del Estrecho.

Nuestro cañonero era arrastrado por una corriente rápida, cuando de repente, no estando ya al abrigo de las montañas de Batanta, fué á chocar con el viento, como sobre un muro invisible. El barco se levantaba sobre las olas, como un caballo agitado por la espuela del jinete y detenido por una mano vigorosa.

Cayó la noche, el viento se hizo tempestuoso, rugía furiosa la masa líquida, que la corriente estrellaba contra los costados del barco, y éste, mecido como una cáscara de nuez, crujía desde la quilla á la arboladura, golpeaban las velas contra los largos mástiles, y las cajas y objetos todos que había en el puente rodaban de una á otra borda, como los dados que un jugador agita febril

en su cubilete. Esto me recordaba la carronada de Víctor Hugo (1).

Hacíamos agua y no funcionaba la bomba. La noche era tan oscura que á diez metros de distancia nada se veía; nuestro capitan no sabía dónde estábamos y se podía abrigar el temor de estrellarnos sobre un arrecife á cada instante. Gracias á mis gemelos me apercibí que marchábamos derechos á dar sobre un grupo de islotes, y me apercibí á tiempo afortunadamente para que pudiéramos virar de bordo. El agua continuaba llenando la cala; nuestros marineros suspendidos de los cordajes, pudieron por fin amarrar los objetos que rodaban sobre cubierta, pero la bomba seguía inutilizada; era preciso un remedio enérgico. Se sacaron de la cala algunas cajas y barriles. Se construyó en el cargamento de cortezas de massoi una especie de pozo, todo ello con grave peligro de romperse un miembro y se hizo bajar á un grumete papúe que sacaba el agua con un cubo en tanto que nuestros hombres formaban la cadena. Pudimos así, no vaciar el barco, pero sí luchar contra la invasion del agua.

La noche entera, que fué larga y terrible, se pasó de este modo. Al levantarse el sol el viento calma siempre un poco y entónces vimos el peligro que habíamos corrido, pues nos encontrábamos casi encima de los islotes. La mar estaba muy gruesa

Tipos de papúes de la isla Jobie.

todavía, pero pudimos maniobrar para coger el viento y salir de aquella corriente continuando nuestro rumbo.

Por fin el diez de Agosto, á las cinco de la mañana, entramos en el puerto de Ternata.

El gobernador holandes Mr. Tobías nos ofreció la más franca hospitalidad miéntras esperábamos el paquebot que debía conducirnos á Batavia. Desde esta ciudad á Francia, la navegacion hecha en los barcos de las Mensajerías marítimas no fué más que un viaje de placer si bien un poco largo.

Recorrimos el mar de las Indias, ese mar temido de los navegantes, no sólo por la agitacion perenne de sus picadas olas, sinó por los terribles ciclones ó *vaguíos*, frecuentes en estas latitudes.

Ningun contratiempo afortunadamente vino á turbar nuestro viaje, ó más bien nuestro paseo marítimo, y por el estrecho de Bab-el-Mandeb, entramos en el mar Rojo.

Tenemos corrida por estribor la costa de la Arabia. Más allá se encuentra el desierto, y la ciudad sagrada de los musulmanes, la Meca, con su sepulcro de Mahoma visitado por los fieles, cuyas reuniones constituyen un verdadero foco epidémico, donde tantas enfermedades se desarrollan y se extienden por el Globo.

Próximos ya á la embocadura del Canal de Suez, distinguímos tierra adentro en la costa de Asia la elevada cúspide de una montaña. Es el Sinaí, el monte legendario que recuerda las leyes de Moisés.

(1) El autor hace referencia á una escena de la novela de Víctor Hugo, titulada *El noventa y tres*.—(N. del T.)

Embocamos el canal, despues de habernos detenido en Suez. A un lado las costas de Asia, al otro las tierras bajas de Egipto. Menphis, Tébas... ¿qué resta de aquella civilizacion, de aquella gloria? Un recuerdo en la humanidad y unas yertas ruínas entre el polvo que acumularon los siglos, ruínas olvidadas, destrozados girones, míseros harapos de pasadas grandezas. Y á manera de monumento sepulcral, donde aquellos pueblos inscribieron su epitafio, las gigantescas pirámides de Gizech.

La humanidad en su cuna, tuvo que construir estas obras; aquellas generaciones no tenían otro medio de comunicacion con las generaciones futuras. De aquí las obras ciclópeas, la edad de piedra.

Hoy la civilizacion tiene sobrados medios para dejar viva, imperecedera, la huella majestuosa de su paso. Hoy no construye pirámides como Egipto, ni templos como Grecia, ni circos como Roma, ni catedrales como la Edad Media, sinó que respondiendo á las necesidades de la actividad humana en su trabajo y en su inteligencia, abre túneles en las montañas, tiende cables en el fondo de los mares para unir los continentes por medio del pensamiento y perfora istmos que faciliten las comunicaciones entre unos y otros pueblos. Allí donde la Naturaleza levanta un obstáculo que dificulta el paso del hombre, el hombre lo destruye.

Y así Mr. de Lesseps rompe esta lengua de tierra que por espacio de tantos siglos sirvió de rémora á las relaciones comerciales de Europa y Asia, y triunfante el espíritu moderno, abre un canal donde la Naturaleza puso un istmo.

A la mitad próximamente de la longitud del canal, nos detuvimos en Ismailia breves horas, para continuar la navegacion hasta Puerto-Said.

En el punto en que el canal de Suez desemboca en el Mediterráneo, levántase dividida por el canal mismo esta nueva poblacion, llamada Puerto-Said, que de día en día adquiere mayor incremento, y que siendo hoy la llave del importante comercio de Europa con las Indias, llegará en breve tiempo á absorber la importancia toda de Alejandría.

¡Alejandría! La ciudad que en tiempo de Augusto contaba 300.000 habitantes libres y 600.000 esclavos, se hundió en el polvo, perdiendo su esplendor y su grandeza con la invasion de Omar, completando su ruína el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza, que marcó otro rumbo para llegar á las Indias. La navegacion de vapor devolvió su importancia á esta ciudud, que por un momento pareció renacer; pero la apertura del canal, que va creando nuevas poblaciones, volverá á sepultarla en el olvido.

Navegamos con brisa fresca del E., largando para aprovecharla todo el aparejo, con alas y rastreras, lo que me recuerda aquellos primitivos aparatos que emplean los salvajes para la navegacion. ¡Qué enorme distancia!

Ademas del viento que hincha la blanca lona, multiplica la velocidad de nuestra marcha la poderosa hélice, que al azotar las olas deja sobre su agitada superficie una brillante estela en torbellinos de blanca espuma.

Arribamos á Malta, con objeto de reponer carbon.

La isla de Malta no presenta á lo léjos ese aspecto variado y seductor, ese paisaje pintoresco que ofrece una naturaleza pujante y una vegetacion vigorosa. Por el contrario, sólo se distingue un terreno árido y estéril, que resultaría triste sin el color blanco y casi uniforme que presenta. No hay variedad, no hay perspectiva.

En cambio, la ciudad de Lavaletta parece, y es en efecto, un gran centro de poblacion. Su anchurosa bahía la divide en dos partes, y su puerto se ve defendido por modernas fortificaciones.

En la ciudad se encuentran hermosas calles y plazas, y un magnífico mercado, brillando por todas partes esa limpieza característica de las poblaciones inglesas.

Pero no es, seguramente, el lujo de los comercios ni la suntuosidad de los edificios lo que busca el viajero en Malta. Es la iglesia de San Juan y la célebre Armería, donde se conservan las armas de los caballeros de Rodas, que aquí se establecieron por cesion de Cárlos V, lo que desea admirar, lo mismo el historiador que el *touriste*, lo mismo el sábio que el ignorante.

La descripcion, sin embargo, de estas reliquias, no entra en mi propósito, porque no cabe en la índole de este viaje.

No visitaré tampoco la gruta de Calipso, próxima á la bahía de San Pablo, no evocaré recuerdos históricos, que ya el humo que á los aires arroja la chimenea del barco, me indica que vamos á partir, y debo volver á bordo.

Salimos del puerto con viento flojo, mar llana y horizontes despejados.

La isla de Malta se pierde de vista por la popa.

Pero héme otra vez en pleno Mediterráneo. El tiempo hermoso, el cielo azul, la mar en calma y las costas de mi patria cerca de mí, causas son bastantes á regocijar mi espíritu.

¡Qué extraño contraste el de esta navegacion deliciosa, en un hermoso barco, comparada con

las que acabo de verificar en aquellas canoas papúes, incómodas y peligrosas, por en medio de islotes y arrecifes! ¡Qué diferencia entre los puertos que me esperan llenos de vida, de movimiento, y aquellas playas desiertas, con aquellos pueblos salvajes levantados sobre estacas en medio de las aguas pantanosas!

Pero hé ahí las costas de Francia.

No acierto á explicar mi emocion.

Siempre es cara para el hombre la tierra donde ha nacido; pero lo es mucho más cuando ha vivido algun tiempo léjos de todo contacto con el mundo civilizado, solo, perdido en lejanos países, donde si hubiera encontrado la muerte no quedara de él ni áun el recuerdo.

He terminado felizmente mi viaje. Despues de año y medio de ausencia, entré en París el cinco de Diciembre de mil ochocientos setenta y siete.

Traduccion y arreglo del
DR. MORENO.

ÍNDICE

Páginas

I. Ternata.—La ciudad.—Las casas.—Los habitantes.—Costumbres.—El ejército holandes.—La isla de Gilolo.—Los Alfuros.—El Orang-Kapal.—Una leccion de esgrima.—Partida de caza.—Preparativos de expedicion.—Un armador malayo.—Su casa.—Su urbanidad.—Partida..... 5

II. La isla de Salwaty.—El rajah Abon-Kassin y el príncipe de Tidor.—Dorey.—Las habitaciones.—Los Papúes Maforos.—Vestidos.—Ornamentos.—Armas.—El mayor y el capitan.—Aritmética papúe.—Deslealtad.—Gobierno.—Individualidad.—Solidaridad.—Matrimonios.—Escrúpulos.—Pasiones.—Religion.—Casa sagrada.—Idolos y leyendas budhistas ó cristianas.—El arte papúe.—Idiomas.—El pueblo de Aiambori.—Habitaciones.—Papúes Arfaks.—Peinados.—Costumbres sanguinarias.—Robo de una esclava, y singular venganza..... 20

III. El pueblo de Andai.—Las piraguas papúes.—Salida para Amberbaki.—Enemistad entre los praíis y los maforos.—Caza de aves del paraíso y de canguros.—Un poco de geografía.—Falsa alarma.—La playa de Amberbaki.—Nuevo género de impuesto —El pueblo de Memiaoua.—Casas aéreas.—Instalacion entre los papúes.—Un hermoso prisionero.—Riqueza del suelo y miseria de los habitantes.—Los papúes ouosaonis.—Los karons antropófagos y erpetófagos.—Piratas biaks.—Triste regreso á Dorey..... 35

IV. La isla Mafor.—Emigracion de los habitantes.—Los piratas.—Sepultura singular.—Escena de esclavitud.—Los jefes de Sowek.—Un pueblo en un pantano.—Los isleños de Korido.—Desconfianza y supersticion.—Compras obligadas.—Mala recepcion.—Amenazas de muerte.—Desafío.—Comercio de cráneos.—Viaje forzado.—Regreso á Dorey.—Salida para Ternata.—Una tempestad..... 50

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS Y MAPAS

DEL

VIAJE Á NUEVA-GUINEA

	Páginas.
Mapa del viaje á Nueva-Guinea	5
La ría de Dodinga	12
Nirou, alfuro de Dodinga	13
Aldea y habitantes de Salwatty	20
Aldea y habitantes de Aiambori	31
Llegada á Dorey de los guerreros arfaks	34
Un bosque en Saobeda	38
Casa aérea en Memiauoa	42
Papúes karons (antropófagos)	46
Piratas biaks en la isla Mafor	51
Sowek.—Pueblo construído sobre el lago	55